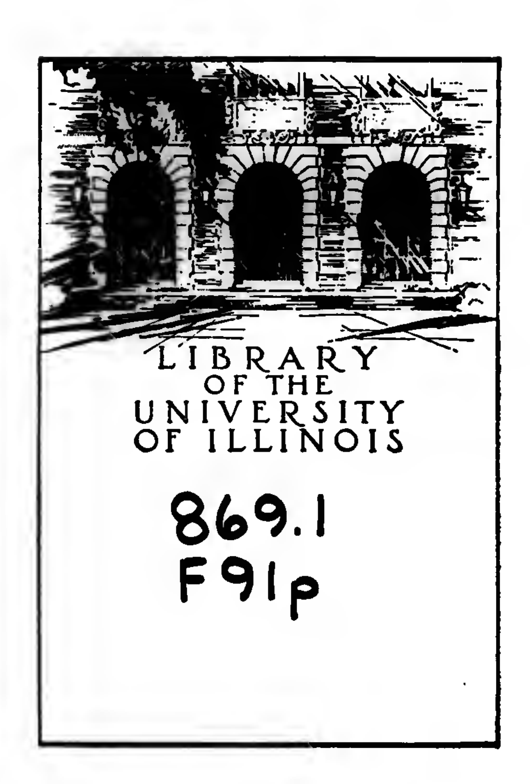

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.1
F91p

LOS PIRATAS DE BOULEVARD



Los Piratas del Boulevard

Los Piratas del Boulevard

(Desfile de Zánganos y Víboras sociales y políticas en México)

por

HERIBERTO FRIAS



ANDRÉS BOTAS Y MIGUEL
1.ª CALLE BOLIVAR, N.º 9
MÉXICO

Imp. Gassó Hermanos — Barcelona

AL ENTRAR

De mi librillo de apuntes arranco páginas donde viven las siluetas de muchos zánganos sociales y aun políticos, de esos que exhiben diariamente su maldad ó su espléndida vileza.

Son piratas que navegan en el Golfo del llamado "Boulevard" con bandera de honradez, y hasta de "distinción", y hasta de gloria. Con ellos, atados por mi látigo, empuño un manojo de víboras y de gusanos, que presento aquí, para que el público se cuide de congéneres que se arrastran por las calles principales de México, sueltos, vivitos, coleando, y repletos de ponzoña.

HERIBERTO FRÍAS.

I

El desfile de los pavos reales

Al ver el desfile de los pavos reales, esponjados y la cola al sol, por la avenida de San Francisco, recuérdase la clásica frase de César en las Galias: «Mejor quisiera ser el primero en esa aldea que el segundo en Roma.»

Porque esos «árbitros» de todas las elegancias, esos «críticos» de la política, de la guerra, del arte y de la ciencia, que van á exhibirse pomposamente por el cursi boulevard mexicano, son, según ellos mismos (que no se equivocan jamás), los primeros entre los mejores.

Son la aristocracia esplendorosa de nuestros conspícuos; la aristocracia oficial del lujo, del talento, de la honradez y hasta del heroísmo.

Esos pavos reales que arrastran ó erizan, cuando hacen la rueda, tan luengas, sonoras y oropelescas colas, se creen los heraldos príncipes del criterio público selecto; se creen los consagrados y los absolutos.

El esplendor de sus plumas se admira diariamente á lo largo de las banquetas de la gran avenida capitalina, y la gloria de sus nombres en las gacetillas y crónicas de «El Imparcial».

Con esto basta y sobra para que esas aves se crean ilustres y excelsas en el vasto gallinero social, de esta moderna Fenoxtitlán.

Allí cada bicho tiene en su actitud propia el sitio

preferido, donde más y mejor se aquerencia para lucir y ser admirado y envidiado.

Los pavos reales del lujo hacen pasar escandalosamente sus automóviles vacíos por entre el torrente de carruajes, en tanto que ellos, los pájaros de Juno, enroscan en corro deslumbrante las finas polainas y los charoles ricos de sus piececillos, en el pórtico del club.

Hablan de toreros, de bailarinas, de caballos y de tiples.

Cada cual es en el ramo un pontífice.

Son los que botan magistralmente el dinero heredado de los abuelos laboriosos ó feudales, allá sobre los surcos de la hacienda regada con sudor y sangre; son los dilapidadores de la dote espléndida de la esposa decorativa y pingüe; son los magníficos corruptores corrompidos, los vorágines de las fortunas fabulosamente improvisadas, en una noche de albures ó en un contrato leonino con el gobierno de algún Estado; son los dandys de la buena vida; lo efebos patricios del dollard omnipotente.

Por ellos vive y es grande la nación; por ellos aun hay patria. Histórico: lo ha dicho la prensa « seria ».

Los pavos reales del arte graznan allá, ante los cristales de una cancela de un « cantina Salón », discutiendo á la artista italiana de moda, con quien todos (á creer á todos) cenan íntimamente y noche á noche, excepto cuando, por variar, cenan con alguna suripanta del jacalón María Guerrero.

Es voluptuoso y exquisito, en concepto de esas aves, alternar con sabio claro obscuro, los platillos: después de D'Annunzio, Pérez; tras de la emperatriz Cleopatra con sus perlas, la fregona Maritornes con sus ajos.

Hay en el augusto cenáculo de los pavos reales del arte, del «gran arte nacional», uno que en cuestión de estética es implacable, ¡como que es el primero!—«Ser ó no ser», es el mote de su albo escudo... y para este otro, fuera de lo absolutamente bello y blanco no hay vida, ni salvación del alma, ni nada,—y este Príncipe Armiño, este Lohengrin modernísimo, tiene dentro de la torre de marfil de su casa, por querida, á su cocinera otomí... por economía y virtud.

Cerca de las tiendas de modas, perfuman el ambiente los pavos reales del amor; los Narcisos esbeltos y lánguidos, los «flechadores» irresistibles, los seductores invictos, los lindos y los gallardos; unos imberbes y con caritas de rosa y porcelana, niños consentidos que tienen novias por docenas; ó marciales é hinchados calaverones de bigotazos erizados á lo kaiser, que van á caza de hembras ricas y sonadas, fatuos que creen que cada pelo suyo es una conquista, un corazón femenino derretido, un seno mórbido convertido en volcán... Son los «gallardos», estirados, insolentes, calabazas rellenas con la certidumbre de una belleza victoriosa, eternamente victoriosa y aclamada.

Hay que ver cómo miran á los hombres, al vulgo de los hombres, porque ellos son de una pasta superior; hay que ver con qué infinito desprecio y lástima dejan caer sus miradas á los séres masculinos, á quienes á su lado les permiten el paso... En cambio, para las mujeres tienen ojos protectores, dignándose concederlas, como si al mirarlas con gentil benevolencia, les dejaran prendidos en sus trajes un rocío de pedrerías finas, ya que la mirada de un pavo real del amor se cristaliza en diamantes.

Y allá van, en el lento torrente boulevaresco, los

graves y hondos personajes de cuyas monumentales fuentes parten, según ellos mismos, los hilos invisibles que manejan á los grandes hombres y á los complejos destinos de la administración nacional.

Son los pavos reales de la política, los venerables profetas, los clarividentes; manantiales de sabiduría, los sutiles que saben ver cien mil elefantes en cada pulga; los que hablan de estrategia y disertan largas horas en las redacciones semioficiales, no sobre lo que hizo el General González Ortega en el sitio de Puebla, sino sobre lo que no hizo, estudiando con una erudición espantosa, lo que habría sucedido después de la batalla de Calpulalpam... si Miramón no hubiera perdido la batalla.

Estos sabios se han multiplicado, «gracias» á las tristes cosas que conmueven á los que no lo son.

Es preciso para ellos que allá, entre los peñascales de la tierra, mueran heroicamente, por cumplir con su deber, tantas juventudes hermosas, pero ¿qué importa la épica de los combates y tanto dolor en el ambiente patrio, cuando con ello hay para que las calabazas salpicadas de lentejuelas y colorines como piñatas, fructifiquen abriendo el chorro de la crítica, echando desbordamientos de elocuencia?

Sonoros y vacíos cascabeles son los cráneos de los pavos reales de la política y de la guerra.

Discuten el heroísmo, tasan la pólvora, pesan la sangre, se regocijan con la hecatombe, y son los primeros en saber lo que sucedería si el gobierno les escuchara.

Hay que reverenciar su genio.

Los reporteros de los diarios oficiales consultan sus opiniones, y de sus labios beben sabiduría viva que habrán de verter luego en las columnas perio-

dísticas en forma de sensacionalismo oportuno y candente.

En cambio, los agradecidos diarios citan los nombres en las gacetillas y cronicones, como se citan los de los demás «primeros» en las fiestas de la alta sociedad; y he ahí cómo de rechazo vuelve la fama pública á hinchar más todavía las colas de los pavos reales... no todos inofensivos, pues los hay también, en pleno gallinero, con garras de hiena y pico de gavilán.

II

Comisionistas en carnes tiernas

Todas las mañanas de once á doce, invariablemente, puede verse descender de un correcto carruaje particular, una al parecer buena señora, vestida de negro como una viuda, y entrar á uno de los principales almacenes de ropa de la Avenida de San Francisco.

Una hora después recorrerá á pie, muy seria y atareada, algunas joyerías ó tiendas de novedades parisienses de mayor lujo, instalando gran provisión de telas y cajas de todas dimensiones, dentro del cupé que sigue á la buena señora, al paso de un caballejo trotón muy limpio, pero que huele á caballeriza de ínfima pensión.

En seguida, la enlutada sube al coche y pasea un buen rato por la Avenida, del Zócalo á la Plazuela de Guardiola, de la Plazuela de Guardiola al Zócalo.

Y entonces se ve, cómo desde las aceras la saludan algunos elegantes, sonriendo discretamente, contestando ella con suma gravedad desde su asiento atestado con las compras que acaba de efectuar.

Pasada la hora de animación en el boulevard, desaparece la misteriosa mujer que veinticuatro horas después tornará á pasear, verificadas las compras.

¿ Misteriosa ?.....

Aparentemente, al menos para los iniciados en las

profundidades de la corrupción diz que aristocrática de México.

Porque..... ¿qué clase de compras hará ó qué riquezas puede tener esa solitaria enlutada que todos los días verifica idéntica maniobra?

¿Es vieja?

Más valiese que lo fuera..... no sería tan fea su cara..... Porque la he visto de cerca; su rostro espanta..... Imaginaos una cara cenicienta, con un bello abundante, rojizo..... un bello que forma patillas y verdadero bigote..... cejas pobladas dando ferocidad temible á los ojos hundidos y febriles..... Profundas arrugas en la frente y en las secas mejillas delatan la vejez; pero el busto erguido, vigoroso, movible y bien tallado revela á la mujer no vencida por la edad.

Si la veis andar, cuando echa sobre la abominable cara su grande y espeso velo negro, se os antoja una guapa hembra de ardientes pasiones..... Su cadera llena y bien delineada, la oscila rítmicamente al par que todo el cuerpo se yergue con majestad.....

Cuando llega ante el mostrador de los lujosos almacenes, pronuncia solo unas cuantas palabras al oído del dependiente, y al punto es atendida con prontitud..... Y se verá cómo de su portamoneda panzudo surgen rollos de codiciables billetes de Banco.

Sale rápida, resuelta, altanera, ostentando con garbo su cuerpo bien formado, tentadora aún..... ¡ah! pero si veis... su rostro, ¡qué desilusión, qué sorpresa tan desagradable!

Porque no sólo es fea, sino repugnante, uno de esos rostros antipáticos al primer golpe de vista.....

Sin embargo, debe ser muy conocida y respetada, porque al pasar frente al Salón Rojo y al Jokey Club, la saludan sonriendo los caballeros que en los za-

guanes se dejan admirar de los viles transeuntes.....

¿Será una corredora?

Acaso..... pero sólo se la ve comprar y no vender..... he ahí el misterio.....

Para descifrarlo sería preciso seguirla al trote del caballejo de su cupé, trote que se hace endemoniadamente rápido en cuanto se desprende de las calles céntricas.....

Sin embargo, entraremos á aquel salón y acercándonos al tipejo lenguaráz que ante aquel corrillo de imbéciles bebe su quincogésimo coctail, sabremos algo, si es que dice la verdad.....

Oíd lo que contoneándose refiere:

—Sí, señores, ella me acaba de indicar con una seña, que esta noche me recibe, después de que despida á su gente..... Porque es muy ocupada..... en la tarde la van á ver una docena y media de viejas «comisionistas»..... ¿eh?..... para entregarles géneros finos, sombreros costosos, botas «lazo fatal», chucherías caras, joyas..... y la mar!..... Se van sus «comisionistas» á buscar muchachas guapas en las casas de vecindad.....

¡Figúrense Vds. qué ojos no pondrán las pobres cuando las viejas «comisionistas» las enseñan las telas y los aretes y..... nada, chicos, que caen..... muerden el anzuelo.....

Que ¿cómo pagaremos?—En abonos, niña, poquito á poco, como puedan, una firmita no más..... Y si Vds. quieren, no hay necesidad de que lo sepa su papá ó su esposo..... ¡No faltaba más! Después, cuando no pueden pagar..... el apremio..... el susto..... y el..... pues venga Vd. conmigo, vamos á ver á la Señora que es muy buena..... verá Vd. como se ablanda y hasta le dá más..... ¡Qué bien sabe la biblia la pícara!..... Yo he visto llegar á las pollitas

muy conpungidas, temblorosas, creyendo que van á entrar al infierno..... Pero no es tan fiero el león como lo pintan.....

Y he visto salir á las pollas muy agitadas, contentas, coloraditas..... sin darse cuenta de lo buena que es con ellas la Señora... ¡Vaya si las saca de apuros! Llegan á ser sus mejores amiguitas..... Y hacen negocio..... Ya les digo á Vds. sabe la biblia, sabe la biblia la condenada..... ¡Como que su casa es un verdadero Paraíso moderno! En ella reina como Emperatriz la buena señora..... ¡Y hasta se olvida uno de su cara!..... ¡Es tan lista!..... A la noche, estará un servidor de Vds. por allí..... Cuesta carita la entrada..... ¿ustedes gustan?

Así habla el títere y ahora sabemos quién es ella.

III

Ojos y boca de infierno

¡Soberbia cabellera la suya!..... es de oro pálido de un tono acariciador, realzado en el marco de un regio sombrero parisiense.

Sus ojos, un tanto inyectados, relampaguean febrilmente dentro de terribles ojeras, y por entre la sonrisa eterna de sus labios encarnados aparece la blancura maravillosa de los dientes.

Su magnífico traje de seda muestra á la mujer que conoce bien las modas y sabe gastar en ellas con arte su dinero.

Brillan claros diamantes fúlgidos en las sortijas de sus dedos, y toda ella emana un perfume turbador de lujo libertino.

Al pasar en su automóvil de «garage» elegante, deja en el ánimo un deslumbramiento voluptuoso, una irritación deslumbradora.

No obstante.... ella no es hermosa....

Si os acercáis á saludarla junto á la portezuela del carruaje, os convenceréis de que está muy lejos de ser bella....

¡Y, sin embargo, turba con sus ojos grandes, de un fulgor intenso y perverso, con su sonrisa provocadora, y sobre todo, con su busto de culebra, delgado, flexible, concupiscente!

Una poderosísima gracia lasciva emana del cuerpo de aquella hembra que se adivina marchita á fuerza de arder.

Si la habláis, os contesta con palabras de una miel voluptuosa....

Mas, si reprimiendo la impresión vaga de tumultuoso cosquilleo que os proporciona la mujer, la observáis con calma y con fina y perseverante atención, sentiréis un completo desengaño, una desilusión brusca que desciende hasta el asco.

La seductora parisiense se desvanece lentamente, evaporándose sus gracias, y bien pronto la transformación es completa....

Lo que resta es algo horrible: el bagazo del vicio.

¿Qué es lo que veis, entonces? Lo más triste, lo más lastimoso, lo más ridículo: ¡una vieja libertina!

Sí: una pobre vieja vestida de seda; maravillosamente vestida!

Tras el polvo y las finas pastas aparecen las arrugas de la frente y de las mejillas; tras el vivo carmín de los labios que sonríen con odiosa intención, se adivina el descolorido matiz de la carne exangüe....

Dentro de la sonrisa de aquella boca sugestiva, la mirada sagaz descubre que la blanca dentadura es artificial.... y si os fijáis en su soberbia cabellera de oro pálido, veréis pronto que tampoco es suya...

Continuad con el pensamiento el audaz despojo de los afeites y los adornos del ídolo; desnudadla con la imaginación y... la veréis convertirse en pellejos vacíos!...

Y la cadera amplia y de artística curva tentadora, se deshace, y se quiebra en risibles contornos de piernas flacas y macilentas, en la más lastimosa pobreza de carnes!...

¿Y las pantorrillas! Las pantorrillas que se creían un tesoro de redondeces ebúrneas y deliciosamente contorneadas bajo la seda finísima de la media, se resuelven ¡ay! en desgarbados huesos, si le quitáis—siempre con el pensamiento—las medias rellenas de algodón.

¡La coquetuela parisiense se ha metamorfoseado como por maligno encantamiento en verdadero desastre!

Sólo queda de la turbadora mujer, soberbiamente vestida y con regio lujo ataviada, algo que vibra intensamente y es lo que le presta la prodigiosa vida de pasión con que seduce y subyuga: los ojos y la boca!...

¡La boca!... Allí está su fuerza, boca de abismo y de mágica, boca parisiense y babilónica de deleite y maldición, boca trágica que ha sorbido cien vidas y cien fortunas.

Preguntaréis: ¿por qué esa mujer gasta tanto dinero, ya que no es rica?

¿La corte que frecuenta su casa, esa corte de imbéciles ricachones, de jovenzuelos ansiosos de gastar y de gastarse, ó de viejos apergaminados, ignoran que ella... ya no es?...

No, no lo ignora; lo sabe mejor que los que sólo con la imaginación la desnudan...

No: conocen la miseria de la carne marchita y saben que sólo á fuerza de postizos, pintura, pomadas, tintas y polvos, amén del fulgor extraordinario de unos ojos siempre iluminados por una chispa de lujuria intensa, puede ella ser admirada en el boulevard de México, por donde diariamente pasea en un automóvil de «garage» elegante.

Pero lo que no saben muchos es que esta vieja parisiense, que fué bella verdaderamente y por su

propia hermosura, en un tiempo, allá en la tierra de la elegancia, del arte y del placer, lo que no saben es que tiene un encanto perverso que consume lamentablemente á los que van á ella por las promesas que les hace con las llamaradas de sus ojos; su boca, su boca de abismo...

¡Encanto de vértigo, encanto babilónico, de locura y de abismo que ella ostenta, dejando á sus idólatras convertidos en andrajos de carne, sorbiéndoles el dinero y la vida!

Más vale que siga allá en el boulevard de México la terrible mujer.

Más vale, porque así destruirá más pronto, en su dinero y en su vida, á tantos inútiles zánganos que la idolatran y que son sus víctimas!

Hija de Babilonia, instrumento de placer y de expiación, hija del vicio y de la miseria, vieja trágica de ojos de infierno y boca de vértigo, bendita seas porque eres castigo y justa venganza!

IV

Querubín político-Financiero-Galante

Es un efebo. Tiene un rostro verdaderamente angelical, puro, fresco, sonrosado, primorosamente circuido por un collar de sedosa barba rubia, corta y rizada.

¡Es un áureo collar que sirve de marco admirable á una linda cara de porcelana, donde brillan, chispeando, los más hermosos ojos azules!... agreguemos una cabeza ornada de bucles dorados, una magnífica cabeza, y pongamos abajo el fino bigote rubio, la delicia de una boca sonriente y adorable, de labios de coral y dientes que parecen perlas. Es positivamente esplendoroso esa faz de virgen de la nebulosa Albión, y maravilla la extraordinaria belleza de ese gentil hombre del Jokey Club.

Porque es un hombre hecho y derecho, y dan testimonio de ello su rubia barba rizada primorosamente y su inclinación, nada censurable por cierto, á las mujeres hermosas, á las cenas alegres, á los buenos caballos y las contratas del Gobierno.

Y vaya si tiene buen gusto el extraordinario tipo de gallardía que todo México conoce y admira! Porque se sabe que...

¡Pero completamente su retrato!: Encajad esa cabecita seráfica, coronada por fúnebre chistera, en un cuerpo onduloso, ágil y esbelto; vestido irreprochablemente de gentleman auténtico, legítimo, cual si este «títere» hubiese sido acabado de arran-

car de una «Square» populosa de Londres; larga levita cruzada, bien ceñida al airoso talle, pantalón claro, de corte austeramente británico, y en la izquierda mano delicadamente enguantada, el guante de la derecha que, desnuda con coquetería provocadora, empuña el rico bastón de oro, ébano y marfil.

Y para completar el «atavío» del bello personaje, imaginad su perfecto calzado con la inevitable polaina y lo tendréis «flechando» por estos «boulevards» mexicanos, después de salir de las antesalas ministeriales.

Ahora prestadle á su voz el encanto de un acento dulce, como el de la tórtola de los bosques, echando un velo prudente sobre la inflexión femenil de sus palabras, y tendréis completo el retrato del querubín con barbas que os presento, político, financiero y galante.

*
* *

Naturalmente, un hombre semejante es feliz, naturalmente, un hombre semejante triunfa en finanzas, política y amor.

Su ventura se ve desde luego; se lee su íntima satisfacción en el brillo de sus ojos azules.

Y la dulce languidez de su mirada, la sonrisa de sus finos labios y la actitud con que marcha, dan á entender que sabe apreciarse á sí mismo en lo que vale, y también que sabe perfectamente á donde va y de donde viene. Aparte de su hermosura de rubio Narciso, este lindo Adonis tiene otros motivos para estar contento con la campaña que hace en México, tomando como cuartel general el Jokey Club.

¿Qué culpa tiene él de ser un guapo, un bello mozo?

Nació con estrella y hace bien en alumbrarse con sus propios fulgores.

Nació hermoso como ninguno—un efebo—blanco, sonrosadito, rizadas las rubias guedejas de su barba, con ojos chispeantes de amorosa malicia; Dios se la dió, pues ¡San Pedro se la bendiga!

Así se comprende perfectamente que el lindo Adonis haya flechado corazones á millares... que esté en vísperas de casarse con una y de cazar un gran negocio político financiero.

¡Cuántas pollas de esas que pasan á su lado, estremecidas, y lo miran con el rabillo del ojo, sueñan con él en las noches!...

¡Cuántos aventureros le envidian!

¡Un beso siquiera de los finos labios del querubín con barbas, para ellas; unas cuantas sobras del festín del triunfo, para ellos! Y él pasa muy correcto, muy convencido de su propia belleza, siempre enguantado, siempre irreprochable con su traje de británica elegancia, escondiendo las uñas en sus guantes. Las soñadoras, las románticas, han de imaginar tiernos idilios con él, á la luz de la luna, en el fondo de un bosque solitario vestido él, no con la prosaica y fúnebre levita, sino con bordado justillo, capa de terciopelo, media de seda, sombrero con larga y blanca pluma y espada al cinto, con puño de oro.

¡Oh! qué deleite para esas niñas románticas transformar un «gentleman» de guante, bastón y polaina, en un doncel medioval, tañendo el laud... Mas no, no es de tan poéticos vuelos el Adonis de célebre hermosura, es muy práctico en sus amores, en sus negocios y en sus vicios.

El no olvida, y con razón, que su padre lo trajo á México como un conquistador, como un Don Juan de levita, á hacerse primero de águilas mexicanas y después de corazones de mexicanas.

El «time is money» del business-man no está reñido, de ningún modo, con «el amor es la vida», de nuestras hermosas paisanas.

Como buen hijo del Jokey Club, se pirra también por las guapas hembras españolas que nos traen de allende del Atlántico para que solacen nuestras noches con su canto flamenco más ó menos «amorrongado», y es de ver como sin dejar sus negocios, se dedica á escuchar coplas de la tierra de María Santísima, lo que no le impide suspirar por las tapateas, y soñar con el favor del Ministro.

Deliciosamente bello, joven, y afecto á las buenas mozas y hasta á las no mozas, con tal de que lo arrullen, su vida es envidiable, y si las pollas y aun las gallinas le dan testimonio de olvidar garridos mozos por él, es que no tienen mal gusto, con su collar de barba de oro en torno de su linda cara de querubín...

Querubín conquistador,
De risueñas esperanzas
En contratas y finanzas
En política y amor.

V

Los pequeños monstruos

Con un nuevo tipo se ha enriquecido lo que bien pudiera llamarse la fauna de las miserias de la ciudad de México: la pilluela.

Hasta hace poco, entre las miserables hijas de «la civilización actual», los más desventurados y los más dignos de santa ira y de piedad santa eran los niños abandonados ó explotados. Contábamos en esta cursi, en esta hinchada Metrópoli con el niño mendigo, el niño billetero, el niño papelero, el niño bolero y el niño ratero: niños que beben pulque y aguardiente, juegan á los dados, riñen con charrascas y fuman marihuana, es decir, seres que ya no son niños que son peores que hombres, pequeños monstruos de vicio y de maldad, irresponsables, inocentes y venenosos.

Parecía que en ellos había llegado la desgracia al límite extremo y que el suyo habría sido el último círculo del infierno de nuestras miserias metropolitanas; pero no, el abismo es inagotable y más allá de los niños del vicio empiezan á brotar,—¡Oh Dante!—las niñas...

También ellas, también las que fueron lindos capullos de rosa, las tiernecitas y adorables niñas querubines para quienes hasta no ha mucho existía la piedad oficial, la piedad social y la piedad personal, también ellas pululan ya por el asfalto de las grandes avenidas, respirando infamia.

Surge ahora la pilluela, mucho más terrible, mucho más dolorosa y melancólica, mucho más repugnante y desventurada que el pilluelo.

Y surge con una variedad espantosa de matices, con una execrable riqueza de formas y oficios: mendiguillas de cinco años de edad, billeteritas horrorosamente coquetuelas, papeleras que ofrecen con gemidos metálicos y crueles como alfilerazos, las revistas obscenas, niñas prostitutas que á las nueve primaveras son queridas de valentones y asesinos...

El desfile macabro de esos pequeñísimos seres miserables es de una emoción tal que contemplado por primera vez haría enternecer hasta el corazón de un abogado pícaro. Pero es el caso, el caso tristísimo en verdad, que aquí ya á muy pocos enternece, porque muy pocos lo contemplan, y porque los pocos que tal hacen ya se habituaron lamentablemente al espectáculo.

La filantropía oficial no tiene asilos en que alojarlas, ni escuelas en que educarlas; la caridad de nuestras más pomposas asociaciones de Beneficencia privada les tiene asco y no falta algún empingorotado presidente de cualquiera de ellas, que declare que no merecen ni agua por no estar bautizadas... acaso, y en cuanto á la caridad personal, suele ser tan corta que no alcanza á dar su mano, ó tan larga que la limosna más empuja que levanta.

¿Quién ignora los males que ocasiona la caridad mal entendida?... Muchos conceden su limosna por avaricia y por puro negocio, dando uno en la tierra para que les den cien en el cielo, sin saber que al obrar así invierten la verdadera moral cristiana; son infinitos los fatuos que «hacen caridades» por vanidad, para que todos les admiremos; y son innumerables los que por cobardía sueltan una moneda

en la manecilla de la mendiga niña: ¡Cobardía del egoísmo ante el remordimiento que se levanta al pensar que acaso esa limosnerita, que mañana será ramera, sea hija suya!...

Por eso es frecuente el hecho de que en torno de las casas de diversiones, placeres y vicios pululan más y con más tristemente lamentable éxito, las niñas mendigas.

Los egoístas, satisfechos que acaban de reir y de enternecerse con las fantasmagorías ridículas ó sentimentales del cinematógrafo (alternación de cuadros terroríficos con coplas que canta casi en cueros una bailarina sicalíptica), dan por evitarse un pensamiento desagradable su limosna á la pilluela.

Y la dan los borrachos en las cantinas elegantes; y los calaverones no dan sino que pagan á las pobres niñas vagabundas infinidad de servicios viles, desde la limpia del charol de sus botines hasta «el recado» para la doncella á quien pretenden seducir.

A las niñas pilluelas jamás les falta un centavito, ni dos, con que dar para su pulque al bolero amigo ó al ratero hermano, ó al padre ladrón, ó á la borracha madre (ó á la que como tal la explota).

Y las pilluelas del boulevard mexicano ya venden billetes, ya voceen periódicos, ya pidan francamente limosna, ya ofrezcan peores frutos, van aumentando, multiplicándose, extendiendo su lepra y su infortunio por nuestras calles principales, llevando á la mente de quienes todavía ahondamos algo en lo que vemos, el retintín de los tristes versos miconianos:

«¡Cría querubes
para el presidio
y sirenas...
para el burdel!»

¡Pobrecitas niñas, desdichados seres infantiles, individuos de una nueva fauna de monstruos sociales, botoncitos de rosa regados ya con pulque y marihuana; el porvenir de nuestra pobre raza os sonrie desde el infierno!...

Así ha clamado desde el fondo de mi alma lírica un pensamiento negro, al contemplar el hervidero de las niñas pilluelas tiritando por el llamado boulebard mexicano; así ha clamado mi melancolía hosca, mirando el popular de las dulces criaturas inocentes, inocentes y venenosas, querubines cuyas alas quemó ya el alcohol, querubines viboritas!...

Pero, preguntaréis: ¿de dónde ha brotado el espantable y patético enjambre de pilluelas?

¿De dónde?

Había que preguntárselo á nuestra conciencia, si todavía tenemos conciencia, había que preguntárselo al espíritu de nuestra raza, á nosotros mismos.

Son nuestras hijas ó las hijas de nuestros hermanos, las hijas de Babilonia, á las que cerramos las puertas de las escuelas y las puertas de nuestros hogares...

Son una legión de síntomas y augurios que van cantando por los pomposos paseos capitalinos:

«¡Para los ricos sobran queridas
Para los pobres faltan esposas!»

¡Qué heraldos esos pequeños monstruos, y qué remordimientos vivos!

VI

A mitad de tragedia, el payaso

Hace poco el encarecimiento de la vida en México, la paralización de muchas industrias, la falta de trabajo, la depresión comercial y las tristes noticias de la revolución (1911), alejaron el resto de buenhumor que nos quedaba.

Sorda angustia extendíase por debajo de los vientres y de las conciencias; sería la proximidad de terribles sucesos, y aun los más guasones se ponen graves y sombríos; lo cual no impidió que intentáramos divertirnos.

El publicista sincero, el escritor independiente, tasca el freno ó muerde la orden de callar la terrible mordaza, y no pudiendo hablar alto de cosas tristes, va en busca de histriones que hagan reir.

No era cosa fácil en esos tiempos ser bufo, Ricardo Bell había muerto; Gavilanes envejecía en el Teatro Principal, foliándose con los mismos chismes de hacía 20 años; y en cuanto á escritores de chispa, después de la muerte de Pierrot no había ninguno que mereciera ser «chistoso» en serio.

Sólo quedaban los charlistas obligados á payasos, aun en plena tragedia, para poder vivir.

Ved ese tipo:

En su faz truhanesca, de una fealdad de viejo zorro, los ojillos vivarachos y maliciosos, chispean con socarronería y gracia en tanto que los labios

gruesos de su bocaza desdentada sonrien completando un gesto de payaso.

Porque este hombre hábil que á fuerza de ser enteramente superficial se antoja profundo, ha hecho de su rostro una máscara, una verdadera máscara de bufón.

Ahora, hay que imaginárselo de «otra manera», arriscado hacia arriba el sombrero de fieltro á media cabeza, semideshecho el lazo de su corbata de toalla, en el rincón de la boca un grande puro, escupiendo y echando enormes humaredas, narrando historietas verdes y rojas en cualquier cantina... Hay que verlo así, en sus glorias, feliz con ensartar obscenidades y contar chistes y anécdotas divertidas ante un auditorio que celebra «sus ocurrencias» con estrepitosas carcajadas; y que le premia literalmente con sendos «metrallazos» de tequila.

Es un bufón moderno, este afortunado mortal, que tiene ya resuelto admirablemente el problema de su existencia.

Vive riendo y haciendo reir. Hace reir; he aquí la difícil misión de su vida. Hacer reir á todo trance, á toda costa y en cualquier parte, y á toda hora.

Tiene obligación de ser locuaz, divertido, ligero y ocurrente.

Y ¡vaya! si son terribles «sus ocurrencias». Los chistes van convenientemente salpimentados de mala intención, llevan diluído un poquito de veneno, de dolo y difamación.

Sin ese veneno no tendrían tanto éxito, ni se perpetuarían entre los amigos innumerables que se enorgullecen con «tenerlo».

No se concibe una fiesta de familia, ó de calaveras, gira campestre, almuerzo ó merienda «parran-

da» ó conmemoración de carácter alegre, sin él...

Y así como se contrata la orquesta y la fonda ó cantina, que ha de suministrar caldos ó manjares, así se cuenta con el «ocurrente Chucho».

En los banquetes de media seriedad que suelen principiar con embarazoso silencio ¿quién había de romper el fuego de la alegría y dar ejemplo de desparpajo y de buen humor, si no Chucho?

Cuando empiezan «á cargar» los brindis largos, tiesos y gemebundos, y, cuando cuantos sufren la tirada bostezando y removiéndose en sus asientos se lamentan de haber asistido á una reunión «tan seria», de súbito salta Chucho con una gracejada, con una observación crítica, tan oportuna, tan mordaz, uno de esos chistes que parecen alfilerazos y que hacen cosquillas y sacan sangre; que todos sueltan á reir...

Y Chucho se adueña de la situación;... Fuera etiquetas y caravanas! él se desbocaba y su lengua, enervada por largo silencio convencional con que es preciso que empiecen todas esas reuniones, vibra chistes y sucedidos que desatan la hilaridad general.

Su táctica es admirablemente sabia... Primero habla «sotto voce» entre las personas que le cercan, mas como éstas rien enardeciéndose, otras prestan atención y oído; el corrillo se ensancha, Chucho levanta un poco la voz, y la onda de risas va agrandándose en la mesa del banquete, hasta que por fin, las más lejanas se desesperan de curiosidad por oir.

Y he aquí que se eclipsan las conversaciones aparte, y sólo Chucho impera. Chucho que pone de «oro y azul» á algún ausente muy conocido de todos, ó que enjareta un epígrama á tal cual persona grave...

Tremenda lengua es la suya; hace pedazos glorias y honras, no respeta edades ni posiciones... Se burla de todos empezando por sí mismo, y una de sus especialidades es el «sablazo» en verso, y la de la parodia.

Parodia con arte mímico á personas notables, á ancianos que padecen algún achaque, á viejas que no entienden de lo que habla... Imita el acento de las voces, las actitudes, los gestos con tal «chispa» que es imposible la seriedad... ¡A reir se dijo! ¡A mofarse de los demás, que no hay manjar más delicioso y picante!

Chucho explota el lado cómico del mundo y de la vida; rebusca en los sucesos de nota jocosa, el aspecto risible de lo más serio, y no se le escapa acontecimiento público ó privado, que no lo desfigure y lo retuerza con su grotesca lengua de payaso mundano, de Rigoleto moderno.

Y como á veces el arsenal se agota, su atención ó memoria se cansan, á falta de datos ciertos acerca de una persona que hay que ridiculizar, inventa, crea. Es decir, calumnia. Y como es una calumnia que hace reir, y que populariza una anécdota que deshace una honra, Chucho queda riendo.

Todos salen felices, convencidos de que es un gran ocurrente.

—Este Chucho vale lo que pesa; ¡Qué chispa!

Y de esto vive. Sus amigos le regalan trajes, relojes y dinero. Siempre encuentra quien le obsequie sus copas, le invite á comer, ó cenar, y si no hay juerga, quien le dé para su hotel. Vive del trabajo de los demás; pero hay que convenir que trabaja en la útil misión de ridiculizarlos. Es un ser necesario, por eso se impone.

Y mucho más se impone en estos tristes días en que la nación mexicana es presa de tan dolorosa crisis.

No se habla de otra cosa que de guerra y política. Lo que los periódicos no pueden decir, lo susurran hasta las verduleras poblando el ambiente de frases pesimistas y obscureciendo el horizonte con funestas profecías.

Todos somos profetas y elegiacos, y trágicos. Hace falta reir un poco, por eso un tipo como el que acabo de pintar, realiza útil misión.

El oficio es ruín, y sin embargo, bien pagado.

Para vivir bien y honradamente ahora, hay que ser payaco ó torero, Gaona ó Gavilanes.

VII

La «Nana»

Es uno de los más grandes y relucientes automóviles ese de la rica familia cuyo chalet de la Reforma tanto destaca su pretenciosa y mixta arquitectura.

Y dentro del lujoso carruaje casi nunca irradia el esplendor de los amos, sino una fealdad de hotentote vestida de blanco y enlistonada de azul, llevando á tirste niña de siete años aburrida y triste.

La fiera hotentote «bianca vestita» que ocupa sola triste niña de siete años aburrida y triste.
es Su Majestad, la «Nana».

Con razón cierto día preguntaba un amigo:

—¿A que no se imagina usted quién reina en aquella casa tan suntuosa como un palacio donde se gasta cada mes un capital sólo en caprichos, inutilmente, con una prodigalidad que aterrorizaría á no saberse que el dueño, el que debía ser el amo, es mucho, muy rico?...

Pues bien, en lo alto está la gran dama Doña Amelia que adora dos cosas en el mundo: su hija, la niña Paz, y el lujo. La adoración por su hija, acaso entre también en el lujo, pues para una mujer vanidosa tener una hija que es un primor, un espléndido rorro vivo, inteligente y sano, es un gran lujo, aunque ella, la misma madre, confiesa que es un esplendor que le cuesta más que el de todos sus caballos y automóviles juntos.

Tal vez por su amor desmedido á la elegancia,

quizá por ese orgullo sea esclava de la linda criatura, que, al fin hija de aquella mujer, es ya una altiva princesa, llena de remilgos, de melindres y de caprichos, antojos extravagantes que hay que consentir y cumplir, á quien hay que obedecer, aunque ella no obedezca á nadie, á nadie absolutamente, excepto á su «nana»...

¡Su «nana»... He allí la reina, la soberana indiscutible de la pomposa casa, el sumo poder en aquel palacio! ¡Su «nana»!

Aquello es el caos; un desorden absoluto, un remolino de criados insolentes que no respetan á nadie, ni al amo; ni á la Señora Doña Amelia, á veces ni á la niña Paz; pero que tiemblan y se humillan delante de la «nana»... ¿Comprende usted?...

¿Qué sombrío drama oculta esta maraña de prodigalidades y de aparato inútil?... No, no hay un drama todavía, ó mejor dicho no hay pasión, ni maldad en ninguno... es únicamente un encadenamiento de debilidades que producen el abandono y una tumultuosa tristeza, y un desconsolador vacío en toda esa plenitud y en todo ese lujo de sonaja.

No; no hay maldad; es sólo debilidad de carácter que es tan fatal, y más todavía, que la maldad misma.

Mire usted: el marido es un sujeto excelente, trabajador, honrado, caritativo, casi sin vicios, que supo no sólo conservar la herencia que le dejara su padre, sino aun aumentarla en buenos negocios y que no ha hecho más tontería que la barbaridad de casarse con Doña Amelia, ante quien, como ya le digo á usted, es un niño: primer eslabón.

La esposa, esta misma Amelia, no es mala, no pasa de ser un poco frívola y un mucho vanidosa y

subyugada por las dos pasiones: su hija y el lujo, frente á las cuales es sierva: segundo eslabón.

La niña Paz, encantadora babina de siete años de edad, á la que tanto le han dicho ya propios y extraños que es un portento de belleza y de talento, y que es una reina, y que se mandará fusilar al que no la obedezca ó la haga enojarse, que insensiblemente ha ido adquiriendo hábitos casi regios, con ese aplomo que da la íntima y entera conciencia de merecerse tales ó mejores homenajes; pero débil á su vez, delante de su «nana» á cuya voz se anonada: tercer eslabón.

Y por último, la reina, el supremo Poder, la obesa indígena de rostro hotentote, engreída con la tolerancia que en un tiempo hubo con ella, tolerancia que fué convirtiéndose en acatamiento, en sumisión; insolente y necia, incapaz de maldad, también, pero eso sí, viciosa; una ancha barrica de «mexcal», un ídolo de carne y alcohol que han ido subiendo á un trono desde donde reza y bebe y ordena imbecilidades, viviendo al lado de esa primorosa niña en la que estriba su ilimitada paciencia: cuarto y último eslabón, remate del encadenamiento de debilidades que convierten el palacio de la familia en un caos, ese palacio cuya arquitectura estrambótica pasma en la Reforma.

*
* *

¿Cómo ha sido esto?... Ya usted lo habrá comprendido: la eterna historia; una madre que al tener á su hija, la entrega en manos de cualquier mujer para que la amamante; que se la va dejando, dejando, sin intentar recobrarla, hasta que llega á

ser más de la nodriza que de la madre, y que cuando quiere recobrarla no puede porque necesitaría ya un esfuerzo vigorosísimo, esfuerzo de que no son capaces casi nunca quienes por debilidad dejaron arraigar en tan ingrata tierra al arbusto hijo, que ¡quién sabe qué rosas florecerá más tarde ó qué frutos rendirá á la hora del verdadero drama!...

Y usted lo ha visto; no es la antigua «nana» de otras épocas, amiga de la casa y de la familia, que envejece en el amor y el respeto «á la niña», y se contenta con un rinconcito en la cocina y un regalo el día de su santo... ¡oh, no!... los tiempos han cambiado... es altanera y parece como que se venga de la humillación de su raza, adueñándose del alma de los niños, de la luz, del amor de la familia...

Y una «nana» de esas es la que reina en aquella casa tan suntuosa como un palacio, donde brillan un lujo vacío y una tumultuosidad triste.

VIII

El gran Gabrielito

Monólogo de un Ex.

Hoy más que nunca creo yo firmemente en que soy hombre superior... No de talla material, no, señor; mis pretensiones no llegan á tanto... y además que, por otra parte, mi exigua estatura sirve para caracterizarme mejor... ¡Cuántos grandes hombres han sido pequeños de cuerpo... Mirad el busto de cuerpo entero que representa á Napoleón Grande ¿Por qué no habría yo de ser Gabriel el Grande, á pesar de que me han hecho célebre en el boulevard con el alias del «Gorgojo?»

De suerte que bien puedo ser un superhombre... ¡qué diablo! era preciso ir alejándonos de aquella endemoniada vida bohemia que llevamos una docena de brutos que nos llamábamos pomposamente estudiantes libres, bohemios enamorados de la independencia de carácter y de la rectitud y de la justicia y de un montón de majaderías que nos tenían embobados...

¡Qué brutos éramos entonces mi hermano y yo!...

Pues llevábamos una vida perra, metidos en un cuchitril infecto y estudiando con una terquedad que hoy me crispa.

Y cuando no estudiábamos, ¡cuántos sueños, cuántas ambiciones, cuántos ideales!...

Éramos un par de *jacobinos* de veras, y estábamos enamorados de la Libertad y de la Justicia, etc., etc...

¡Vaya! hasta llegamos á creer que la palabra «Patria» existía en el Diccionario, porque en algunos corazones y en algunas cabezas había el sentimiento y vivía la idea que significaba. ¡Nunca nos imaginamos entonces que pudiera ser una broma del Diccionario ó un sarcasmo con que azotar el rostro famélico de los ilusos como éramos entonces nosotros!

Estábamos en pleno romanticismo, vivíamos en las esferas del ideal, con los pantalones rotos, sucio el jaquet, la camisa de quince días, el estómago vacío y el cráneo lleno de noblezas líricas y de entusiasmos caballerescos... ¡Qué brutos... pero qué brutos éramos entonces!

Los recuerdos de nuestra tierra natal nos abrigaban en las crudas noches invernales en que tiritábamos cual si México fuese ya aquella Siberia á la que íbamos con el pensamiento á consolar á los mártires rusos deportados por la aristocracia feroz... y esos recuerdos de los tropicales verjeles campechanos eran como ráfagas calientes y perfumadas, perfumadas y calientes como las voluptuosas caricias de las hijas de las costas del Golfo... y al evocar los paisajes familiares de nuestra primera infancia, las selvas enormes y sonoras como gigantescas liras, los panoramas marinos expléndidos en la pompa trágica de sus crepúsculos maravillosos, nos extremecíamos como se entiende un soplo sagrado que trajera con el eco de lejanas tempestades una voz épica que nos cantaba en salmos terribles misteriosas profecías...

Nos creíamos y éramos en efecto puros y blan-

cos (de alma) ¿Seríamos los predestinados, los caudillos, los regeneradores?

¡Qué brutos... pero qué brutos éramos entonces mi hermano y yo!... mis versos de entonces...

Mis endecasílabos parecían trompetazos bíblicos, á cuyo estruendo marcial habrían de caer derribados los muros de Jericó...

¡Nos creíamos en Atenas y nos imaginábamos que los bárbaros habían tomado por asalto la Ciudad del Arte y de la Gloria!...

Pero nosotros, naturalmente, la salvábamos, como si en estos tiempos se pudiera hacer el milagro de convertir los versos en lanzas y de hacer de una Oda un ejército...

Después... mi talento fué alumbrando el camino; comprendí que no habíamos nacido para tantas patrañas y se me fué quitando lo bruto.

¡Hasta que por fin dejé los versos ó al menos los convertía en panes, cosa más agradable y suculenta que la antigua música celestial!

Y pensar que el bueno de Don Hilarión Frías y Soto nos tomó una vez á lo serio cuando nos dijo aquello de... «*juventud egoista y venal y pronta á las defecciones*»... ¡Pícaro viejo, qué bien conocía á su gente!... Pero lo que nunca se figuró fué que en nuestros primeros arranques hubiéramos sido tan brutos!

Mas ya todo pasó... huyó la pesadilla y yo soy quien soy; ¡un superhombre pequeño!... Un diputado al Congreso de la Unión (hablo en el año del Centenario, en 1910) y un astro rutilante del boulevard mexicano.

IX

Un superhombre

Entro lentamente, con aplomo y desenvoltura, cubriendo con mirada de régio desdén las dos filas de asientos del tranvía. Era éste un motor de primera que acababa de salir de la plaza, rumbo á Peralvillo de los que sólo tienen dos bancas corridas, una frente de otra.

Esta disposición pareció complacerle; vaciló un momento, escogiendo el sitio en que habría de depositar su preciosa persona y, al fin, se dirigió al centro de una de las bancas.

Quedaba precisamente frente á mí, y desde luego tuve el deleite raro de observarle á mis anchas, cosa que debió parecerle tan natural como agradable.

Extendió las piernas delgadas, casi aéreas, envueltas delicadamente en pantalones claros; desabrochóse el saco de seda crema, dejando ver un deslumbrante chaleco, escarlata y oro viejo, con botones de nácar: se quitó el «Panamá» finísimo, dando al aire tibio de la tarde una calva monumental que prolongaba la frente soberbia y sudorosa, apenas orlada por ricillos áureos; se atuzó el mostacho á lo Kaiser, y paseando luego su mano derecha por el cráneo sonrió con indecible satisfacción.

—Indudablemente—pensé en el primer momento de admiración—éste ha de ser un príncipe «de in-

cógnito», á menos que no sea un imbécil de cuerpo entero.

En efecto, sólo un príncipe ó un imbécil podía tener aquel gesto olímpico con que consideraba á los pasajeros. Fijándome en la calva que agrandaba su frente, noté que bien podía pertenecer á un sabio; pero era el caso que su bigote delataba á un oficial flamante, de novela, al propio tiempo que sus manos femeninas anunciaban las raíces de una alma de artista... Yo estaba perplejo. Vi una gardenia en el ojal de su saco y muchas piedras rutilantes sobre los dedos de sus manos privilegiadas...

Mis vacilaciones aumentaron. Que aquel ser era un hombre superior, era evidente... no estaba fundido en molde común y corriente...—Sabio, artista, príncipe, guerrero ó filósofo, este personaje es algo grande—me dije.

No era joven; tampoco anciano: además, había gravedad y majestad en su apostura; mostrábase pensativo, altanero, y la sonrisa de sus labios delgados bajo el erizado bigote, era de un relieve enigmático...

Me fascinaba mi «héroe»... Pero ¿cuál no sería mi encanto al advertir como cuanto todo había hecho con magistral donaire y sapiencia majestuosa no eran sino el epílogo para masticar una joya, algo así como «el fin para que había sido creado»?: ¡su pie, su piececito de una forma y de un tamaño impecables, calzado en choclo de glacé!... Mas no era eso todo; la verdadera maravilla estaba en el calcetín de seda anaranjada, el calcetín calado que se distendía aristocráticamente bajo el florón de satín de lazo de aquel chaclo «chaf d'suore»!

Entonces todo lo comprendí: toda aquella arma-

zón de paño fino y carne flaca, toda la majestad de esa sonrisa altanera y serena, aquel mostacho erecto y aquel donaire y aplomo en el sentarse y en el pasear la mano por la frente enorme,—gracias á la calva propicia,—y aquella gardenia y las pedrerías fulgurantes sobre los dedos ágiles en moverlas hacia los ojos atónitos de los pasajeros... ¡oh! todo este edificio de lujo, de arte y de ciencia tenían por vértice único su pie femenino, su chaclo irreprochable y su magnífico calcetín de seda anaranjada, su calcetín calado distendido sabiamente, estéticamente, bajo un florón de raso negro!

Todo lo comprendí: el superhombre aquel cumplía en el mundo la misión suprema de mostrar sus pies y su calzado!

Y mis ojos vieron cómo con ademán de una desenvoltura gentil cruzó él la aérea pierna derecha sobre la izquierda, tirando discretamente del claro pantalón hasta tornar á descubrir nuevamente todo el empeine y el tobillo, deslumbrándome con la seda del calcetín opulento...

Mi «Narciso» sonreía, en tanto, arrastrando perezosamente la mirada por sobre los pasajeros, feliz, al sentirse poseedor de aquellas galas que le dieran Natura y su dinero...

Decididamente: era un imbécil; acaso peor que eso... ¿Debía compadecerlo? ¿debía envidiársele?...

X

El limosnero de copas

Hay mendigos de levita que piden limosna en las cantinas... para su copa.

¿Quién, al contemplar al ébrio inveterado, que fuera en un tiempo hambre útil, sano y generoso, no exclama tristemente:—es mejor que se muera?

En casi todas las familias de la sociedad más culta y digna lo mismo en Mazullán que en cualquier parte, hay algún pobre ser vencido por el vicio más siniestro, y el grito que se escapa ante tal desventura, es un deseo de que más valdríale desaparecer.

No hace mucho que al darme cierta persona la noticia de la muerte de un antiguo camarada de colegio, dije:

—¡Por fin!

—¿Cómo?... ¿Se alegra usted de que haya muerto su amigo?—exclamó.

—Pues bien, sí, señor: usted lo ha dicho; me alegro, ante todo por su familia, y después por él mismo... Ahora, ¿quiere usted más? ¡Acaso yo haya sido la causa determinante de su muerte!... El no era ya un hombre, era un receptáculo lleno hasta los bordes... ¡Yo fuí...

—¿La gota de agua que hace derramar el vaso?

—No precisamente de agua. El agua no mata así de lento, de sombrío, no... Los dramas del agua son violentos, casi tan fulminantes como los del fuego. Naufragio, sumersión, inundación, tem-

pestad, ¿qué es todo ello, sino un súbito accidente en que los hombres desaparecen con cierta nobleza, casi sin sufrimiento, hasta con cierta poesía alta, como en un campo de batalla?... No sonría usted, que no es broma; ¿qué es el terror, la angustia y la desesperación de un minuto trágico en que se aniquila fulminada una vida, comparado con la miseria, el dolor, la bajeza, la cobardía temblorosa de una existencia irremisiblemente podrida, que va dejando por el camino agrio, no sangre roja, sino pus hediondo?

¡Oh el alcohol! Y prolongue usted esa vida de infierno, esa palpitación de pesadilla, prolónguela indefinidamente para mengua de la raza y vergüenza del hombre... No... eso no es vivir... Y sin embargo, así vivía él, el excelente hombre, allá en un tiempo cuando él y Dios querían—el excelente amigo... Podrido por dentro y por fuera; una vejiga de tequila envuelta en un harapo ulcerado!... ¿Se acuerda usted de sus dibujos, de aquellas felices caricaturas que chisporroteaba su lápiz bohemio con una gracia espléndida, contrahechura de una elegancia espontánea y vivaz?... Pues bien, nada, ni una sombra, ni un montón de cenizas quedaba ya de aquel privilegiado lápiz suyo, todo ingenio, emoción, sutileza y frescura!... No... Ya no podían sus manos, manos temblorosas de alcohólico que aun no ha bebido su ración matinal, ó manos muertas de borracho que ha bebido más de la cuenta,—ya no podían sus manos con el lápiz que le dió fama, dinero y amor... ¿Se acuerda usted como desde el Colegio Militar celebrábamos la aguda malicia de sus esbozos grotescos á gis blanco sobre el pizarrón?... ¡Buenos «plantones», buenos «domingos de arresto» le tocó al audaz y

novel artista el primer aletear de sus implumes alas. ¡Y luego á usted le constan los mimos, las recomendaciones y aquellas carátulas onomásticas que le valían empleitos pingües.

¡Y el artista, dándose gusto, comiendo por cuatro, mientras llegaba la hora de beber!...

¿Sabe usted de lo que sí tengo remordimiento, remordimiento que debemos tener todos sus condiscípulos y compañeros de trabajo?... ¡De haberle dicho demasiado que tenía talento; de haber celebrado como una gracia, como una hazaña, sus primeras borracheras; más aun, de haberlo estimulado á beber, á beber hasta rodar.

Repito; n peirde que haya mouerto... ¡más vale!... La víspera de su muerte me detuvo en la esquina.

—Hermano, una pesetita no más, la última, palabra, para «mi mañana» me dijo—para «curármela»...

—Con una peseta revientas, ¿qué haces? ¿no estabas en el Hospital?—contesté entre misericordioso y severo.

—Sí; hace tiempo... Busqué trabajo, busqué amigos... ¡todos ingratos, todos orgullosos!... porque me ven pobre me desprecian; porque me ven agotado me tiran á la calle... dame para una copa, hermano, tú que no eres tan...

No terminó la frase; sus ojos inyectados y medrosos imploraron piedad; bajo el ruin jaquet grasoso jadeaba el pecho raquítico. Y vi en su faz abotargada y amarillenta, una angustia infinita y en sus labios resecos y convulsos la atroz sed nerviosa del alcohólico inveterado...

Y, naturalmente me apiadé... tuve esa cobarde conmiseración que prolonga el infierno de tantos desdichados... ¡Le daría la peseta; le quitaré un

minuto la sed y el temblor, la pavura morbosa que le sofocaba!...

No traía ya «feria»... ¿Le daría un peso?... ¡Era capaz de reventarse bebiéndolo!... ¿Fué presentimiento, fué adivinación?... No fué sino lógica. Me estremecí al dejar sobre su casi epiléptica mano—tan temblorosa estaba—el peso fatal, la gota, amigo mío, la gota que habría de hacer estallar aquella ulcerada vejiga de tequila envuelta en un harapo!

Cuando tres ó cuatro semanas después lo supe, mi primer pensamiento fué para su familia.

Y fué para mí un gran alivio saber que los niños estaban á salvo; que huérfanos, hubo quienes se los disputaran, ya que no latía la abominable pesadilla del padre... Y he aquí por qué me he alegrado de que haya muerto el pobre «artista», más que por él por su familia. ¡Qué alivio, qué descanso, qué calma! ¿No le parece á usted?... Así, poco más ó menos, en un arranque de sinceridad cruel, me expresé ante quien se asombraba de que me alegrase de la muerte de aquella víctima del alcohol.

Pregunto, pues: ¿Verdad que tenía razón el infortunado Edgard Poe, al decir: «No hay mal ninguno comparable con el alcohol?»

¿Verdad que es preferible la muerte á la vida envenenada por el veneno más terrible?

XI

La novela de un cochero

Primero fué un idilio á cuya frescura y por entre cuyas rosas nos asomamos los estudiantes que vivíamos en el corredor del segundo patio de aquel histórico caserón, que parecía, por lo poblado y chismograsiento, una verdadera aldea.

Bajo el cobertizo de tejamanil y hoja de lata que daba sombra á la fila de lavaderos de piedra bordeando el tanque central, Juana lavaba de sol á sol las pilas de ropa sucia que la madre, lavandera veterana, le iba amontonando á medida que se llevaba á planchar las piezas blancas y secas que bajaba de los «tendederos».

Era una linda y hacendosita muchacha, muy seria, calladita y un tanto provocativa con sus brazos redondos y duros de indígena sana y bien nutrida, sus brazos infatigables y desnudos que tornaban con destreza y tenacidad blanca la ropa infecta y negruzca, cuya miseria purificaba la gentil lavandera.

El era cochero de calandria vil muy adinerado y muy insolente, guapetón pendencista y mal hablado, pantalón de «cachirulo», zapato con tacón puntiagudo y sombrero galoneado. Vivía en uno de los peores cuartuchos del último patio, y en un tiempo no se le veía sino en las madrugadas, de regreso de su velada ó de salida á la faena.

Pero cuando se fué percatando de que precisa-

mente á esas mismas horas ocupaba su puesto en el lavadero número 3 la donosa Juana, empezó al amoroso asedio, y nosotros asistimos á la iniciación del idilio, pues todos los estudiantes de aquella casa gracias á nuestra pobreza, éramos madrugadores con el objeto de aprovechar el sol, ya que no teníamos en las noches ni para petróleo, ni para velas, siquiera fuesen de sebo.

El «velador», después de «hacer la mañana» con una taza de hojas de naranjo con su respectivo catalán pues era demasiado opulento para tomar «refino» se sentaba en un lavadero próximo, desde donde entre galantes requiebros, granizaba pellizcos sobre los brancíneos y desnudos brazos frescos de la silenciosa lavanderita, de la lavanderita gentil y atareada que, después de obstinado mutismo, que pretendía ser desdeñoso, se contentaba, al fin, con suplicar un — ¡Estese quieto, grosero! — que por el encanto quejumbroso y emocionado, bien podía traslucirse por una frase diametralmente opuesta.

Nos encantaba ver los rubores primitivos de aquella ingenua y sana criatura, tan limpia, tan afanosa, tan calladita, y sus fingidas cóleras y sus reales turbaciones, y el fuego en que ardían sus mejillas y sus pupilas negras, calcinadas por las palabras intensas y los intensos pellizcos de aquel Don Juan de sombrero ancho y pantalón «cachiruleado»...

¿Caería?... ¿No caería?...

Todas las mañanas, antes de engolfarnos en el Ganot ó en el Algebra echábamos un vistazo á los lavaderos y en ellos encontrábamos á Juana lavando y al cochero apretando más y más el cerco, ante una resistencia que, en verdad, nos iba pareciendo puramente nominal, aunque había entre nos-

otros muchachos románticos que soñábamos con la victoria del ángel de la inocencia sobre el demonio de la tentación.

Y sucedió que una mañana el lavadero número 3 estaba vacío, y vacío se encontraba el puesto vecino, donde solía sentarse el galán: el ángel había sido derrotado y el idilio terminaba...

Y aquella noche, correspondiente á la mañana aquella, oímos allá del tercer patio rasgueos de vihuela, canciones tristes y vocerrones de gente alegre que celebraba las bodas de la lavandera y el seductor triunfante; y, poco después, los retumbantes zapateados de interminables jarabes llenaron la casa con rumor de fiesta estruendosa! ¡Pobre linda lavanderita!...

Cinco noches después—tuvimos la atención de contarlas—lo que se escuchó en pleno sueño de la vecindad fué un rumor de gemidos y las voces del seductor galán, vomitando soeces injurias... ¿La estaba matando?

Nos estremecimos de piedad al considerar cuán pronto se transformaba el idilio en vulgar tragedia... ¿Habría muerto tan pronto en ellos el amor, «el amor que pasa?»...

Esperamos que al día siguiente se separarían; mas no fué así, y desde entonces asistimos á una historia de abnegación de Juana, abnegación y sacrificio que después de los golpes que recibía en las noches se convertía en inaudito servilismo...

Y conste que las manazas del cochero eran de fama en todo el barrio, y los patios de Belén sabían de aquella fama... ¿Era posible que la pobre lavandera pudiera soportar sin protesta aquellos golpes diarios, y podía permanecer sumisa y tierna?...

No sólo eso: sino que aún fué más allá: volvió

á lavar todos los días, desde la madrugada, pero ya no para la madre, ahora resignada y solitaria, sino para el rufián del cochero, que ya no iba como antes á su pescante, sino á pasear por el barrio, contento y satisfecho de tener una mujer á quien golpear y de quien recibir para «la parranda» diaria...

La limpia y donosa lavandera fué marchitándose, marchitándose, mas sin dejar de trabajar, sumisa y resignada, como la madre, á su destino de esclavitud y de miseria.

Y una noche que quisimos intervenir en el cuartucho del «hombre», que parecía querer matar á la desdichada, ésta misma—suspensas las lágrimas en los párpados ensangrentada—se encaró á nosotros y nos gritó indignada y bravía, en un paréntesis de gemidos:—¿Qué les importa, «rotas»?... ¡Es mi marido y «hará bien...»!

XII

A caza de pájaros bobos

Hay personas dedicadas á buscar en los laberintos de la sociedad esos raros frutos que se llaman «buenos corazones», «hombres excelentes», como se puede buscar entre las abruptas montañas una veta explotable de metal de rica ley.

Y entonces sucede el hecho curioso y tristemente vulgar de que los perspicacia, los individuos de quienes se asegura que son «águilas», que «saben la biblia», es decir, que no quieren trabajar, buscan y encuentran á los séres cándidos, á los buenos, para vivir de ellos.

Se repite la maniobra que ejecutan estas aves de mar, de un vuelo más rápido y más alto que el de las águilas, las «fragatas» que viven orgullosamente de lo que pescan otras aves menos aristócratas, pero más trabajadoras.

Las dignas «fragatas», cerniéndose majestuosas en las alturas, espían á los pájaros «bobos»—que muy atinadamente así se llaman—y cuando éstas traen en el pico un hermoso pez, aquéllas se lo arrebatan, evitándose el trabajo y el desdoro de bajar hasta las olas á pescarlo ellas mismas.

¡Cuántos hombres «bobos» hay víctimas explotadas por los hombres «águilas»!

Sé de un apreciable ingeniero, hombre de estudio y de trabajo, muy joven todavía, pero que principia á tener una fortuna, gracias á su mara-

villosa actividad, á su temperamento robusto y al firme propósito que se ha hecho y que ha cumplido de desafiar climas y circunstancias adversas para imponer en ellas y sobre ellas el ejercicio de su profesión. Cuando llega á México, el rostro tostado por el sol, ásperas las manos, causa sorpresa ver á su lado un elegante dandy muy fino de espiritual sonrisa y ojillos picarescos.

Al punto se nota el contraste del hombre tosco, arisco, que en su actitud revela que se juzga aún en plena montaña dominando las lejanías, y el caballerito de nuestras cantinas y salones, relamido y burlón, presuntuoso y pagado de sí mismo.

Este cortesano vive en la misma casa que tiene en México el tenaz y emprendedor ingeniero, come á su mesa, solícito y galante con la familia, en ausencia del jefe de ella; reprende á los criados, vigila y está á sus anchas, montando los caballos del amo para que no se «ovachonen», y usando el cupé de la señora para que no se enmohezca, ya que la esposa del ingeniero no es «de sociedad».

Y he ahí el caballerito dándose tono, viviendo regaladamente y paseando de lo lindo, mientras allá en insalubres bosques batalla el infatigable ser de trabajo y amor.

Cuando á éste se le pregunta por el que deja en México, instalado en su propia casa, responde ingenuamente:

—¿Quién es?... ¡Oh! un antiguo amigo de colegio... muy inteligente, pero está arruinado el pobre... No pudo concluir su carrera... está mal con su familia... y como no tiene carácter para el trabajo...

Y lo peor es que el señorito aludido habla con aire de protección á quien le debe alimentos, ropa

y domicilio. No parece sino que viviendo en aquella casa otorgue un favor, dándole con su presencia un sello de elegancia.

El antiguo compañero de colegio afectó desdén por las rudas labores de su protector y habla con autoridad á la misma familia que, recién llegada de lejano Estado y habiendo vivido en estrecha pobreza, se encuentra cohibida delante de aquel elegante vividor.

A éste le saludan con respeto las antiguas amistades de la familia, creyendo que es el tutelar ídolo de la naciente prosperidad del ingeniero.

Nada más extraño que la notoria tiranía de ese aventurero audaz en cuya sonrisa late la burla y el desdén para quienes le mantienen... Y apenas se comprende en virtud de qué sugestión se ha impuesto en un lugar sagrado, nido de honradez, en que ha sido tradicional canon del trabajo, en aquel hogar que él profana llevando emanaciones de vicio.

Acaso en el espíritu sencillo y recto del hombre trabajador surjan protestas contra aquel intruso que se apoderó con la seguridad de una ave de rapiña, de un bienestar obtenido á costa de años de penalidades, privaciones y labor tenaz, sólo con el vago título de antiguo amigo de colegio.

¿Antiguo amigo de colegio?... Sí, es el derecho invocado por tantos vagabundos incapaces de esfuerzos honrados y de sanos propósitos, para conquistar á los que empiezan á triunfar en la vida después de haberse batido desesperadamente y sin un momento de pánico en la batalla de la vida!

Y cosa rara, muchos de estos héroes de tenacidad, de bravura especial en las crisis más amargas de la existencia, son incapaces de resistir á la insi-

nuación de falsa confraternidad que cualquiera les hace en nombre de un compañerismo antiguo que muchas veces no ha existido...

Son débiles para rechazar á los insinuantes... Una compasión mal sana, desgraciadamente muy común á nuestro carácter romántico, una compasión mezclada de pueril orgullo les hace ser víctimas de esos bribones.

Y cuando uno de ellos se instala como el antiguo amigo de colegio del digno ingeniero, en una casa, ya pueden preverse desgracias, porque el ave de presa lleva en sus garras, ensangrentadas todavía, fermentos de corrupción que pueden envenenar una familia ó alterar la calma de un hogar.

Por eso cuando alguien dice de un audaz cuyo modo de vivir es un misterio:—Es «un águila», me estremezco lamentando que no se les pueda dar caza á muerte, poniéndolos fuera de la Ley.

XIII

De charro á catrín

No hay que desear ni á nuestro más implacable enemigo el tormento de ser invitado á reuniones de gente que desea cambiar en un momento de condición.

No ha muchos días recibí una esquela lujosamente impresa á tres tintas—los indispensables y consabidos colores verde, blanco y colorado, el blanco del papel por supuesto,—así concebida:

PIC-NIC INTIMO

«Diódoro Gómez González y familia tienen la alta honra de invitar á usted cortesmente, á un «tete á tete» cordial que principiará con una «matinée» campestre á bordo de la «Cándida Elenita» sita en el Canal de la Viga, continuará con «lunch» en «El Recreo de los amigos» bar-room de Ixtacalco, tendrá «su cénit» con un banquete en la citada pintoresca villa exlacustre y terminará con un «five ó clock tea» en Gómez González house», chez l'anfitrion.»

Al leer la original esquela vacilé un momento... no recordaba yo conocer á ningún Diódoro, ni mucho menos á su apreciable familia... hasta que á fuerza de memoria caí en la cuenta de que este personaje me había sido presentado en los pasillos de un teatro sospechoso.

Era un hombrezote campechano si los hay, an-

tiguo «trompeta de rurales» que había tenido la suerte de ser agraciado con una pequeña herencia que le cayó á su mujer como llovida del infierno, porque aquello significó para la desdichada el uso obligatorio—por lo menos en la calle—del botín de charol y del diario paseo por el boulevard.

En su pueblo natal sólo calzaba la apreciable Doña Dionisia los días Santos, el día de Todos Santos, el Jueves Santo y Viernes Santo y el día de su santo...—¡nada más en días santos hacía esa penitencia!—pero ni el 5 de Mayo, ni el 16 de Septiembre llegaba su patriotismo al colmo de usar botines...

Vino la herencia susodicha y Bel Anís, que sabía leer y escribir y compraba periódicos, y se llevaba con gente de pluma, arrastró á su consorte hasta México, y una vez en la Metrópoli se propuso cambiar la tosca pantalonera de cuero por el pantalón francés, dedicándose al noble «ramo» de la compraventa de caballos y mulas de tiro, siguiendo el atinado consejo de un caballerango de casa rica, paisano suyo.

*

* *

El tal paisanito que era «un águila», un que «se perdía de vista» en negocios y tenía muy buenas amistades, trastornó el meollo del excelente ex-trompeta de rurales, hablándole de la vida de México y del porvenir que le podía levantar hasta hacerlo todo un señor.

Ante todo se fué relacionando con gente de lustre, cortejó á las coristas, habló con las tiples y con garbo invitaba las copas á los tenorcillos que le rodeaban respetuosamente, iniciándole en la existencia del calaverón elegante.

El estaba encantado, y más de un pobre diablo de poetastro hambriento tuvo mesa puesta en la casa de Don Diódoro...

Perfectamente que recordé entonces la cómica silueta del payo aprisionado de una abominable levita, llevando calzado americano color crema bajo la caricia del estreno de un pantalón bombacho que parecía de zuavo.

*
* *

¡Y era él quien me enviaba la esquela de invitación!... Conque «aquéllo» no era «tanteada»... ¿Quién sería el alma negra que le había hecho firmar con el pomposo nombre «d'anfitrion»?

Pude convencerme asistiendo al famoso «Pic-nic» que aquel infeliz extrompeta, antes tan inofensivo, pues hasta el puesto que ocupaba en su escuadrón era poco militante, ya que los trompetas sólo echan mano al sable en los trances muy apretados y en personal defensa de su existencia, pude convencerme, repito, de que el digno Don Diódoro estaba perdido del intelecto.—¡Lástima de «manganas» habilísimas en los «potreros», desdichadas muchachas de la tierra, ya no le oirían tocar «agua» y «limpia» como antes en la puerta del cuartel haciendo gala de sus pulmones de fuelle! el héroe trompeta y el garboso charro auténtico había desaparecido para dejar en su lugar algo menos que su sombra: ¡la triste figura lamentablemente anunciada de un pedante!

*
* *

En nuestra capital, los «brujas» que rodean y acechan á los infelices «payos» que por desgracia

suya tienen un lado vulnerable, son capaces de trastrocar al más práctico chalán del interior de la República, en un mequetrefe hinchado de «extranjerismo» indigesto.

Incapaces de asimilarse de un tirón las novedades que los dejan atónitos, se atiburnan de frases que no comprenden, dando á su espíritu alimentos imposibles y á su cuerpo trajes estrambóticos... Por medio de palabras y de vestimenta pretenden transformarse de súbito de honrados rancheros útiles en sus granjas, en «títeres» hinchados que entran á la danza de la Comedia humana como risibles figuras de Género Chico...

¡Pobre Don Diódoro!... No pudiendo cambiar su nombre de pila, transformó su apellido alargándolo pomposamente, y empezó á dilapidar el dinero de su desdichada mujer en fiestas que bautizaba con nombres en francés y en inglés al estilo del Gran Tono.

Por supuesto, me fué intolerable la fiesta en que quiso hacer gala «l'anfitrion» de buen gusto y que no fué sino la más truhanesca orgía, que habría sido cómica á no tener en sus notas semitrágicas el que se escucharan detonaciones de pistolas y brillaran hojas de cuchillos.

¡Qué diablo, tuvo que aparecer el «trompeta de rurales» debajo de la levita del «gentleman», que anhelaba llegar á pirata!

XIV

Un campeón de festivales

Soliloquio

Yo soy un fenómeno humano, una maravilla de longevidad; por mí no pasan los años y sobre mí escurren los veranos sus aguas y sus aguardientes, sin mojarme.

Seco, pero curtido al sol, yo soy un palo vivo... vivo de entusiasmo, y soy un asta—y no de toro ¡vive Dios!—sino un asta-bandera que sabe tender al viento de los entusiasmos populares el lienzo tricolor de mis júbilos patrióticos...

Sin mí no hay fiesta cívica posible...

Soy la alegría de los tres colores nacionales... Yo completo unas cuartetas de tamborazo retumbante con un sabroso costillar de chivo en barbacon capaz de hacer agua á la boca del Profeta Jeremías.

¿Qué serían sin mí las grandes romerías de las fiestas en honor de los héroes que con su sangre nos dieran patria? ¿Qué sería de la sangre de los buenos mejicanos sin mi sangre entusiasta y caliente y cosquillosa como la sangre solferina ó guinda, ó lo que sea, del delicioso «curado de tuna»?

¿Quién soportaría con paciencia suficientemente cristiana para no meterse debajo de la mesa, ó para no arrojarles el contenido de la mesa, un brindis interminable ó unas décimas criminales, si no fuera porque mi numen previsor colocara con

épica liberalidad los cubos de «Isabel Dormida», ó del rico «Zapote presto», ó del idílico «curado de apio» que también tiene sus Virgilios nacionales, ó el sin par de naranja y rompope bautizado con la heróica divisa pulquérrima de «Salsipuedes alma mía»?...

¿Quién como yo para organizar un festín de arranques verde, blanco y colorado, y de «¡Viva México, chicharrones!», sin que los comensales se fastidien porque yo con mis idas y venidas les amenizo la jornada y les hago olvidar la pesadilla de la última Oda patriótica de José Juan Tablada?...

¿Quién si no yo, conoce todos los recursos que se puede sacar al mole de guajolote—con perdón sea dicho de los oradores oficiales y de los brindistas espontáneos;—quién sino yo sabe escoger y mandar apartar las piezas que más le gustan á los más morrocotudos personajes, que harán con su presencia las glorias del ameno festival cívico?

Yo escojo, con el mismo tino y sabiduría idéntica, el borrego ó el chivo—perdón, señores, pero así se llaman èsos sabrosos animales—el chivo ó el borrego para la barbacoa, que el eximio orador ó poeta para las odas y discursos que ¡ay! será preciso que escuchen los invitados... ¡Todo tiene su contra en este mundo, y bien vale un suculento plato de mole verde el más abominable brindis en verso de Don Juan Pedro Didapp ó de cualquier otro melenudo modernista de la Secretaría de Instrucción Pública, en tiempo de Justo Sierra.

¿Y las fiestas de aniversarios de las sociedades mutualistas?... ¡Oh! á ver ¿qué gallo puede competir conmigo para organizarlas como Dios manda y saber cuándo llegan á su punto los caldos y cuándo se van derritiendo los sólidos?...Quién como yo?...

Soy enérgico cuando el programa lo exige y la etiqueta lo ordena, porque una cosa es mi republicanismo fraternal de chile de rajas con carne de puerco y otra cosa es la Ordenanza... Me sé acordar á tiempo de que soy «provisional» y no de banqueta, ni de los de pluma de escribir, sino de los *meros meros*, de los de armas tomar.

Yo les voy á mano muy oportunamente á los que se apuntan demasiado con las tequilas—ó se despercuden con más versos de los que puede soportar la paciencia del auditorio, que no porque está bebiendo y comiendo patrióticamente, deja de ser respetable.—¡Caramba!... ¡es bueno beber, pero no tirarse con las copas!...

Cuantas fiestas de sociedades ó días de campo para aniversarios memorables tristes ó alegres se organizan sin mi dirección... fiasco al canto, fracaso ineludible, aborto seguro!... Todo el mundo lo sabe, y cuando se va acercando la fecha gloriosa que hay que conmemorar... ¡á buscar al «cínico», se dijo!... Y el bueno del cínico no se puede negar... ¿Negarme yo?... No; ese egoísmo no es conmigo, necesito sacrificarme en aras de los altos ideales y de los fastos de la patria... Y ahí voy, en pos de chivos y guajaletes y de oradores y de poetas para el magno festín...

Y de esta vida de mártir llevo ya varios lustros; pero los años se pasan sobre mí y continúo como un fenómeno de longevidad, seco y firme como una asta, como una asta de gallardete de fiesta onomástica.

XV

La tiple

La niña Rosario era conocida en su pueblo con el glorioso nombre de «la Reina»... Y, en efecto, en aquella pequeña población del Estado de Michoacán reinaba por la maravilla de sus ojos negros y por el encanto de su voz.

En la paz del hogar reinaba por ser cariñosa y y aunque era traviesilla desempeñaba á satisfacción los penosos y graves deberes de ama de casa. Ella preparaba el chocolate del abuelo—viejo y honrado notario—y el café con leche de «los muchachos», mocetones mayores que ella en edad, aunque no en saber, ni mucho menos en gobierno.

Ellos eran huérfanos de padre y madre y vivían tristemente en el vetusto corazón del abuelo, cuya alegría única consistía en sentirse amado y servido por su «Reina», la dulce niña de los ojos maravillosos y del canto arrullador.

No había más mujer en aquella familia que Rosario, quien á los diecisiete años tuvo que dar á su rostro picaresco y contener los arrebatos infantiles aun de su cuerpecillo adolescente, de una frescura de rosa de Castilla, en un amanecer de primavera.

Rosario era pues, por sus deberes de ama de familia, «la Reina de la Casa», y por el dominio que ejercía en la villa con su voz cristalina y con sus ojos esplendorosos, «la Reina del Pueblo».

No había fiesta cívica ó religiosa, pública ó íntima, en que Rosario no cantara... ¡Todo se animaba con la voz de Rosario y todo se obscurecía cuando ella abría al cielo los párpados reflejando el terciopelo vivo de sus ojos negros la luz del espacio convertida en caricia!

Así, pues, el pueblo estaba orgulloso con aquella gloria local, y no costó poco trabajo conseguir del abuelo el que Rosario fuera «prestada» para cantar en una lujosa tertulia que se había de verificar nada menos que en la ciudad cabecera de Distrito, en honor del Jefe Político.

La aparición de «la Reina» en la sala en que se hallaban reunidas, compitiendo en lujo, las principales familias del importante Distrito, fué una revelación... ¡Aquella niña era verdaderamente encantadora!

Pero cuando la oyeron cantar la vieja y melancólica canción «la golondrina», aquello fué un delirio unánime... Los ancianos lloraron recordando pasadas alegrías y júbilos de otros tiempos para ellos mejores... y los jóvenes declararon, levantando al cielo los brazos, que «Rosario era prodigiosa...» Una sensación de estupor sagrado recorrió la sala cuando la graciosa doncella cantó romanzas tristes, en que se desesperaba enteramente de tremendas pasiones no comprendidas por «el tirano que la robaba la calma» y la dejaban sumida en un abismo de dolor... Toda la fantasía romántica de una época quejumbrosa vibraba en las canciones de Rosario.

*
* *

—¡No; es una lástima que esta pobre muchacha viva ignorada y perdida para el Arte y para la Pa-

tria, en un rincón del pueblo... Es un crimen que el Gobierno del Estado no mande «esta gloria» á México, á que «se perfeccione» en el Conservatorio Nacional de Música; pero de mi cuenta corre que se hará justicia á sus méritos!... ¡Irá á México y triunfará!—exclamó convencido un rico hacendado en un arranque de acendrado provincialismo.—¡No faltaba más que teniendo nosotros en nuestro Distrito «esa gloria desconocida» no la enviáramos á la capital de la República á que allí luzca y deje bien puesto el pabellón de nuestra tierra... ¡Rosario irá á México y triunfará!

*
* *

...Y Rosario vino á México... y se perdió; y la perdieron para siempre su abuelo y el notario y los excelentes muchachos sus hermanos, doblemente huérfanos.

Vino á México y tuvo que cambiar de traje y de modo de ser... La familia del rico hacendado quiso presentar su prodigio de belleza y de arte en un gran concierto y la niña, buena para reina de su casa de su pueblo, cantando «la golondrina» resultó tristemente ridícula con su traje de seda. Cohibida, asustada, con los ojos bajos, no pudo dar á su voz el encanto que tenía en el ambiente de la tierra natal...

«La Reina» sufrió terrible derrota.

*
* *

—Vamos, esta niña «hará carrera», no se apure usted, tiene ojos hermosos y voz agradable, «hará

carrera» en «las tablas»,—decía momentos después del fiasco un empresario «conocedor», dirigiéndose al rico provinciano.

La dulce y encantadora Rosario recibió lecciones de declamación y de baile flamenco, y lecciones vivas de impudicia y exhibición del desnudo, y cuentan que ha vuelto á ser reina, reina de un teatrucho de funciones por tandas, en un barrio de triste fama... Pero todas las mañanas se exhibe en auto por la gran Avenida.

En el apartado lugarejo de la Sierra de Michoacán en que esplendía Rosario, ignoran este cambio de realeza y

¡Más vale así!

XVI

Candil de la calle...

¿Quién es ese que tan atareado corre atropellando á todos, por la Avenida; ese que parece que siempre lleva prisa tal como si fuera huyendo de la suerte, en pos de la dicha?

¡«Candil de la calle y obscuridad de su casa!»— Y con esta frase, está retratado de cuerpo entero nuestro hombre.

Ahora sólo falta retocar un poco y apuntar unos cuantos detalles que caractericen al individuo, descartándolo de la especie de los hombres-ardillas, es decir, de los seres que se mueven mucho y no hacen nada... de provecho ni para sí mismos.

Según él afirma, y no es muy difícil comprobar, no tiene un minuto de descanso el infeliz Don Pánfilo; pero es de los que andan corriendo y llegando tarde».

«Suda y se acongoja» con extraevangélica caridad de las desgracias ajenas y, en efecto, hay que confesar en honor suyo, que tiene un corazón tan dulce y bueno, y blanducho, como una cajita de leche, legítima de Celaya.

Su pena es real ante el infortunio extraño y tiene la mejor intención del mundo para aliviarlo, á cuyo efecto sería capaz de agarrar el cielo con las manos, pero se contenta con ir y venir, gesticular, abrir tamaños ojos, grita: ¡Sangre fría; sangre fría y

paciencia!—cuando él es presa del mal de San Vito, de puro azoramiento y precipitación epiléptica.

*
* *

La especialidad de que más gusta es la de asistir á enfermos graves y velar moribundos y cadáveres. ¡Oh! las obras de misericordia constituyen para él el objeto de su cristiana vida.

No hay semana en que no «entierre» á alguien,—y como vive en una gran casa de vecindad de por el Puente Blanco y se ha hecho popular en el barrio, él corre del curato al Registro Civil; de aquí á casa de Gayasso; para volar luego en pos de ramos al Mercado de las flores; en seguida se da un brinco á la redacción de un periódico para suministrar la nota fúnebre, y, por fin, compra la ó las botellas de catalán para el velorio de ritual porque el alma de un cadáver sin velorio copiosamente humedecido con «fosforitos» no es digna, según él, de presentarse en las puertas del Paraíso ante la calva de San Pedro.

*
* *

Otro de sus «fuertes» está en la no menos cristiana obra de «visitar al cautivo»... ¡Vaya si conoce Don Pánfilo al dedillo todos los «intríngulis» y los «bùsilis» de la cárcel de Belén!

En el Palacio Penal cualquiera que por primera vez lo viese corriendo, jadeante de un juzgado á otro, ó de la alcaidía de la prisión á las oficinas del Ministerio público, creería que era un voraz y «aguilucho» «tinterillo» de uñas rapaces y alma infernal!... pero es el excelente Don Pánfilo arreglando la mul-

ta de cualquier «parrandero» escandaloso ó solicitando informes de algún pariente de cualquier compadre de circunstancias que «cayó» por angas ó por mangas á la casa donde nació el Niño Dios.

*
* *

Si la sangre «llegó al río», se precipita al Hospital Juarez para inquirir el estado del herido... y si está grave se estaciona en cualquier tienda próxima, instala frente á «la piquera» su «cuartel general» y desde allí manda correos á Belén, ó la familia del preso, á la familia del herido y á su casa, avisando que no va á comer, porque primero está ser cristiano...

Si el herido muere, corre desolado á dar la noticia á propios y á extraños poniendo el grito en el cielo, visitando redacciones, médicos y abogados, gritando á voz en cuello, que él no puede ver desgracias, sin acudir en su auxilio y dar hasta su corazón por aliviarlas!

Olfatea á los moribundos y se deja caer entre los desdichados que le asisten, ofreciendo desde luego sus servicios... O si oye gritos de escándalo, silbatos de gendarmes, gritos de «atájenlo» y llanto y gemir de mujeres, él correrá también para ayudar... ¿á la policía?... No, señor, para hacer más baruca, esconder al prófugo en cualquier «changarro» del barrio hasta ponerlo fuera de las garras de «los esbirros»...

Lo primero es la salvación de los que sufren persecuciones y tiempo quedará para ver al occiso—si lo fué—ó al herido si aun no ha podido escabullirse también...

En fin, es un hombre de acción para lo que él juzga el bien de los que sufren; y se siente en sus glorias, apurándose por los otros.

*
* *

Pero lo más triste y ridículo del caso es que siempre tiene el tino de hacer todo á la inversa, aumentando el dolor de los deudos y amigos de los difuntos con sus alharacas y geremiadas, si de fúnebres sucesos se trata; y si de asuntos de cárcel, enredando las más sencillas consignaciones con la eterna inoportunidad de presentarse donde no lo llaman y donde más estorba... contradiciendo todo.

¿Y de qué vive Don Pánfilo?—preguntaréis,—ya que en su casa no «alumbra»...

*
* *

Desgraciadamente, ó por fortuna, quién sabe, tiene una mujer que lo adora, y que sin alardes ni atrabancamientos cuida de que no muera de hambre ese maniático que más que «candil» es un «farolón»...

XVII

La otra Adúltera

La cita en Chapultepec. No era el moderno parque lujoso, frecuentado por lujosos carruajes, con sus calzadas cuidadosamente enarenadas y sus avenidas suntuosas orladas de prados y jardincillos ingleses: era el antiguo bosque que aun guardaba en ciertos rincones enmarañamientos de maleza, frondas, ramajes vírgenes todavía del acero de las tijeras; era el melancólico y solitario Chapultepec de hace treinta años. Y allí fué la cita.

¿Cómo pudo ella, la esposa modelo, la llana y práctica ama de casa, tan cumplida y tan firme en sus creencias religiosas, ceder al capricho de su primo hasta convenir en que iría?

¡Chapultepec!... Sonaba tan dulce y poéticamente este nombre en sus oídos, tantas evocaciones tristes y solemnes surgía en su alma demasiado sensible el encanto del viejo bosque, grato á nuestros abuelos, que lo que no pudieron lograr lágrimas, arranques patéticos y miradas imploradoras de misericordia, consiguió el solo prestigio de aquel nombre hermoso y épico: Chapultepec.

A solas consigo misma, la esposa trataba de disculparse mientras el vil «Simón» rodaba traqueteando ruidosamente por la entonces polvorienta calzada que bordeaba en el camino de Tacubaya los Arcos de Belém.

—Pero si lo que yo hago ahora es muy sencillo; no tiene nada de malo; al contrario rea-

lizo una obra de caridad—se decía Concha.—Vamos á ver, Gabriel mi primo fué mi, novio, casi de juguete, es verdad, pero él dice que eso fué nuestro «¡primer amor!» ¡Qué linda frase: el primer amor!... ¡Cuántas veces en las novelas y en los versos que más me gustan se habla tan bonito de eso!... Pasaron los años, nos olvidamos de las cosas bellas que tantas veces nos permitimos; él marchó fuera de México, yo me casé prosaicamente con un honrado notario que á estas horas trabaja y trabaja por que no me falte nada en casa; es un buen hombre, cariñoso, leal, recto... jamás le he engañado, ni le engañaré nunca... No hace lindas frases como Gabriel, no es calavera, ni ha matado nunca á un hombre en duelo... Vaya, pero el caso es que mi primo ha querido que le explique por qué lo olvidé tan pronto, que le diga si soy feliz, si nada ambiciono, si ya no pienso como antes... que no me pide cosas imposibles, ni indecorosas,—ni yo le permitiría que siendo casada se atreviera á faltarme,—en fin, que lo que deseaba era una explicación franca, ya no entre novios, sino entre buenos amigos, entre hermanos... ¡Pobre!... Y como no pudimos hablar á solas en casa,—¡son tan malas las gentes; piensan tan mal de lo mejor!—él me citó... Yo no quería, no quería, lloró, y nada, yo firme,—no me creía capaz de tanta dureza—hasta que me dijo:—Mira, te espero esta tarde en el bosque de Chapultepec... ¡Chapultepec!... esta palabra me decidió. Era lo más á propósito y lo más puro: ¿quién puede imaginarse que en el fondo de un bosque solitario y henchido de recuerdos pueda un corazón bien puesto intentar no ya un crimen, pero ni la más ligera falta?

Y pensando así, Concha la esposa modelo, la

práctica y excelente ama de casa, se tranquilizaba momentáneamente, en tanto que el ruin coche de sitio rodaba, rodaba por entre el polvo de la antigua calzada de Belem, rumbo á Chapultepec.

¡En mala hora para ella había venido de Europa después de diez años de ausencia aquel primo que le recordaba su pueril novela de lo que poéticamente llamaban ambos «su primer amor!»...

El cúmulo de falsas ideas, de quimeras imposibles, de dorados absurdos y de peligrosas ilusiones que engendran versos, cuentos y novelas en las almas débiles de las niñas á quienes se les impide que conozcan las escenas de la vida tal como es, sin convencionalismos, ni velos, ni atenuaciones; á quienes se estorba intencionalmente que comprendan los espectáculos del mundo vistos por sus propios ojos, todo ese cúmulo de oropeles y vanas piedras de colores que enloquecen el cerebro de las doncellas inútiles, fermentó en el alma de Concha ante la dulzura insólita de las frases poéticas... ¡Chapultepec! ¡El primer amor!

Repentinamente el coche se detuvo para dejar pasar en un sitio en que la calzada se estrechaba á otro coche que venía en sentido opuesto. Concha escuchó una voz destemplada cantando coplas obscenas y un estribillo de mujeres ébrias... Y vió dentro del coche que volvía, un grupo inolvidable, dos hombres y dos mujeres que bebían y cantaban.

—¿De dónde viene esa gente?—preguntó estremecida.

—¡De dónde ha de ser, niña: de Chapultepec!—respondió el cochero.

Una oleada glacial anegó el cráneo de la esposa, á tiempo que sus ojos adquirieron la niti-

dez lúcida que sólo pueden dar las escenas de la vida real. Sacudió sus hermosos cabellos y murmurando muy quedo:

—¡Bendito sea Dios!—dió un golpe en el cristal delantero del Simón, gritando después con voz de mujer honrada:

—¡Cochero, vuelve á México!

Y así fué como, por incidente providencial, Concha triunfó del adulterio.

XVIII

Anverso y Reverso

Llegó hasta la ciudad la fama y el singular renombre de aquellos dos hermanos tan unidos á pesar de sus caracteres opuestos.

Eran una antítesis viva y el pueblo con el buen sentido y el tino perspicaz de los «rancheros» del Bajío, descompuso su nombre de pila—Miguel, Luciano,—y los transformó en «San Miguel» y «Don Lucifer».

Y en efecto, nada más apropósito: anverso y reverso.

Hijos únicos de riquísimo hacendado de Celaya, que los tuvo en sus dos matrimonios, los dejó como sus herederos, al morir, viudo por segunda vez, sin más parientes.

Los dos quedaron al frente de vastas haciendas y de ranchos, amén de un buen número de fincas urbanas en Guanajuato, Acámbaro y Querétaro.

San Miguel,—el primogénito—era como decían las beatas «un dulce»; jamás de su rostro efectivamente arcangélico como su nombre, desaparecía la sonrisa plácida de los elegidos del Señor, ni de sus ojos casi siempre bajos por la humildad, se eclipsaba nunca ese tranquilo é igual fulgor, propio de las conciencias inmaculadas. Su voz era tan dulce como su sonrisa, y tan apacible y suave como el brillo de sus pupilas, cuando levantaba los párpados.

Veíasele siempre en su viejo «guayin» polvoriento,

el ladado del elra, del cercano pueblo, hablando de las reposiciones de la iglesia, informándose de los peones que no se confesaban ó no iban á misa, y seguido á caballo por alguno de los mayordomos de sus ranchos.

Rechoncho, casi obeso, por la vida sedentaria,—rara vez montaba á caballo y casi nunca recorría los campos por su pie—«el amo San Miguel» dejaba en los pobres esclavos de las milpas una sensación de mudo espanto, de estupor terrorífico.

Porque aquel «dulce» hacía llorar á las mujeres dentro de los «jacales» de la «cuadrilla»; era implacable con los que le debían, y todos le debían, y jamás tuvo misericordia ni de enfermos, ni de viudas, ni de huérfanos...

El gordo «amo San Miguel» solía hablar del Evangelio del Divino Maestro:—«amaos los unos á los otros; haced bien á los que os calumnien y maldicen, orad por los que os aborrecen!»—solía hablar así, y sabiendo que era odiado, avaro y sórdido, apoyado por el cura á quien golosinaba con el estricto pago de diezmos y primicias, oprimía á la gente de sus haciendas, no dejándola descansar ni los domingos, pues en estos días los convocaba á la misa, al sermón, á la doctrina cristiana y al rosario...

Y los domingos,—el día de los júbilos del hogar, del descanso, de la tregua,—eran en aquellas comarcas del Bajío, de una sombría tristeza agravada por el tañer de la campana en la capilla del amo.

*
* *

«Don Lucifer» era, por el contrario, un polvorín, un mágico polvorín, pronto á estallar, cuando no

estallando en súbitas cóleras, en palabrotas y blasfemias, volviendo á reponer por espontáneo y misterioso procedimiento su depósito de explosivos.

Seco de cuerpo y de rostro, enfundadas las piernas en «pantaloneras» de cuero, chaqueta de lo mismo,—bordada á la espalda una águila con su respectiva víbora sobre el nopal legendaria—jinete siempre, en magnífico caballo, pasaba por los campos, renegando como un hereje y echando sapos y culebras por su boca de demonio.

El «amo Don Lucifer»—escándalo de la sociedad de Celaya, Acámbaro, Guanajuato y Querétaro, por las atravesadas ideas que trajo de México al que fué en mala hora, diz que á estudiar medicina,—dejaba tras sí un reguero de bendiciones, un hálito de consuelo.

Lo que su hermano Miguel quitaba en nombre de Nuestro Señor, él sabía reponerlo en nombre del Diablo, dando el hombre, además, un buen trago de Mezcal, un cintajo cualquiera á la mujer y á los muchachos puños de gruesos confites que nunca faltaban en las «cantinas» de su lujosa silla.

Mujeriego, lenguaraz y valentón, consumado jugador de gallos y tan afecto á las buenas fincas como á las buenas mozas, sólo tenía «Don Lucifer» un defecto: querer á su hermano «San Miguel». En cambio, éste, sólo poseía una cualidad: adorar á «Don Lucifer».

Y he aquí por qué esta singular pareja de hermanos, opuestos en caracteres, tuvo celebridad y fama en el Bajío, y cómo sus respectivas distintas cualidades, recorriendo nilpas y nopaleras, llegaron hasta la capital del Estado.

XIX

El padre vanidoso

En el fondo de una gran cantina de la Avenida de San Francisco se comentó deliciosamente esta dramática comedia:

I

... Era la salvación. Fué una autora inesperada en la noche del desastre de la exrica y orgullosa familia.

En un principio, la sorpresa de la noticia nubló la claridad del júbilo. El altanero Don Próspero aparecía estupefacto y radiante... ¿Conque el mequetrefe de quien era tutor resultaba rico inopinadamente, y su padre, el bestia ranchero, su antiguo mayordomo de la hacienda de Peñas Blancas era ahora «el señor amo»?

¡Y he aquí que este mismo anunciaba que iría á México á tratar acerca del próximo matrimonio de su hijo el estudiante con «una personita» de la familia de su antiguo patrón!

Un rayo, un rayo de alegría, fué la noticia para Eva y Josefina, las bellas y altivas señoritas hijas del viejo ocioso que en México acababa de dilapidar el capital enorme heredado de sus abuelos españoles, de aquel Don Próspero cuyo nombre era ya un sarcasmo cruel.

II

El desconocido, el desprendido Saúl, el mísero estudiantillo, cobró súbita importancia ante los ojos de las atónitas hijas de Don Próspero: era la salvación, el esposo rico, el prometido príncipe que ofrecía un palacio á la novia y una fortuna al arruinado padre.

Pero ¿quién sería la elegida?... ¿Eva ó Josefina?

Ambas confesábanse haber sido duras para con el tutoreado de su padre, para aquel pobre diablo hijo del antiguo mayordomo de Piedras Blancas, «la hacienda de papá».

Mientras éste disolvía en México su herencia, el mayordomo adquiría «por trasmano», conocedor de las riquezas que «el señor amo» dilapidaba con regia prodigalidad.

Había mandado á su hijo Saúl á la capital, escribiendo á Don Próspero para que se dignara ser su tutor y lo encarrilara en la vida, y el examo había aceptado de mala gana y peor talante, cumpliendo como pudo las formalidades precisas sin volverse á acordar del joven sino para cobrar las mensualidades que le enviaban para pagar la casa de huéspedes donde lo había metido.

Sin embargo, Saúl visitaba todos los domingos la casa de su tutor, donde comía, aunque relegado desdeñosamente á «la mesa de confianza», destinada á los parientes pobres y á los criados viejos.

A pesar de tamaña humillación, Saúl jamás faltaba á aquella mesa. En tanto que en el lujoso comedor de la sala la familia de Don Próspero hacía los honores á sus comensales de altas polendas, en la «mesa de confianza» se reía cordialmente, se

«contaban cuentos», comentábase el último drama admirado y llorado el domingo anterior en el Teatro Hidalgo, y se inundaban todos en la contagiosa alegría de Chabela.

Porque hay que saber que ésta era el alma luminosa y gentil de la actividad de la casa, de aquella casa donde había llegado pobre, huérfana, recogida por la caridad cristiana de la esposa de Don Próspero.

Chabela vigilaba el orden posible dentro de una familia compuesta de un padre vanidoso y dilapidador de un capital que otros habían labrado á fuerza de duras privaciones y miserias, y de dos lindas é inútiles coquetuelas.

Chabela era una enérgica ama de llaves; contenía la rapacidad de los criados; atendía á las necesidades de la casa, y cuando la estrechez fué ensombreciendo el horizonte y multiplicando la deserción de los amigos de la familia, ella supo hacer prodigios de economía y milagros de abastecimiento.

¡Bien pagaba la huérfana el favor de haber sido recogida para ser la más barata y fiel administradora de los decadentes bienes!

III

Cuando Don Próspero recibió la carta de su ex-mayordomo, en que le anunciaba su idea de ir á hablar del matrimonio de su hijo con «una personita de la familia de su amo», y supo que el pobretón ranchero era el propietario de Peñas Blancas y de otras no menos extensas haciendas, lo primero que hizo fué decir á Saúl:

—Mañana domingo vendrás á comer con nos-

otros, pero ya no á «la mesa de confianza», sino á nuestra mesa, porque ya eres persona formal ¿eh?...

IV

Eva y Josefina sintiéronse rivales; cruzaron miradas angustiosas; y en la elegante «mesa de los huéspedes de honor», dilataron ante el joven taciturno la gracia de sus mejores sonrisas y la coquetería de sus más provocativas actitudes... ¿Quién sería la preferida?...

V

El mayordomo anunció así su petición: —Pos «señor amo», su «mercé» sabrá si esa «personita» puede ser mujer de mi hijo ahora que se va á recibir de ingeniero...

—¡No faltaba más, hombre!... Siéntate... y al grano... ¿Eva ó Josefina?...

¡Ujule!... No tanto, mi señor amo... eso es para las... decentes... ¡Es Chabelita!...

XX

Los Pálidos Vacilantes

En el comercio, en la sociedad, en la guerra, en el periodismo, en la política; en suma, lo mismo en la vida individual que en la vida pública, los seres vacilantes, los indecisos, los volubles, son peores que los seres neutros. Hay algo más despreciable que el Cero humano; las cifras humanas negativas, aquellas cuyo valor está expuesto constantemente á ser multiplicado por (—1) «menos uno», es decir, cuyas actividades en vez de ser útiles en la sociedad, son tanto más nocivas cuanto más intensas son aquéllas.

El (—1) «menos uno» que así las sumerge de súbito más abajo de la nulidad, precediéndolas del afrentoso signo «menos» de las cantidades menores que cero, el terrible factor que así trasmuta en cifra de muerte lo que era coeficiente de vida, es la vacilación, cuando ésta se hace crónica en el individuo.

El hombre que poseyendo valores positivos, como talento, intrepidez, civismo, etc., es presa de fluctuaciones en su conducta, está podrido y está perdido, y por su anterior influencia en la masa social en que vive, está en camino de podrir y de perder á muchos de los que lo rodean.

Así pensaba yo mirando pasar, abatido, pálido, la cabeza sobre el pecho, las manos á la espalda, á un antiguo condiscípulo de la Escuela Preparato-

ria á quien profesores y camaradas augurábamos un porvenir soberbio, porque era inteligente y estudioso, y porque su facilidad de palabra nos parecía asombrosa.

Era un entusiasta y un patriota sincero; «dobló» sus cursos, nos dejó atrás á todos y ya en su cuarto año escribía crónicas y hasta editoriales en los periódicos.

—Hasta Ministro ó Gobernador no parará—profetizaban; la vorágine de la vida periodística política se lo llevó en su remolino... y se tragó su porvenir.

Primero fué oposicionista furibundo, jacobino rojo, del género leal, de los antigobiernistas... ¡terribles artículos los suyos en un famoso diario que la juventud estudiantil leía entonces, temblando de voluptuosa emoción cívica!—pero el reposo melancólico de la cárcel entibió á tal punto sus entusiasmos y le hizo estudiar de tal modo, que de las bartolinas de la prisión de Belén pasó, sin transición alguna, á la dirección de un periódico semioficial de un Estado, convencido de que la demagogia y el bandolerismo radicaban en las filas antigobiernistas y que la fuerza representaba el orden. Y de las epilépticas invectivas dantonianas pasó al sano y nutritivo doctrinarismo, que emanaba una placidez de vientre satisfecho y apto para las más arduas digestiones.

De buena fe se creía un paladín del nuevo Orden establecido; pero de pronto acometíanle remordimientos, su pluma resistíase á defender las arbitrariedades del cacique de tal ó cual Distrito, temblaba, vacilaba, y al fin, escribía en contra de sus convicciones y en favor de sus intereses; pero entonces el hombre se ponía pálido y perdía el apetito... Vaci-

laba... ¡aceptaba la dura misión de apóstol! Pero ¿y la cárcel? ¿y el hambre? ¿y sus hijos? ¿y su conciencia?...

¿Resignaríase á transigir con sus remordimientos, ó mejor dicho, ahogarlos para vivir en paz?... Fluctuaba, incapaz de resolución.

Por fin, cierto día después de leer los magníficos versos de Díaz Mirón:

«¿Detenerme, cejar?... vana congoja
¡La cabeza no manda al corazón!»

se resolvió por el corazón; dejó su poltrona de periodista, «disciplinado» á sueldo de la Tesorería del Estado y fué á dar contra la sórdida mesa de redacción de un periodiquillo oposicionista regional, del que fué á su turno Director, publicando desde luego un magnífico artículo-reto al Gobierno, titulado: «El camino de Damasco».

Es escándalo fué mayúsculo.

Varias comisiones de estudiantes y obreros fuéronle á felicitar por aquel rasgo de abnegación, por haber escuchado la voz de Dios, la voz del pueblo que le preguntaba al claror de una luz sobrenatural: «¿Por qué me persigues?»...

Pero, después del entusiasmo lírico y de los aplausos del pueblo y de la conciencia, llegaron los reproches de sus antiguos empleados, la cólera de su mujer y la protesta de su vientre. ¿Qué iba á ser de su familia con el mísero pan duro del periodista sincero?

¿Lo perdería todo por ponerse de parte de una horda de rabiosos que tal vez abominaban al Gobierno porque éste no les daba tajada?... Y, vacilante, tornaba á palidecer, deteníase, fluctuaba, desespe-

rábase en la angustia del atroz conflicto arrullado por los sonoros versos del poeta.

«La cabeza no manda al corazón».—La cabeza no; pero el estómago sí,—contestábase á sí propio; y delante del papel en blanco se la apretaba, perplejo, y más pálido que nunca, incapaz de una resolución. Hasta que por fin, el vientre y su mujer le hacían publicar un manifiesto en que declaraba que su honradez impulsábale á separarse de un periódico que enarbolaba la fatal bandera roja de los descamisados; que su conciencia le hacía apartarse tanto del periodismo mercenario como del purpúreo, lamentando geremiacamente que en la Patria de Juarez todavía no estuviese unificada la opinión, como si precisamente esto no fuese motivo para ponerse de la una ó de la otra parte.

Y sucedió que aquel pobre vacilante, que no era suma, sino un hombre pobre sin carácter, fué tachado de cobarde, lo mismo por tirios que por troyanos. Le llamaron tránsfuga los dos; llamó en seguida á las puertas del diario de la Tesorería y con ellas le dieron en las narices; tocó al postigo del periódico oposicionista y allí negáronse á abrírselo; y, finalmente, ulcerado el corazón y no muy sana la cabeza, roído el hígado por el pus de una incertidumbre constante, en perpetua contradicción, nulificado su talento, despreciado por todos, volvió á México, donde le he visto pasar como un espectro.

Hay editores que lo utilizan y se valen de su bella intelectualidad para enderezarla hacia un fin de lucro y no de bien público... Y él, después de vacilar, incapaz de una actitud resuelta, acepta trémulo, y he aquí cómo su vacilación es un factor negativo, un (—1) «menos uno» que multiplica la cifra de su valer intelectual, produciendo una cantidad menor que cero, peor que si fuese nula, peligrosa, como envenenadora de la opinión publica.

XXI

La niña de la cervecería

México se divierte (corrompiéndose) á pesar de todo; á pesar de su mal humor, y precisamente por éste, y si es verdad que pesa más y más la miseria, el vicio, en cambio enciende mejor los candelabros de oro ante sus ídolos eternos.

En vano los pudibundos reglamentos del Gobierno del Distrito, amontonan prohibiciones que tienden á desterrar á la Venus Bribona y al Baco Soez; y en vano ciérranse cantinas... la orgía responde con una larga carcajada, en tanto que por nuestras céntricas avenidas pululan los pilluelos, las meretrices, los borrachines elegantes y los mendigos.

La miseria acentúa ahora más que nunca, entre el ruidoso palpitar de los automóviles y el policromo bullir de los sombreros de las damas elegantes, horribles gestos y dolorosas actitudes.

Emprendo mi cotidiana gira por el boulevard mexicano y apunto nuevos tipos y tristezas nuevas, que son como vivos síntomas de un mal que radica muy adentro y muy hondo.

No ha mucho pasó por mi lado un grupo de infortunados, todo un haz de gajos dolientes.

¿Dónde había yo visto aquella familia?...

¿Era el mismo grupo ó era otro?... Y la triste singularidad de la bella niña expléndidamente vestida en medio de las dos viejas de sucios tápalos

negruzcos y de la turba de chiquillos haraposos me atrajo irremisiblemente á la familia con el cruel afán de conocer el drama que adivinaba de miseria y de vicio.

Y era de verse en la niña la orla de la rica falda blanca de medio paso alta aún hasta el tobillo; los lindos pies primorosamente calzados con botas de glacé marrón comunicando al aire de la marcha cierta insolencia provocativa: el cuerpo delgado, sin talle todavía; el incipiente desarrollo del seno; los amplios vuelos de la blusa de seda escarlata y bajo el ala enorme del sombrero de encajes, una carita pálida enfermiza, dulce...

Pero en aquella carita ¡qué ojos, Dios mío, qué ojos!... un extraordinario fulgor, una perenne lumbre de pasión y de audacia pretendía en sus pupilas negras, extraños reflejos turbadores! ojos de perdición, de pecado y de lujuria sobre el cuerpo grácil de una virgencita de quince años!...

Su boca era fina y había en ella una sonrisa ténue á flor de los labios exangües, una sonrisa que mentía pudores y que era un sarcasmo sobre la roja seda de la blusa y bajo la lumbre negra de los ojos elocuentes y precoces.

Erguida y desenvuelta como una mujer, la niña resistía las miradas de los hombres que pasaban á su lado, sonriendo infantilmente muy abiertos y centelleantes los ojos negros que bajaba luego pudibunda con una gracia ingenuamente perversa.

Las dos viejas y los cuatro pilluelos desarrapados que la escoltaban agregaban una impresión más á la impresión de malestar, de tristeza y de amarga perplejidad que producía en mí... ¿Dónde había yo visto aquella carita virginal con los ojos de Mesalina?

Iba, pues, con «su familia»... ¿Eran esas míseras

viejas de sucios tápalos y los pobres hambrientos muchachos, verdaderamente su familia?...

Y del modo más sencillo y vulgar supe cuanto deseaba saber, cuanto presentía. Engolosiné á uno de aquellos.

Todo me lo dijo casi de corrido, como si no fuera la primera vez que le hicieran semejante pregunta.

—Se llama Juanita; nosotros somos muy pobres, y papá ya no está en la oficina; es nuestra hermana, y como es muy viva y de «modales» muy «decentes», «trabaja» hasta la una de la mañana en un expendio de cerveza; está de dependiente; los señores le dicen muchas cosas y ella risa y risa... y ahí tiene usted que la quieren mucho y le dan sin que ella les pida, sus tostones y hasta sus pesos! Mi mamá y tía Chale la cuidan mucho; la esperan á que salga y la tienen recomendada con el señor de la cervecería... ¡Es muy buena Juanita!

En estas palabras del avispado «hermanito» comprendí toda la historia, todo el drama de la niña de la sonrisa púdica y de los ojos de lumbre...

*
* *

Aquel mismo día entré á la cervecería acompañado de algunos amigos de buen humor, y vimos á Juanita ir y venir muy atareada y vivaracha, encantadora con su delantal blanquísimo, sus botas marrón y su opulento peinado de castaña de bucles, en que lucía una gran rosa blanca.

Sonriente, ligera, la niña se acercó á nosotros y con su ingenua gracia perversa desgranó dulcemente las sílabas de la consabida pregunta.

—¿Qué toman ustedes?

La ví de cerca. Y no, no despertaba ni la sombra de un deseo impuro, ni la menor tentación... Ví su cuerpecito flacucho, tardío en el desarrollo en tanto que en contraste sus ojos relampagueaban elocuentes, casi terribles de verdad y de pasión precoz...

—¿Cómo te llamas?—le pregunté.

—Stela—contestó, entornando los párpados sin dejar de sonreir con una sonrisa seráfica y libidinosa.

—¿Stela?... es un nombre muy bonito; pero yo sabía que te llamabas Juanita...

—Ah! sí, señor, me llamo Stela Juana; pero eso es muy largo...

—Y muy feo, ¿verdad? sírvenos entonces tres vasos grandes, Stela.

Entonces pensé que, en efecto, á pesar de la guerra fratricida de las desgracias nacionales, la Capital se divierte en su corrupción y que las niñas como esa Stela de los «bebederos» metropolitanos encarnan una de las más tristes formas de la prostitución actual.

XXII

La Vestal á fuerza

Hará poco más de treinta años, cuando el General Porfirio Díaz entró en México triunfante después de Tecoac, la bella Elena estaba en la plenitud de su gloria y era la única verdadera reina del boulevard.

Sólo que entonces no le daban á tan feas y estrechas calles el pomposo nombre parisiense; entonces se decía modestamente «Plateros», así á secas. No se atrevían á más los elegantes de aquella tan lejana época.

La chismografía Conlanesca, el centro de reunión de los vagabundos de levita apenas pasaba del portal de Mercaderes y la primera y segunda calle de Plateros. Para emborracharse, elegantemente, por supuesto, no se contaba sino con una mala cantina y para comer y cenar á lo *chic*, no había entonces sino dos restaurants que eran todo el lujo de la entonces pobre Metrópoli: «La Concordia» y «Fulcheri».

Pasando el recinto de esas dos fondas, y los cafés del Cazador y Manrique, todo era Cuatitlán y Santa Anita.

No parecía, pues, nada extraño, que en los estrechos límites del antiguo boulevard, no hubiese sino una reina, es decir, una belleza femenil adicta á recorrer la calle de Plateros diariamente, exhibiéndose con amore.

Los piratas veteranos de aquel suscinto Golfo, entonces aun no curtidos por el coctail y el wisky yanquis, aseguran que Lupe (la llamaremos así para no ofenderla con su propio nombre) en aquella época era guapísima y que sus veinte abriles asomaban esplendorosamente á sus ojazos soberanos como una promesa de felicidad á los que se acercaban á ella.

¡Ay! pero eso no pasaba de ser solo una promesa, porque la pícara bien sabía aquello de «el prometer no empobrece; el dar es el que aniquila».

Se contentaba en coquetear de lo lindo, «flirtear». como ahora se dice, y tenía siempre á flor de los labios, los rojos labios de una boca sensual, casi lasciva, una sonrisa adorable como un enigma, y como un enigma, dolorosa. Su padre era un viejo general de la época de Santa Ana, un anciano sordo y medio idiota, que se pasaba la vida en Catedral oyendo misas y misas por el descanso del alma de Itúrbide, mientras su hija Lupe convertía los restos de una fortuna que plugo hacer grande Su Alteza Serenísima, para glorificar á su fiel servidor á quien, por más señas, había hecho «Caballero de la orden de Guadalupe».

Lupe entonces acompañaba á su padre en las mañanas á oir su primera misa en Catedral. Ella iba de negro con sendo tápalo, como todas las devotas que entonces todavía tomaban las cosas de la iglesia á lo serio, y aun no apuntaban los albores del Género Chico de las Sacristías...

¡Ay de quien en aquellos benditos tiempos se hubiera atrevido á entrar en un templo con sombrero!...

¡Anatema sic, anatema sic!

Pero una vez oída la misa, despedíase Lupe muy respetuosamente de su padre dejándole ensartar in-

terminables series de aves marías, y ella encaminábase á su casita por el rumbo de San Pedro y San Pablo, donde cambiaba su indumentaria y hela ahí en Plateros, radiante y triunfal!

Entrábase á la Sorpresa, después de visitar La Primavera,—«Cajones», como prosaicamente se llamaban entonces,— donde discutía semanas enteras la tela que iba á escoger para sus trajes, y dábase luego muy lentamente su paseíto frente á los aparadores, de la boulevaresca calle, dejándose lamer el bello rostro por las miradas concupiscentes de los galanes de la época.

Las amiguitas de Lupe estaban, por supuesto, envidiosas de la admiración que provocaba y procuraban imitarla hasta donde les era posible, no sin echar pestes contra ella en cariñosos conciliábulos, á la salida del sermón, en las tardes.

Pero el hecho fué que todas se fueron casando y muriendo, y sólo Lupe continuó soltera, á pesar de la gloria que circundaba el esplendor de esos ojazos maravillosos, prometedores de la felicidad, y á pesar de su boca sensual, casi lasciva.

Coqueteaba, flirteaba de lo lindo, echaban más y más fuego sus pupilas, y se estremecían más y más sus voluptuosos labios bermejos... pero todos sus adoradores apetecían la flor de aquella belleza decorativa sólo para gozar de su perfume al paso, sólo para embriagarse un instante con la deliciosa opulencia que emanaba de su encantadora carne. Ninguno se atrevió jamás á trasplantar al invernadero del hogar la rosa mística de la calle de Plateros!

¿Qué ambicionaba ella? ¿Soñaba con el amor de un millonario? ¿Forjábase ideales de pasión con algún príncipe, tal cual descendiente olvidado, pero rico, de Moctezuma ó de Itúrbide?

¡Quién sabe!... El caso fué que los años fueron pasando, pasando y ella también se pasó...

Hoy... vedla, es una triste cincuentona con rostro de ciruela pasa, una de esas vírgenes horribles que han conservado casi intacta la integridad material de la íntima flor en que se vinculara su orgullo, flor cerrada para siempre al polen del amor y de la vida, flor inútil que no ha cumplido su misión en el mundo... ¡Pobre vieja vestal!

Y hoy, como ayer, la vieja solterona emberrinchínase en pasear diariamente por la calle de Plateros, donde ya no reina como antes, aunque sus ojos,—aun hermosos, lo único que resta á esta triste derrotada,—aunque sus ojos fulminan relámpagos y aunque su boca sonría con concupiscencias soñadas que ya nunca robará la infeliz.

En un tiempo el bajel de su belleza mística navegó con patente de corso por la Avenida de San Francisco, hoy jamona virgen iza bandera melancólica pidiendo auxilio en plena bahía, naufraga ridícula amarrada al muelle.

XXIII

El Perico de Venus

Ese granujilla chaparro y gordo, redondo como una bola de sebo, de patillitas rubias, chato y frente deprimida, es muy importante personaje.

Basta decir que los mismos estirados, miembros del Jockey Club, lo estiman más que á Fradiávolo.

A este feliz mortal lo aprecian aparte de sus bellas cualidades de forma y colorido, por su mutismo de lengua (pues habla muy elocuentemente por medio de gestos).

Pero al «Patillitas» las tiples y los elegantes quiérenle por la charla sempiterna, por la fineza felina con que atrapa con garras de terciopelo las noticias de los «budoir» de bastidores

¿Ya lo veis tan relamido y mono, con su sombrerito «Panamá» y en traje claro de verano, oliendo á perfumes voluptuosos?

¡Pues ese pillín que parece tan inofensivo y tan cuco, es un tremendo repórter de casos, casas y cosas íntimas!

Es un terrible «sábelo todo» en asuntos de faldas vivas. ¡Es un repórter Emperador de las alcobas!

Ved cual va, rápido y meneador con pasos menuditos de pajarillo por la acera de las calles de San Francisco, saludando á las damas de la «turf», coloreadas las mejillas, chispeantes de malicia los ojos de pupilas de agua sucia; ved como va, pre-

cipitado, á dar una importante noticia á los «clubmen».

Métese en los corrillos en que charlan los «boulevardiers», y al punto es recibido por un «hurra» entusiasta.

—¡Olé por la gracia que llega!

—¡Bravo por nuestro joven repórter!

—¡Suelta la lengua el Perico de Venus!

—¡Salve al insigne gato de Afrodita!

Así de este jaez, son los saludos con que es recibido este hombrecillo extraordinario, gloria del «boulevard» y de los periódicos de librea.

*
* *

Sabe todos los secretos misteriosos de muchas damas; conoce los amores de las tiples de primera, los desconsuelos de las viudas y las tristezas de las solteras en remate.

Refiere aventuras de todos colores, desde el blanco inocente de los amores idílicos de parvulillas insignificantes, hasta el rojo candente de la desenfrenada pasión de una Cleopatra modernista.

Tiene lista de los noviazgos más célebres, en la alta crema, adivina quienes van á quebrar, y enumera las probabilidades de casamiento de las parejas...

Muy bien sabe del pasado de las mujeres célebres de la vida agitada; el presente lo tiene al dedillo y prevee como un profeta peinado de castaña, el porvenir de los amores de la más gentil polla....

Conoce además, el muy endemoniado Perico de Venus—como suelen llamarle algunos jovenzuelos—las enfermedades y achaques de que adolecen muy

respetables señoras... Y cual consumado doctor analiza en casi pública conferencia el estado morboso de los rostros vistos por él últimamente...

Es una especialidad en el reconocimiento de los ojos... Cuando están demasiado brillantes ó demasiado lánguidos, en las bellas caras, mueve la cabeza cual signo de pronóstico reservado. Estudia el estado de las ojeras....

—¡Oh! las ojeras, las ojeras!—exclama entusiasmándose ante su auditorio respetuosamente conmovido.

—¡Las ojeras! He ahí el *quid pro quo* del feminismo mórbido!

Ese es su fuerte. Sus análisis y sus diagnósticos son inapelables. Por ellos se puede saber si Fulana está enamorada ó simplemente divertida de ó por alguno...

Relata con sin igual desparpajo las conversaciones internas de las pollitas coquetas de más fama... Y lo que es peor, describe sus bellezas con tal prolijidad, que no se le escapa detalle alguno, público ó secreto. Enumera los lunares y las pecas...

¡Es un prodigio ese chiquitín endemoniado con sus ojillos de malicia y sus manos de terciopelo, que como garras felinas acarician y rasgan, desmenuzan y laceran!

¿Cómo sabe tantas cosas?...

¿Quiénes son los desdichados que le hacen confidencias íntimas, tan íntimas que más no es posible?

¿Es verdad cuanto charla este lenguaraz cínico...?

¿O inventa con prodigio de imaginación esas historietas de voluptuoso sabor que encantan á los almibarados *dandys* del *boulevard?*...

¡Quién sabe!... El es un importante personaje,

y por nada cambiaría sus títulos de «Perico de Venus» y «Repórter de las alcobas».

Por supuesto no todo lo que dice es verdad, ni todo lo que charla se publica en los periódicos en que escribe. Pero hay ocasiones en que una mala lengua es peor que una pluma pérfida.

La salsa de su aviesa intención suele llenar los párrafos más inocentes en la forma y detrás de cada galantería en una crónica de alta sociedad, se agazapa un sátiro.

Hay que leer entonces entre renglones. Los iniciados, la camarilla de la redacción y hasta la corte de las interesadas saben la clave, descifran voluptuosamente, rien las víctimas—una dama, un galán, un viejo rico y candoroso—y todos, hasta las víctimas, aplauden al galano cronista, al «Repórter de las alcobas», al «Perico de Venus».

XXIV

Demimondaine falsificada

Muy erguida y muy insolente, con ademán de princesa, luciendo un magnífico traje de seda de un color claro y demasiado «alegre», pasa la demimondaine falsificada.

Es una aventurera que ha tenido la excecrable idea de imitar á los fastuosos *cocottes* parisienses y caer sobre las aceras de las calles céntricas de México con el lujo desmedido de sus atavíos y con el fulgor de sus diamantes... á veces legítimos.

Ella carecerá de la gracia picaresca y fascinante de sus colegas envidiosas, pero en cambio lleva en toda su persona el sello de la más insoportable impertinencia.

No conoce el talento de hacerse adornar por sonrisas más ó menos apasionadas, ni tiene su talle la natural flexibilidad felina de las mujeres de la raza que pretende copiar, pero eso sí, su sombrero es monumental, fenomenal, sobrenatural, un escándalo de sombrero.

Esta mujer que pretende ser una gentil demimondaine y que gasta la mayor parte de los beneficios que obtiene en su carrera, en adornar su persona, resulta cursi y desabrida para todos los que no sean los cándidos que ella explota.

Creen al verla con sus magníficos trajes, alta y tiesa, que se han transportado al asfalto de los verdaderos boulevars parisienses y que la que tie-

nen ante sí, esos pobres necios que carecen de talento hasta para gastar el dinero de sus padres; no es otra sino una reina de la elegancia mundana, una emperatriz de las alegrías voluptuosas.

Y naturalmente rinden tributo y le forman corte y le regalan primores esos degenerados de la «juventud dorada». Gracias á esta necesidad recibe aquélla, patente de corso en el boulevard.

¿Y todo por qué?

Porque se pueda decir de ellos que tienen relaciones «muy íntimas» con una demimondaine de legítima factura «art nouveau»!

¡Es tan distinguido aparecer como uno de tantos maravillosos derrochadores que dilapidan alegremente su dinero con las agradables coupletistas de las altas regiones del vicio!...

De suerte que esa que con tanto garbo se ve avanzar á la hora de mayor bullicio en las calles de Plateros y San Francisco, en México, deslumbrando á los necios y atrayendo las miradas de los que por ellas vagabundean, no es sino una falsificación completamente contrahecha, netamente «gophir».

No ha muchos años, acaso allá en un tiempo cuando Dios quería que fuese algo bella y joven, llamó la atención por sus travesuras de atrevida amante de la existencia suelta, de las que sólo anhelan vivir para gozar.

Entonces sí tenía gracia, al menos la suficiente para que fuese una de las primeras apuntadas en el libro de los cursis escandalosos de nuestra no muy dorada—apenas explotada—juventud ociosa.

Era simpática y atractiva, y sabía castigar duramente á sus adoradores... y si no bella del todo, al menos bonita y de buenas formas.

Sobre todo, se contentaba con ser lo que la

Naturaleza y la Sociedad la habían hecho: ¡una guapa tapatía capaz de bailar un jarabe y de cantar con gracejo truhanesco digno de las hembras del barrio de San Juan de Dios, en Guadalajara, las más rojas coplas del «Tulipán»!

Debía haberse conformado con ser una apetitosa saltarina—que no bailarina—mejicana y contentarse con ser loada y pagada en pesos fuertes de plata del cuño mexicano, y hasta de los modernos de caballo y sol poniente.

¡Pero el modernismo llegó hasta ella!... ¡oh desgracia!... ¡y la echó á perder! La moda, la epidemia de la moda, la inoculó... Y también ella, la tapatía, ¡quién lo había de decir!—¡fué modernista!

Media docena de afortunados jovenzuelos de cerebro embrionario que acababan de llegar de París, cambiaron el modo de ser de la jaliciense... y ésta se fué transformando, transformando lamentablemente...

Hoy... sin la gracia que solía prestarle su ya ida juventud, se ha hecho francesa á fortiori...

Y... ¡horror!... ella, la tapatía del jarabe, la del castor y el rebozo terciado que cosechaba aplausos en las grescas campestres en torno de Guadalajara, va por las calles de la Metrópoli de «parisiense», luciendo su rico traje de seda, ostentando sobre el fondo verde ó azul pálido grandes y pomposas flores japonesas.

Y nada más cursi, ni más insoportable que la impertinencia de esa jamona que se sueña en las grandes avenidas del inmenso París. Sólo los imbéciles que no tienen talento ni para dilapidar los capitales heredados ó por heredar, pobres diablos que quieren ser refinados modernistas, contribuyen al

sostén de esa alta y tiesa sacerdotisa de Venus que avanza ridículamente majestuosa!

Los distinguidos adoradores de la falsificada demimondaine, seguirán formando la asidua corte, mientras que llegan importaciones de efectivas y artísticas, que aunque despreciadas por allá, sepan vaciar los bolsillos de los zánganos sociales... siquiera con gracia y con arte.

XXV

«Pan con Atole»

Decía así la preciosa carta de Eugenia á su prima:

«Pongo un triple beso tronando en tus mejillas y en tu boca, y después del simpático chasquido, tomo tus manos entre las mías, como hacíamos en el colegio á la hora del recreo, y sentándome á tu lado sin remilgos, muy juntitos, empiezo á charlarte.

»¿De qué? ¿de qué ha de ser? ¡de mi novio! Porque has de estar para bien saber y yo para mal contar, que no bien hubimos llegado á este México, que desconocía, no obstante venir á él cada año con papá, has de estar para bien saber, repito, que aquí mis tías me quieren casar, y desde luego y, sin consultarme, presentándome con el candidato.

»Antes de hablarte de otra cosa, quiero decírtelo; experimento una irrefrenable necesidad de extraerlo de mi memoria donde su imagen vive como la más abominable pesadilla, como gusano molesto y pertinaz, que no me permite un momento de tranquilidad, como una obsesión, como una maldición!... ¡Oh, sí! Siento la urgencia de aliviar mi fastidio, mi sombría carga, contando á alguien todo lo que me hace sufrir ese tipo que mis tías llaman pomposamente «el novio de Eugenia».

»Estábamos la otra tarde en el corredor de la casa —en Tacubaya,—cuando al sonar el timbre del zaguan, exclamó mi tía Trini;

»¡Ahí está!... Mucho cuidado, niña, verás qué alhaja para tu porvenir»...

»Aun no me habían dicho nada de lo que fraguaban; pero ya comprendía yo qué es lo que querían. Contuve mi cólera, me propuse no dejarme arrebatar y procurar recibir bien á mi prometido.

»¿Una alhaja, dijo mi tía?... ¡Qué una! Todas las joyas posibles, reunidas, colgadas, ajustadas al cuerpo de un imbécil, peor que eso, de un *pan con atole*... Y todavía peor, ya verás.

»¿Por dónde empezaré para pintártelo?... No, no encuentro palabras que puedan hacértelo imaginar. ¿Muy feo, me preguntas?... Pues no, no es precisamente feo. ¿Ridículo? Tampoco. Un hombre como todos, un figurín del Jockey Club, un *títere del Boulevard*, elegantemente vestido de gris, botín con polaina, sombrerito Panamá finísimo—de algunos centenares de pesos,—gran bigote de puntas de cola de alacrán, luciente y negro, de una negrura auténtica; carnosa nariz bajo unos ojillos ambiguos de un azul «de agua puerca» y una frente estrecha, orlada por el pelo rizado. Ni feo, ni ridículo; pero sí perfectamente antipático!

»El tipo más chocante que se puede encontrar en una sala ó en la Avenida San Francisco dirigiendo un «auto» y centelleando por todas partes el brillo de magníficas piedras finas, cual si fuese «el pelele reclamo» de una joyería... Diamantes en el prendedor de la corbata, en los múltiples dijes del reloj, en las incrustaciones del bastón, en los botones de la camisa y en los innumerables anillos de sus dedos... Una pedrería fabulosa y una gigantesca crisantema en el ojal del saco de aquel hombre, me fulminaron...

Y cuando me lo presentó afablemente mi tía, y

él habló con cierta desenvoltura de hombre de salón, comprendí al punto, por la inflexión de su acento meloso y su «sonsonete» tipludo—como el que supongo deben tener los eunucos,—que me las había con un «afeminado» con un... con un monstruo de hombre.

»¿Comprendes?... ¿comprendes ahora qué cúspide subió mi heroísmo ante aquel ente chocante, rutilante y florido?...

»Su conversación «común y corriente», perfectamente chavacana, pasó para mí desapercibida; yo no oía sino el timbre femenino de su voz, en tanto que su perfume me daba náuseas, y no veía sino sus ojillos insulsos, sin expresión, y su actitud empeñosamente buscada por él para lucir aún más el fulgor exótico de sus joyas y la majestad imbécil de su gran crisantema, riendo en el ojal de su saco gris perla. ¡Qué hombre tan chocante, Dios mío!

»Y ha vuelto esa pesadilla, esa visión atroz; ha vuelto; y me han inflingido mis tías el sacrificio de platicar con él y he visto que es además, repito, un «pan con atole», un pobre muñeco incapaz de amar á ninguna mujer, gustando sólo de exhibir sus diamantes ó sus caballos, porque ¡misericordia de Dios! ha osado venir de visita á Tacubaya á caballo y... ¡vestido de charro!... ¿Concibes tú un charro afeminado, en silla vaquera?... Y era un caballo magnífico, y llevaba él un soberbio sombrero ancho, galoneado de oro, y en el nudo de su corbata roja, una serpiente de plata incrustada con esmeraldas... Y así hicieron que lo viera yo para que cayera! y lo amase!...

«Pues bien, después, Luisa—¿te acuerdas tú de nuestra burlona amiga que se casó con el coronel?—pues, se ha santiguado al hablarle de «pan con ato-

le».—¡Es un sinvergüenza que se hace el mosquita muerta y que es capaz de cazar á «la araña»!... Es verdad que no ama á las mujeres, y que si te hace el oso, es por tu dinero, aunque él es rico también. Ese «pan con atole»... es viudo!...

»Y cuentan que su primera mujer murió de tristeza y de vergüenza. Fué un escándalo atroz en Puebla; ella lo acusó de adulterio... con su chaufeur!

»¿Y sabes tú cuál fué el mejor elogio que mi tía Trini le hizo? Pues oye, me dijo:—Ese no es un hombre como todos, como los prostituídos de México; no, niña, ese hombre ha vivido siempre de noche, en su casita, y nunca ha paseado sino con su mamá; no conoce amigos, no conoce mujeres malas, ni ninguna! no ha tenido ninguna novia porque lo casaron muy niño... es un viudo virtuoso, ¿qué más puedes pedir para que sea tu marido? Es un hombre precioso, de corazón puro y de alma virgen...

»¿Crees, linda mía, que tuve valor para no reventar yo de cólera ni reventar á mi tía?.. ¡Pobrecita! ¡Acaso tenga la mejor intención del mundo!... ¡Hasta dónde puede ofuscarles el afán del dinero de ese «pan con atole»! ¡Querer casarme con un hombre así!

»Afortunadamente, papá llega pronto á México, y él soplará sobre la viva pesadilla de este «mi novio de corazón de virgen», de este tipo de boulevard que desea matarme de tristeza y de vergüenza como á su primera víctima...»

XXVI

Monólogo de un «Ex» poeta

(En honda cavilación y acariciándose la gran nariz).

¿Por qué me diría, hace ya muchos años, el terrible D. Hilarión Frías y Soto aquellas palabras fúnebres?... Me acuerdo muy bien: me tomó de la solapa del jaquet, me olió cuidadosamente, tendió al aire la monumental nariz—no tan grande como la mía, pero más gloriosa—después me contempló de pies á cabeza, y al fin me dijo con esa songa sarcástica que lo hace aún tan feroz:

—¿Pero usted quién es, joven?...—Ante aquella insultante pregunta sentí un ligero soplo de los bríos pasados, un hálito de la vieja Guardia pasó por mi nuca; me erguí como en mis buenos tiempos; me acordé un instante de que era hijo de las libres costas del Sur del Golfo Mexicano, y creyéndome aún el simpático bohemio de los cándidos ideales, contesté naturalmente con ese énfasis meridional, gloria de los campechanos de veras:

—¡Soy el Caudillo de una vieja guardia!

El anciano jacobino estornudó una carcajada truhanesca; chispearon de súbita cólera sus vivaces ojos de sátiro implacable, tan temible en sus lujurias forestales como en sus firmes odios políticos. —¡ay!... ¡moldes perdidos!—y retorciéndose el marcial bigote gris, murmuró melancólicamente:

«—No, Licenciado... no vuele usted tan alto, porque de águila no le queda sino la nariz... digo, el pico... es decir, lo más grotesco... Una nariz como la de usted y la mía, de ave de rapiña, es épica cuánto va acompañada de alas amplias y veloces, prontas á salvar cúspides y abismos... sinó, es ridícula... En cuanto á la mía, joven abogado, es simplemente histórica, nariz de viejo aguilucho moribundo en una jaula de hierro dorado... Usted, joven abogado, fué un espléndido polluelo nacido en las sonoras riberas de una Isla para ser águila real de los mares y de las montañas mexicanas: las ráfagas que orearon el nido heroico, llegaban cargadas con los perfumes de las selvas tropicales; y el cielo de las noches divinas de las costas dió en el azul estrellas simbólicas de altos augurios...: En las pupilas fieras del polluelo se retrataron vastos horizontes que su fantasía pobló acaso de quimeras gloriosas, y en sus oídos finos resonaron músicas guerreras acompañando el bélico tropel de una avalancha de centauros... Eran, en verdad, seguros presagios de un destino épico y alto... ¡Cuántas veces en los confines del horizonte marino se perfilaron claras y precisas las siluetas de los mil templos de Atenas, incendiados en el apoteosis trágico de un crepúsculo de sangre!...

¡Ay! joven Licenciado... perdone usted mi lirismo; pero ¡yo sueño aún á los setenta y cinco años de edad! pero estos son achaques de los vetustos y detestados jacobinos de cuya vieja guardia soy uno de los pocos supervivientes... ¿Se pone usted nervioso? ¿Se le pasa la hora de entrar á la oficina?... ¡Bah!... ¿Qué puede importarle á usted una multa de cinco pesillos cuando es rico, casi millonario..., y «noble» por afinidad, un príncipe consorte? ¡Si fue-

¡a en aquellos tiempos de miseria y gloria en que cinco pesos eran la vida de una quincena!... Con que... (un momentito joven, y deje en paz esa nariz borbónica que ya no le conviene le crezca tanto)... Le hablaba yo á usted de aquel polluelo de águila que soñó grandezas y tuvo, como Aquiles, augurios espléndidos; pues bien, ese polluelo que vivió en Atenas y anheló libertar á Promoteo, ¿sabe usted lo que hizo cuando le empezaron á crecer las alas?... Pues como tenía hambre, se fué comiendo sus propias plumas... Y quedó, naturalmente, convertido en un pajarraco ridículo... La iliada se desvaneció; Aquiles convirtióse en Periquillo; ¡y Troya fué santa Anita!... Ahora yo mismo me pregunto si no será pura leyenda lo de aquel que naciera para águila real de Atenas... y hoy no es ni pavo real del Parque de Chapultepec!... y que así como Guajolote sirve porque ya está viejo para una mole verde!

Todo esto me dijo un día el furibundo Don Hilarión Frías y Soto, y la verdad que me sentí feo, muy feo... Estoy preocupado... ¡Vaya con el rojo jacobino ese! Pura declamación, lirismo de viejo romántico, palabrería hueca y sonora de un Lamartine trashumado. No obstante esto, me van á amargar un poco mi almuerzo... ¿cómo me quitaré este malestar?

...¡Qué mal gusto el de estos viejos en recordarle á uno sus necedades de otro tiempo! ¡Discursos rancios! Nada, me bajo á ver, allá abajo, á los modernistas, me deleitaré con japonerías y con los «fru-frus» deliciosamente parisienses de algún camarada del Jokey Club.

XXVII

Fraternalmente los tres

Se imponen «los tres». «Ella» es todavía hermosa y comprende perfectamente aquellos versos de Campoamor:

«Que es más bella, quizá, que la primera,
La juventud segunda de la vida.»

porque su sonrisa de triunfante amazona la acusa de saber que no abdica del reinado de su celebridad de mujer bella... y despreocupada.

Por eso, sin duda, deja frecuentemente su pequeño palacio edificado en un pintoresco pueblecillo de los alrededores de la Capital, para pasear su hermosura en la Avenida San Francisco.

Marcha á pie, desdeñando el automóvil de la familia, lentamente, majestuosamente, deteniéndose con frecuencia ante los aparadores de las casas de joyas.

Los habituales concurrentes al boulevard mexicano la contemplan extasiados y tan sólo lamentan que no vaya siempre solitaria. No... ¡qué lástima! á las veces va acompañada de su esposo... y en ocasiones más frecuentes pasea al lado del amigo íntimo de casa, el eterno amigo de la buena pareja matrimonial.

No es raro tampoco—¡qué raro va á ser!—que «ella» adelante su hermoso busto de matrona soberbia entre «ellos», entre los dos, el marido magná-

nimo y feliz á su derecha y el galante amigo á la izquierda.

Y ella sonríe, irguiendo altanera su cabeza, con un ademán de reina, con aire de reto al mundo entero, como diciendo rudamente alte el lema de las imperiales insolencias:

¡Hony soit qui mal y pense!

Sus ojos, sus maravillosos ojos, impregnados de cálidas ternuras acompañan el desdén de la sonrisa con destellos de alta majestad de mujer cuya vida no está á discusión.

Las miradas elocuentes de la bella, parece que discurren así:

—¡Eh! bobos ¿por qué os preocupáis tanto por «estos dos»?... ¿Qué os importa que vivan á mi lado «los dos»?... No se trata ahora de «eso»... ¡Sino de mí!... Soy hermosa, he vivido siempre mimada, soy rica, puesto que creo serlo... aun no llega el invierno de mi existencia... soy apasionada ardiente de los hombres del Norte y sueño con Lord Byron y Edgard Poe... Rendid pleito homenaje á la mujer bella... lo demás no os importa... ¡Mal haya quien piense mal!... *¡Hony soit qui mal y pense!*

¡Tienen razón la mirada y la sonrisa de la encantadora cortesana, que sólo por sentirse en idolatría abandona el palacio en que reside en histórica villa, próxima á la Metrópoli... ¡Tienen razón sus ojos soberanos empapados en luz de cálidas ternuras! ¡Tienen razón sus encarnados labios desdeñosos en la voluptuosidad tentadora de su sonrisa!... ¿Qué importa el eterno marido? ¿Qué tiene que ver el perpétuo amigo? ¡Así están bien «los tres»! ¿Qué significan «los dos»? ¡Nada!... ¡Absolutamente nada!

Ese desprecio por las mundanas conveniencias, ese desdén supremo hacia la sociedad, realza aún más la hermosura de la opulenta dama, y bien hace en retar á la opinión pública, mostrándole en plena ciudad el marco humano en que irradia el esplendor de su vida feliz; ¡el marido al lado, para gala y blasón de la dignidad de su nombre, y el amigo al flanco opuesto, como nuncio de plácidos afectos en el hogar!

Y «los dos» comprenden que deben sentirse orgullosos con que en ellos se apoye el brillo de una mujer, cuya belleza admira tanto como su audacia al desafiar las míseras hablillas y los chismes sociales.

¿Qué extraño tiene ahora el hecho de que el marido de una hermosa sea suficientemente filósofo y superhombre para abrirle los brazos al amigo íntimo de ambos esposos?

En cuanto á éste, al amigo íntimo, mientras más notable se hace en torno de la gentil pareja, mayor es la vanidad con que luce la dicha de formar parte de esta trinidad que asombra; ¡la encantadora mujer en el centro, y el marido y el amigo á uno y otro lado!

Dejad que explenda su hermosura y que con ademán de princesa, mire en torno suyo con sus divinos ojos sombreados por penumbres voluptuosas, y que sus labios encarnados y sensuales sonrían con soberano desdén, como diciendo:

—Rendid pleito homenaje á mi tranquila audacia y al envidiable encanto de mi cuerpo... mi marido es... un Alcalde... de Lagos ó de Machacón de Acajo... lo demás no os importa. *¡Hony soit qui mal y pense!*

XXVIII

«El rorro»

¿Ese chiquillo de tez sonrosada, los labios de carmín y que habla con voz de tiple, ese polluelo que dice necedades en el corrillo aquel frente á la cantina, se ha escapado de la escuela?

Tal parece, porque su aspecto de doncellita disfrazada de galán moderno, su cuerpo endeble y tierno aun y el andar precipitado y travieso denuncian al niño.

Al verlo tan diminuto, pero con su regio puro en la fina boquilla de ambar; tan delgado, pero vestido como un terrible galanteador del boulevard; con su voz femenina, pero que se esfuerza en hacer ronca y áspera, se piensa en que la mamá lo reclama y debe estar desesperada, imaginando que le pase una desgracia ó que haga muchas travesuras.

Y esos polluelos con pretensiones de gallos, esos niños que usan sombreros de Panamá y traje claro, esgrimiendo su bastón con aire de conquistadores, van á las cantinas y realizan la heroica hazaña de emborracharse; esos polluelos que en vez de estar aprendiendo á leer en la escuela se la dan de hombres y de buenos mozos, pululan lindamente...

Hablan de caballos, de mujeres, de toros, con tal énfasis canallesco, que acometen á cualesquiera que no sea de los imbéciles que les escuchan y los prostituyen intencionalmente, deseos de darles una buena entrada de coscorrones.

*
* *

Hay un chiquitín de esos, que es un verdadero rorro de puro lindo y gracioso; un bebé que ya usa monumental «sorbete», lentes de arillo de oro y que debe ser de rica familia, porque le sigue una corte de vagabundos vividores, á quienes paga copas.

Este ridículo mequetrefe, que apenas contará diez y siete años, se contonea todos los días exhibiendo su personita cómica, que ya suele bambolearse por los efectos de tres ó cuatro cocktails ó de media docena de «grandes ascuras»...

Pues bien, ese títere minúsculo ya hace sus escándalos, y es bien sabido que es «un águila» para eso de los bastonazos ó para romper unas tras otras todas las copas de un mostrador de cantina elegante.

Por él se han hecho pedazos las ungidas cabelleras de muchas hijas de Venus, de las de banderas colorada y azul... y cuando entra á cualquier casa de pupilas de las de mayor fuste y polendas, en la sala se produce sensación...

Entra nuestro guapo tenorio con aire despampanante y glorioso, el fieltro de las noches de juerga hasta media cabeza, encandilados por el «wisky» los infantiles ojos, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, en la boca el puro y en la cartera buenos billetes...

Y, claro, es cosa de interrumpirse el tango ó danza que se bailaba en la sala... «todas» abandonan á sus «caballeros» y corren alborozadas á recibir al ufano recién llegado.

—«¡El rorro!»... Allí está el rorrito...

Y todas muy zalameras le rodean, le miman y le acarician, comiéndoselo con los ojos.

Y él se deja querer, soberbio y desdeñoso; deja que le limpien el polvo del pantalón, que le hagan el nudo de la corbata, que le peinen los ensortijados bucles de sus cabellos...

Después... invitará á las favoritas á cerveza... elegirá con desplante entre todas las favoritas de aquella noche, y con ella y los amigos de su corte saldrá de la mansión dedicada al culto de Venus, para ir á brillarla por esos mundos de Dios...

Porque no hay que olvidarse de que él necesita que le vean en plena juerga, que en Plateros, el Refugio y el Coliseo los amigos lo admiren pasar cantando dentro del coche al lado de la favorita por él escogida al efecto.

—¿Y la pilmama?

No... no tiene *pilmama*, pero sí *pilmamo.*

Vedlo:

Es aquel viejo estirado y seco, de anteojos obscuros y nariz de tomate, es ese tipo que no se le separa un momento, que le habla al oído de cuando en cuando y que suele hacerle muy prudentes observaciones cuando el chico se excede en copas ó en pagar demasiado espléndidamente una mujer ó una cena.

—¿Quién es ese viejo?—se preguntan los gorrones que siguen al rorro...

—Es su tío—contesta alguno de los mejores enterados.

Y en efecto, dicen que es un tío pobre, al que la familia del rorro, que reside en París, comisionó para que le sirviera de guía y apoyo en México, mientras pasa á principiar sus estudios á Europa.

Por lo pronto, el rorro, á reserva de protestar contra tales estudios que él para maldita cosa los necesita, maravilla con su gentil talante al boulevard y hace la felicidad de las mariposas del amor con sus generosidades.

XXIX

Un estudiante que no estudia

Nada más curioso ni más interesante que la salida de cátedra de un grupo estudiantil.

Es un raudal de vida por ser siempre alegre y tumultuosa, desbordándose lentamente por las aceras de las calles céntricas.

Las más típicas figuras y los más diversos caracteres se observan en aquel hervidero donde fermenta la intelectualidad de la nueva generación.

Y allí también se destaca desde luego el núcleo de trabajadores, de los obstinados y tenaces, pobremente vestidos, apartándose de la masa de los que son estudiantes sólo de nombre.

¡Y cuánto drama oculto palpita latente en aquella juventud de acomodados señoritos y de verdaderos bohemios obstinados en la lucha por ascender.

Ved aquel mozalbete de sombrero finísimo y traje claro de verano de tela fina y corte irreprochable; peinado de «castaña», calzado americano muy lustroso, corbata chillona y dorada leontina... Es dandy estudiante, es un pirata zángano.

Afecta un aire de supremo desdén para con sus camaradas y maneja con gracia distinguida el bejuquillo de puño de oro.

Apenas le sombrea el bozo y ya se yergue su busto de adolescente mimado, con la insolencia de un principillo.

Es también un alumno, un estudiante de los que

no estudian, de los que van á cátedra de cuando en cuando, como conviene á un joven elegante y de talento.

—¡Que estudien y trabajen los brutos!—dice él con fiero ademán de «super-hombre».

*
* *

Este caballerito vino como muchos otros, enviado por una familia que se sacrifica allá lejos, en un pequeño lugarejo de la República, por que «el niño» concluya su carrera.

Allá, la escasez del hogar, acaso la miseria; el padre ya anciano por una larga vida de trabajo sin tregua y de atroces privaciones, acelerando el término de su existencia, porque aquel mozo, que es el orgullo de la familia por su talento, se pasee en México.

¡Y cuántas lágrimas por la felicidad del estudiante derramará á solas la pobre madre, robando al sueño, para darles al pensamiento de su amor maternal, las horas del reposo nocturno!

Las hermanas ¡con cuánta solicitud se privan de buenos trajes, por no mermar la mesada del mancebo que allá en México se labra un porvenir!

Pero, qué orgullo para la atribulada familia que tanto trabaja, por sostener «al niño» de talento, cuando alguien pregunta:

—¿Y Luisito?

Qué orgullo el que la madre bondadosa y el padre ya enfermizo puedan contestar radiantes de alegría henchidos por idéntica ternura:

«—Estudiando leyes.»

Estas dos palabras son para ellos una delicia, la

frase es un poema y les colma sus pobres almas adoloridas de un júbilo sin límites.

Se imaginan un trabajo feroz, elevado y selecto...., y se emocionan respetuosamente, pensando en la sagrada misión de aquel adorado hijo, orgullo y consuelo de sus últimos años, que «se quema las pestañas» y se mata «estudiando leyes».

¿Qué importan las privaciones, las miserias, el trabajo sin respiro de aquella honrada familia que es una laboriosa colmena, qué importa que las tristes hermanas del primogénito marchiten su juventud, digna de florecer y perfumar, si allá en la Capital de la República, el inteligente Luisito pasa la vida «estudiando leyes»?

Y él en la Metrópoli se dá la gran vida como gentil principillo que todo se lo merece, gastando en vestirse y acicalarse sus mesadas, dándose el lujo de cortejar coristas en los teatruchos de barrio, fumando excelentes puros y viendo por encima del hombro á los compañeros que son pobres y que estudian.

*

La vida para este Luisito no tiene razón de ser, sino para sus altas especulaciones de filósofo que sabe pasarla lo mejor posible, creyendo posible su lema:

«—¡Que trabajen los bestias!»

Cuando llegan los exámenes se atreven á echar una ojeada á los textos y se lanzan de «panza» para ver si «pasan».

Y suele suceder que su aplomo, la maravillosa facultad de saber expresarse con desparpajo, con

un soberbio desplante, y la audacia de su ignorancia, los hagan «pasar».

Sin embargo, Luisito no ha tenido esa suerte... pero, ¿qué le importa?

Es más distinguido y más digno de su talento desdeñoso ser reprobado por «aquellos viejos» que no comprenden la inteligencia de aquel joven.

Y él continúa su dulce existencia sin inquietudes por el porvenir, satisfecho de sí mismo, convencido de su alta superioridad, sin preocuparse del drama doloroso de trabajo y miseria que consume allá lejos la vida de su pobre familia, de aquella laboriosa colmena que se suicida lenta y heroicamente por que él viva. El zángano es feliz.

El no sabrá comprender nunca la inmensa y poética abnegación de los seres que le adoran y creen en sus mentiras, ni tampoco comprende la enormidad del crimen que viene perpetrando.

La vida de México lo encanta cada día más. Está en su elemento y por nada volvería á su pueblo cursi y salvaje donde sólo el trabajo y la honradez prosperan.

Luisito, mientras vivan sus buenos padres, residirá en México «estudiando leyes».

XXX

¿Quién fué el más engañado?

¡Es preciso terminar con esta novela de amor que he fingido tanto tiempo por placer y por vanidad!

¡Pobre de Julia! sé que le voy á dar un golpe terrible, de esos que dejan una herida que sangra dolorosamente, pero es preciso resolverse á decirle la verdad... Cada día que pasa es un nuevo crimen que cometo con esa desdichada... ¡Por primera vez en mi vida, voy á hablarle con sinceridad!...

Ya soy hombre completo, un médico que empieza á ser notable...

¡Seamos serios!

Así se dijo una noche el joven Dr. Montálvez, en su nuevo gabinete de trabajo, y tomando una pluma, escribió la tantas veces proyectada carta.

Hacía cinco años que venía representando difícil comedia amorosa, fingiendo honda pasión á una linda muchacha—Julia—ya señorita, una de las más encantadoras vecinas de la Villa de Guadalupe.

La conoció en un wagón de segunda, siendo él estudiante de medicina y ella alumna de la Escuela Normal de la Encarnación...

Iban enfrente uno de otro; sus miradas se encontraron con destellos de juvenil ardor.

¡Estaban ella tan graciosa con su claro trajecito de percal, aun alto, y sus cabellos de un negro profundo, que eran como un casco de ébano, so-

bre su pura frente blanca;... él acababa de estrenar el primer flux de casimir francés que usó en su vida... y como era un moreno fronterizo muy audaz y ya su bigotito negro se arriscaba gallardamente, comprendió que había causado efecto.

Acababa de llegar á México y era preciso que sus amigos le conociesen novia, y ¡novia hermosa y de porvenir!... Y se abonó á los trenes de Guadalupe para acompañar á la linda niña, quien, previa la resistencia de los dengues fingidamente hostiles, del caso, hubo de contestar el eterno «que lo pensaría».

Y así empezó la comedia... El, desde luego, comprendió que no la amaba; era tontita... pero... ¡pobre!... le juraba amor con tan dulces palabras aprendidas en Becker, Zorrilla, nuestro Manuel Flores y Espronceda, que á él no le quedaba más que contestar con tono melancólico, señalando el alto cementerio de Tepeyac:

«¡Los que duermen ahí no tienen frío!» Se cambiaron novelas sentimentales y poemas... y en las noches, él llegaba á su ventana en la calzada del Bosque y charlaban cerca de una hora.

Se veían, después, cada semana, los miércoles, día en que recibía la familia de Julia á un tío rico, pero que tenía boca de sargento de caballería, por aquello de las palabrotas, así es, que retiraban la niña del estrado de la sala.

Los años habían ido pasando y él fingiendo amor á la infeliz Julia, que parecía más y más apasionada. ¿Cómo «romper» si no le daba motivos?... Además, era un orgullo para él, poseer el retrato de una tan bella criatura, y sobre todo, enseñar á sus compañeros envidiosos, aquellas cartas impregnadas de un arrebatador lirismo de pasión... Iban en esas

cartas, besos, lágrimas, perfumes de flores de su jardincito y de humildes «maravillas» cogidas por ella en el cerro de la virgen!

¡Pero era preciso poner punto final á su fingimiento y decir la verdad, tanto más cuanto que pensaba «dirigir sus baterías» contra una chica adinerada, para hacer «un buen matrimonio»!...

Y se puso á escribir la terrible carta que había de desgarrar infernalmente un corazón henchido de amor... Y después de romper esquelas y esquelas, optó por esta breve y cruel misiva:

«Julia: ¡Perdón!... No quiero seguir siendo más criminal... No te he amado, no te amo, aunque admiro la grandeza de tu alma divinizada por la pasión... Quise tener el orgullo de que fueras mi novia...

¡Perdón, amiga mía, perdón!... Te enviaré tus cartas y tú quemarás las mías... te pertenecen... No nos conocemos.

¡Adiós!

Eulalio.»

...Una lágrima cayó sobre el cruel billete al estar doblándolo, y murmuró suspirando:

—¡Pobre Julia!... ¡Voy á desgarrar su alma!

Al día siguiente, á tiempo de enviar la terrible carta, recibía él otra de Julia... ¿Qué le escribiría la desdichada, no sabiendo aún el atroz desengaño?... Rompió la cubierta y leyó:

«Eulalio: ¡Es preciso que le diga al fin la verdad ¡basta de comedia! Soy una miserable... he fingido corresponder su amor no sintiéndolo... ¡perdóneme!... Sé que lacero su alma... ¡piense en Dios! No se desespere, haga un lejano viaje para olvidarme... y

olvidar tantas mentiras mías... Cuando Vd. vuelva, no debe conocerme, porque estaré casada. Le enviaré sus cartas.

¡Adiós, y... perdóneme!

Julia.»

¡Ah! miserable,—rugió colérico el joven doctor,—¿engañarme tanto tiempo?... ¡Al fin mujer!

XXXI

Por el amor de una tiple

Vino á mí tan trastornado, tan pálido, que me asustó... ¿Se había vuelto loco? Tal parecía, pues además, sus ojos me miraban con una expresión atónita indefinible.

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?—le pregunté antes de que pudiera hablarme.

Se sentó á mi lado, clavó en las mías otra vez sus pupilas extrañas, y con los puños temblorosos por súbito arranque de cólera, sin saludar, exclamó:

—¡Se acabó todo!... ¡Ha muerto, ha muerto!...

—¿Quién, quién se te ha muerto?—y al preguntarle, mi aflicción fué sincera, creyendo que su buena madre, la que proveía á los gastos de su vida dilapidadora y extravagante, había muerto.

—Ella, á ti sólo te lo digo!... ¡ha muerto para mí... ahora sí se acabó todo!—Y el desdichado sollozó como un niño, como un cobarde, puesto que lloraba por una mujer que no era su madre.

Entonces comprendí. El pobre me produjo piedad honda, pero despreciativa. Me dió lástima.

Desde hacía tres años que mi amigo Enrique vivía sujeto á la esclavitud de cierta aventurera rapaz, que había rodado por los teatros de las poblaciones cortas ó de los barrios de la Metrópoli no teniendo en su abono, sino tal mediana belleza, cuyo inminente marchitamiento la había hecho descender hasta aferrarse al cuello y á la vida de aquel joven

débil y buenazo, que era la adoración de una madre consentidora, inocente hasta la ceguedad.

El era un corazón sin hiel, al que cuando fuímos estudiantes debimos una turba de pobretones innumerables generosidades, de las que yo conservaba grato recuerdo; y más de una vez alguno de los agradecidos fuímos en ayuda de aquel inerme y candoroso mancebo, víctima casi siempre de su propio dinero, ó mejor dicho, del de su madre.

Sería mucho cuento referir con qué redes y en qué aguas turbias la extiple lo pescó, y luego de pescado lo afianzó de un modo tenaz, y tanto, que tras una comedia admirable de arrepentimiento, logró casarse con Enrique—por la iglesia—remachando así la cadena de nuestro mísero amigo.

Asistimos entonces á la más vergonzosa serie de engaños y de infamias, sin que ninguno de los que le queríamos de verdad, nos atreviésemos á intervenir, ni siquiera denunciar á la adúltera quien, por otra parte, comprendiendo nuestra actitud simplemente expectante, se insinuaba con nosotros, provocándonos á ser cómplices también en aquella menguada trama.

Enrique, aquella vez, cuando vino á mí tan trastornado y pálido, que me asustó, me refirió la historia de sus desdichas y terminó preguntándome:

—Vamos, hombre, me vas á jurar por tu honor, que me dices lo que sientes. ¿Crees tú que me engañe?—y, tembloroso, tornó á clavar en las mías sus pupilas atónitas de niño, de loco, de cobarde...

Vacilé... ¿diría la cruel verdad á ese desventurado? Callar era infame; hablar sería doloroso, pero honrado... Para decir la verdad se necesitaba valor, y en aquella ocasión lo tuve. Nunca he hablado con más sinceridad como entonces.

—Mira—le dije en tono fraternalmente persuasivo, cariñoso, como se habla á un niño ó á un enfermo, á quien hay que decidirlo á tomar un brebaje amargo que le repugna;—mira, desde hace tiempo, no sólo ahora, sino siempre te ha engañado esa mujer; ha jugado contigo y con el nombre de tu padre; te ha puesto en ridículo y lo seguirá haciendo, porque no puede ser de otra manera; es mala de por sí; ya está en su sangre la falsía; no puede ser, no podrá nunca ser honrada; no se quiebran así los caracteres; vivirá como ha vivido, ¡debes dejarla!

Creí convencerlo, volvió á llorar; me abrazó dándome las gracias y salió, según me dijo, para ultimar sus preparativos de ruptura y marcharse á New York, donde pensaba reanudar sus interrumpidos estudios de medicina.

Quince días después recibía yo esta carta, fechada en New York:

«Luis: Aunque le he prometido á Elena no escribirte, lo hago para tener la satisfacción de decirte que eres un miserable; tú también, como todos los demás intentaste obtener el amor de Elena, y en venganza de su resistencia, despechado porque no era tan fácil mujer como la del pasado que borró su arrepentimiento, urdiste la historia que me contaste...

»¿Creías haber conseguido que rompiera con Elena?... Pues sabes que hemos venido á pasearnos á New York, más contentos que nunca... y ahora, rabia, ¡miserable!»

No; no sentí cólera ante este testimonio de la debilidad, de la demencia, de la cobardía crédula de mi pobre amigo; no sentí sino algo menos que piedad... una gran lástima.

XXXII

El hijo de su papá

Es hijo de la crápula dorada. Nació en cuna político-financiera, porque su padre tenía una mano puesta en el trono y otra metida en la Caja del Tesoro público.

Lo bautizaron en la Iglesia de Santa Brígida, y en la misma noche, el angelito debió volar de la áurea cuna para que lo confirmaran las vestales.

Desde entonces, Pepito olió á incienso y á poponax. Fué el niño consentido de la familia, y su buen padre pensó edificar su Banco sobre aquella piedra.

Porque su cabeza era un monolito hueco que encerraba en vez de sesos un par de sapos, un batracio en cada hemisferio: el sapo del vicio y el sapo de la codicia.

No había, bajo aquel cráneo, circunvoluciones, ni localizaciones cerebrales, ni substancia gris, ni substancia blanca, ni centros nerviosos, ni compleja urdimbre de hilos transmisores de pensamiento, sensación y voluntad. Nada más sencillo que tener por cerebro un par de sapos cuyas palpitaciones movían al endeble cuerpecillo del niño consentido hacia los dos puertos de su vida: el dinero y el placer.

Fuéronle propicias tales divinidades, desde su más tierna infancia.

El dinero lo daba «papá»; el placer lo encontraba «gratis» en casa de las vestales.

Fué luego «estudiante». Estudiaba con ellas y descansaba en las aulas.

El discípulo llegó á ser maestro. Guiaba á sus profesores por el dédalo de las salas galantes, y su perfume favorito era cual un fluido penacho, detrás del cual se iba siempre derecho hacia las novedades de la noche en los templos de Venus donde adoraba y negociaba y era adorado.

En las alfombras espesas, á la múltiple luz de los foquillos eléctricos, ante los vastos espejos que multiplicaban su fino talle ceñido por el magistral «jaquet», sus choclos dibujaban curvas graciosas junto á las chancletas de raso y oro de una amable compañera, al ritmo quejumbroso de un danzón lánguido. Y la gran sacerdotisa mirábale en éxtasis, enternecida por aquella flor de la juventud estudiantil elegante; era la flor de lis de su palacio y el ídolo mejor de sus altares.

Porque detrás del estudiante, aquel que estudiaba en el vicio y descansaba en las aulas, era la carnaza detrás de la que iban peces gordos, y su vocecilla era la trompeta de las trompetas más famosas tocando llamada de honor en el vivac Venus, después de las libaciones sacras.

Porque la crema del tedio de los plutócratas batíala el mancebo con bizarría y habilidad tales, que sin molde alguno amasaba toda aquella aristocracia semipodrida, que de sus manos salía podrida del todo, es decir, conquistada.

Los sacos raídos de los estudiantes pobres se mofaban—¡imbéciles!—de los maravillosos smokings del triunfante paladín. Porque triunfaba. Los jóvenes profesores amigos suyos, que á las dulces liras del Palacio de Instrucción Pública adivinábanse, tenían

indulgentes sonrisas en los exámenes, y aprobaban al Maestro.

Su papá, encantado, y con razón, con aquel perfumado y elegante cuasi sabio, abría más y más los bolsillos, retirando por un instante, la una mano del trono, de la Caja la otra, para bendecir á su hijo que era hijo neto del boulevard mexicano y de la época actual.

Faltaba un blasón, un título, una posición alta en la política y un capital sólido en oro bien trabajado por otros, para hacer un semidiós completo de aquel estudiantillo crapuloso y aristócrata que tenía por cada hemisferio cerebral un sapo.

Pero el blasón lo ganó en las batallas nocturnas; el «título» otorgósele como doctor en leyes; el empinamiento político vínole de la mano de un discípulo tan aprovechado que aventajó á su maestro, y que en una marejada política subió á la cúspide.

Y el capital sólido, amasado con oro fino, recogido á través de una vida de trabajo y honradez por uno de esos inconscientes que no saben para quien trabajan, el capital soñado para el pedestal de su gloria se lo entregó á la muerte.

El Destino se pone de parte de los que dignifican á los dioses y á los hombres que triunfan sin combatir, y el Destino mató á un buen anciano que pasó medio siglo amontonando una fortuna para su hija adorada... y lo mató para que el vencedor blasonando desde lo alto del pináculo político afirmase bien los choclos finos sobre el oro de una herencia magnífica.

Y ahora Pepito es semidiós, y son adorados por una Corte numerosa de vasallos los dos sapos milagrosos que viven dentro de su perfumada y dura cabecita.

XXXIII

Chalán de yeguas humanas

Si sois paseante asíduo en nuestra avenida de San Francisco, si tenéis paciencia y deseos de matar el tiempo, podréis observar entre la turba de los desocupados que se solazan á la puerta de las cantinas, entre los «monigotes» que se la dan de «gentlemen» acabados de llegar de Londres ó París, podéis observar, os decía, á un grave y muy respetable personaje.

Vedlo: luenga y profusa barba blanca encuadra venerablemente el más apacible rostro que del más severo anciano os podáis imaginar.

El sombrero de seda, de último modelo parisién, oculta la frente que se adivina cargada de pensamientos profundos y nítidos, ungida por alburas de amores purísimos...

Los ojos, de párpados hinchados y enrojecida córnea, hablan de penosas vigilias, acaso laboriosos estudios de gabinete, acaso de insomnios crueles que han robado la calma al venerable apóstol.

Su paso es vacilante y tardo como el del caminante que ha muchos años emprendiera el viaje de la vida á través de montañas abruptas y de espesas selvas pobladas de trágicos peligros.

¿Verdad que causa religioso respeto este antiguo batallador, este filósofo que sin duda consagra sus arduas vigilias á la resolución de graves problemas y que dedica los últimos años de su fatigada

vida á la suprema aspiración, al ideal, al bien de la humanidad que sufre?...

¿Verdad que enternece inefablemente el aspecto de un hombre así, de tan pura silueta de santo moderno, más admirable aún que si fuese un asceta antiguo?...

Al verlo se siente el ánimo poseído del vehemente deseo de abandonar la estúpida venalidad del *boulevard*, de buscar la santa paz de la familia, la serena placidez del tranquilo hogar ó el perfume místicamente ideal del templo y los acordes sacrosantos del órgano que retumba sus notas de imploración y ruego en las bóvedas del santuario!...

*
* *

Pues bien, sabedlo de una vez y bajad del cielo:

Ese filósofo de grave aspecto y de venerable barba blanca encuadrando un rostro de ideal pureza, ese santo de frente cargada de pensamientos albos y de fulguraciones castas, ¡es un avaro y sórdido vendedor de carne femenina!

Ese aspecto de ideal ascetismo encubre la rapaz miseria del *corredor* de mujeres bellas...

Porque ese de la barba de armiño, luenga y severamente peinada, vende al mejor postor mujeres de todas clases, de todas razas, de todas edades.

Es un admirable comisionista en la trata de carne viva de mujer...

Entiende su negocio maravillosamente y es un conocedor práctico y sutil de «su especialidad».

Ni el más hábil comerciante en yeguas finas es capaz de poseer toda la práctica y también toda la teoría de este mercachifle encanecido en el tráfico de mujeres de venta: vírgenes, tiples ó bailarinas,

Conoce el género á primera vista. Es de una sagacidad pasmosa para descubrir en cualquier serrallo del más vil lugarejo, á la «hembra-perla», á la que promete, á la que puede «dar mucho de sí».

Es un chalán casi mágico. Conoce al primer golpe la edad, el estado sanitario, las mañas y las cualidades de cualquier hembra de compra ó venta que le presenten.

Su fallo en este sentido es inapelable.

Respecto á las potrillas ó potrancas recién llegadas, melindrosas ó bisoñas que no conocen aún el oficio, ni saben de freno, ni se conoce si servirán para «silla» ó para «tiro», el venerable anciano es una maravilla extraordinaria; las educa perfectamente; las amansa y las adiestra conforme á un método secreto y de uso exclusivo suyo infalible...

¡Caramba! ¡Vaya si las deja como una sedita!

Le consultan todas las traficantes en el mismo arte, comercio y oficio, desde la más encopetada «ama de cría» hasta la última insignificante Celestina ó el «Correvedile» cualquiera de cualquier Academia de baile!

Para poner nombres y «alias á las yeguas humanas»—como él en su lenguaje pintoresco les llama—se pierde de vista el chalán.

«Alias» que él pone nadie se lo quita á la hembra «honrada» por él... porque ¿qué honra mayor puede aspirar que tener un «alias» semejante á algo como un «título de cartel»?

Tiene por discípulo aventajadísimo á un ilustre mozalvete cojo, á quien pintaré próximamente.

Ved al ilustre personaje encanecido por lustros de abominable tráfico de carne viva de mujer; vedlo con su luenga barba blanca de profeta y su frente cargada no de pensamientos puros sino de infamias abyectas... Vedlo como en el «boulevard» conoce á todo el mundo... y como sus ojos voraces desnudan á las mujeres honradas que no adivinan... y más vale así... que un viejo demonio las ha profanado!...

XXXIV

La cómplice

—¡Pero es el colmo de la monstruosidad y del absurdo el que la madre del esposo engañado solape las infamias de la esposa adúltera y se convierta en la cómplice más segura del crimen, por fortuna, tan raro en México!... ¡No, no, eso no puede ser cierto, es demasiado, debe haber calumnia! ¡y qué calumnia!...

—Así pensé yo también cuando me lo contaron... pero tuve que rendirme á la evidencia de la realidad; mas no para indignarme, sino para enternecerme, porque el drama, más que criminal, es patético; la madre cómplice de la adúltera que engaña al hijo, es admirable por la abnegación, y sublime por el dolor qué calla...

Usted sabe que en todas estas sombrías historias de adulterios, el esposo es el único que ignora el caso... ¿Quién va á decirle la verdad?... Pues bien, aquí la madre á que me refiero, no sólo no quiso hablar de su ruina al pobre hijo crédulo, sino que ocultó las liviandades de la esposa, la cuidó, no por esta misma, sino por no amargar inútilmente la vida de su adorado hijo... la existencia muy breve, como al fin lo fué, del triste enfermo... ¡Oh, esta es una historia para hacer gemir á las piedras!...

El era un buen hombre, como casi todos los maridos engañados—eso es viejo y clásico,—había hecho su pequeña fortuna valientemente, como ingeniero audaz al servicio de una compañía americana, que lo envió á las sierras del Estado de Sonora, donde luchó contra el desierto, que es malo, contra los indígenas ignorantes y fanáticos, que suelen ser peores. Venció. Hizo exploraciones mineras fructíferas, acopió datos, los agrupó y llevó una riqueza

á la compañía, que hubo de ser relativamente generosa con él.

Y digo relativamente, porque él había dejado en las esperanzas de la Sierra Madre lo que no se paga con todo el oro del mundo ni con todos los honores: la salud... ¿No le parece á usted que son de causar lástima todos esos desventurados que se obstinan en una conquista de fortuna metálica, para que al obtenerla se encuentren pobres de salud, indigentes de alegría y de tranquilidad? Vuelven ricos de dinero, pero exhaustos de cuerpo y de alma, incapaces de disfrutar del cúmulo de bienes que proporciona el dinero al que está sano...

Llegó agotado, enfermizo, roído el estómago por incurable dispepsia, reumático, hecho una miseria humana, una ruina precoz...

La madre, solícita lo esperaba... Anheló con toda su alma endulzar la mísera existencia de su pobre hijo.—Es preciso que te cases—le aconsejó—con una buena muchacha, una que sea pobre y capaz de abnegación, de ser tu constante enfermera. Tú has descubierto minas de oro en la Sierra para enriquecer á la compañía y yo he encontrado una mina de ternura para enriquecer nuestras dos almas... Esa mina es Juana ¿te acuerdas, la hija de Don Antonio?...

Los casó. Y sucedió el drama. Hay que insistir—en atenuante de la muchacha—que él estaba más enfermo que nunca, envejecido y por supuesto triste... ¡pero la adoraba!...

Pues bien, cuando la madre supo la traición, hubo una atroz escena.—Usted sabe que en las poblaciones cortas como Tlálpam se conoce todo, aun lo más íntimo. Dicen: la adúltera prometió enmendarse... ¡ay! pero fué «la enmienda del borracho»; «el que ha bebido, beberá», y «la que ha pecado, pecará»... Volvieron las traiciones... todo Tlálpam, todo México lo supo, y acaso, tornaron también las escenas entre la madre desolada y la adúltera arrepentida, sinceramente, tal vez, las primeras veces, después convencida de que contaría en lo de adelante con una cómplice admirable... Porque ya usted lo

habrá comprendido, el hijo ignoraba todo, gracias, entre otras cosas, al cuidado con que la madre rodeaba las liviandades de la esposa!... ¡Quizá influía también un poco el remordimiento de la desventurada anciana de haber escogido ella la novia!

Desde entonces fué bien sabido que si la perversa criatura se mostraba imprudente y descarada, era porque tenía una cómplice, porque la misma madre vigilaba porque el hijo ignorase aquéllo... Ahora se imagina usted la novela de dolor y de desesperación, de vergüenza y de remordimientos que viviría la infeliz, agitándose en torno del adulterio enteramente renovado con que se infamaba á su hijo, cuya vida protegía contra la verdad, la cruel verdad que ocultaba con tanto cuidado. ¿Ha imaginado usted nunca drama más cruel y más siniestro?... Pues ya ve usted como eso apenas es creíble, por parecer el colmo de la monstruosidad y del absurdo; es, no obstante, muy por el contrario, un silencioso Gólgota maternal.

XXXV.

El Gato

Rostro de gato y alma de zorro. Sus ojos redondos de pupilas verdosas fácilmente dilatables, inteligentes y melosas, melosas y suaves como de fino terciopelo en que la luz prendía adormecedores reflejos, eran de una admirable expresión felina. Pero aun más todavía sus ojos, la boca abultada y la chata nariz, empinándose difícilmente sobre los siete pelos erectos y alumbrados del bigote, completaban el ladino aspecto gatuno de aquella faz un tanto abotagada por el insomnio y la crápula.

Así, pues, á juzgar por la simple apariencia, su alias de «El Gato», estaba plenamente comprobado. Mas sus costumbres, sus mañas eran de zorro: un zorro borracho y hablador, es decir, un monstruo.

El gato solía pasar en la Cárcel de Belén deliciosas temporadas de treinta días, durante los cuales reparaba los desastres de su ropa y de su cuerpo, viéndose obligado á abandonar la vida de perpétua orgía, la vida nocturna que arrastraba entre figones y hoteluchos, cuchitriles non sanctos en descomunales «parrandas», con gente de la peor ralea, á la que entretenía con sus canciones obscenas y sus crudas anécdotas.

Durante el día era «mendigo decente»; durante la noche, payaso indecente, cirquero, pobre diablo cuyas suertes mejores eran beberse de un sorbo un cuartillo de mezcal y quedar tan fresco...

Era un maravilloso fenómeno de resistencia: parecía inverosímil que el desenfrenado truhán, que rodaba en las noches por los peores barrios sus carcajadas y canciones escandalosas, fuera el mismo que al día siguiente, á eso de las once, vistiendo la levita raída y el sombrero de bola del mendigo de

iglesia aristocrática, merodease con desolado aspecto por Santa Brígida la Profesa.

Era de los que se acercaban discretamente á cualquiera dama enlutada, á alguna buena señora de aspecto ingénuo, cuando no á una joven de casa rica, de esas que no saben ni pueden saber la diferencia que hay entre la miseria y el vicio, entre la indigencia anónima y la desvergüenza que pide limosna; se aproxima á su víctima y con una destreza finísima de exquisito arte dramático, soltaba frases entrecortadas «por la mortificación y la pena», relatando en sabios fragmentos una historia patética.

A veces aparecía como un veterano víctima de las envidias de los jefes que habían sido sus subalternos y que «por dignidad y orgullo» mejor pedía limosna á una persona tan noble como aquella á quien hablaba, que humillarse á solicitar una colocación á un canalla de los que ocupaban elevados puestos. Y, naturalmente, esto lo adornaba el Gato con detalles tristísimos: la esposa tendida, uno de los hijos, el mayor precisamente, inválido por un choque de trenes, etc.

Profunda psicología desarrollaba nuestro felino personaje al escojer sus sablazos. Clasificaba diestramente á sus clientes en varias categorías: los tontos, los dóciles, los sentimentales, los vanidosos y los fanáticos.

—Unos «se caen muertos» con la limosna—decía él en sus confidencias á sus camaradas en las horas plácidas de la Cárcel—porque no se les moleste, por egoístas que no quieren oir hablar de sufrimientos, falsos ó verdaderos, que no gustan de quejumbres y tratan de librarse «de uno»; otros creen que de veras es «la cosa»; los farsantes por el orgullo de dar en público, de tener un pobre á quien proteger, y los fanáticos por miedo al infierno ó por espíritu de lucro celestial, recordando aquello de que Dios les da más—ciento por uno, según cálculos fidedignos.—Estas especies de clientes se encierran en dos: cobardes é imbéciles;—él decía palabras un poco más enérgicas, pero inescribibles.

Cuando por sus escándalos, sus timos de la dig-

nidad que pide limosna, «caía en Belén» el desarrapado Gato, enflaquecido, aunque hinchado por el exceso de aguardiente y la falta de pan, entraba en una etapa de rejuvenecimiento: los «presidentes» capataces de los presos se lo disputaban para que les hiciese sus memorias, ó cartitas de amor, ó canciones...

En las noches entre cigarro y cigarro y sorbo y sorbo de café, en la enorme galera rumorosa, caliente, turbia, en las largas noches de la Cárcel, escuchándose á lo lejos el alterno alerta de los centinelas y los dobles lamentables de las campanas, el Gato contaba sus aventuras y desventuras, enriqueciéndolas con una facundia de detalles cómicos y picantes, que solazaban de lo lindo á sus oyentes apretados en torno, en respetuoso y atento corrillo.

Estas consideraciones y labores, le valían vestirse de nuevas carnes y de nuevas ó casi nuevas telas, y al mes, el digno «Gato» salía hecho un prócer, dispuesto á gastar sus ahorros en francachelas y á esgrimir con más discreción y tino su gran sable de abordaje en el Belfo propicio del boulevard, entre los escollos de las cantinas y las ensenadas de las iglesias aristocráticas.

XXXVI

Las inseparables

Ella, la alta y de talle fuerte y erguido, es todavía una hermosa mujer, una soberbia y real hembra.

Está en el delicioso otoño de la vida femenina, y dan testimonio de que aun no se extingue en ella el fuego de las pasiones, sus ojos, sus grandes ojos negros que parecen dos ascuas de lumbre viva.

¡Y qué ademán de altiva fiereza es el de la alta señora, que rara vez desciende de su coche!

Desde su asiento pasa revista á la muchedumbre que se codea en las aceras de las calles de San Francisco y Plateros, del Refugio y de la Independencia.

Y los buenos mozos que ya conocen los relámpagos de aquellos ojazos apasionados, dicen, estremecidos de lujuriosa emoción al columbrar á la espléndida mujer:

—¡Ahí van! ¡Ahí van!

—¿Quiénes?—suele preguntar algún novicio en los secretos tesoros femeninos que pasean por aquellas benditas calles boulevarescas.

—¿Cómo quiénes?... ¡Las dos! ¡Las inseparables! La activa y la pasiva.

*

* *

Porque hay que advertir que la soberbia mujer de fiero ademán y ojos como ascuas, jamás pasea sola.

Tiene una amiga, una inseparable y fiel amiga, que si fuera de su estatura, parecería su sombra, á fuerza de ir siempre juntas.

La que acompaña á la gentil hembra es también una bella criatura.

Es vivaracha, pero sumisa, pequeñita, nerviosa; de cutis moreno tostado y ojos verdes obscuros que

también echan chispas. Su pelo, siempre peinado en bucles cortos, le da una gracia perversa al rostro de diablillo.

Viste con la misma elegancia que su amiga. Las dos charlan y rien mirándose recíprocamente con aquellas sus pupilas cuyos fulgores chocan como dos aceros...

Una amistad entrañable une estrechamente á las dos amigas, á las dos guapas amigas que suelen pasear sus hermosuras en un automóvil de lujo.

Por eso en el boulevard se les ha bautizado con el nombre genérico de las «inseparables».

*
* *

¿Quiénes son?... ¿De dónde vinieron?... ¿Cómo viven?... ¿Qué sociedad frecuentan? y ¿qué sociedad las frecuenta?

Estas preguntas hechas con palpitante entonación erótica se hacen muchos pobres diablos, que al verlas vestidas con ricos trajes y engalanadas con finas piedras auténticas, pierden la esperanza de aproximarse personalmente á las bellas «inseparables».

Pero algo, algo se sabe de ellas...

*
* *

Dícese—sotto voce, por supuesto—que la alta, la del soberbio ademán de princesa, es esposa de un rico hacendado que hoy viaja por Europa y que está separado de su bella mitad, precisamente «por eso»... «¿Por eso?»... «Por eso», por la amistad entrañable que desde ha mucho la une á su linda compañera, á la vivaracha morenita de bucles cortos y negros, la del rostro maligno de diablillo recién escapado del infierno para tentar vestido ricamente de mujer á los hombres...

Sí. Cuéntase entre excitados camaradas de copas, que al buen hombre, esposo de la real hembra, no

le pareció de perlas la amistad de su señora por la travesilla amiga...

Su intimidad era... demasiado íntima... ¡Juntas!... «¡Siempre juntas!»—parecía ser el tema que se habían jurado cumplir ambas.

Y... ¡caramba!... Eso de no separarse «absolutamente» para nada... pareció excesivo al legítimo consorte.

Y hubo naturalmente explicaciones, sus querellas, y por fin, la separación.

—O yo ó tu amiga. Elige—gritó al fin el esposo en un arranque de energía.

Y ella eligió la amiga. Del esposo admite sólo el dinero.

*
* *

Las dos pasean triunfalmente su mutuo amor y parece que gozan exponiéndolo al público, orgullosas de no necesitar ni del dinero ni del amor del hombre. Porque para ellas un esposo no es un hombre.

Sin embargo, hay quien asegura que no podrían ostentar tan suntuosos trajes, ni engalanarse con gemas de alto precio, si no transigieran á veces con las pretensiones de algunos próceres que las ablandan con soberbios presentes.

Y se agrega que cuando no aparecen en el boulevard, es porque están momentáneamente separadas.

*
* *

Así pues se explican muchos los eclipses de esa estrella doble de lindas mujeres que gozan paseando con orgullo triunfal su intimidad entrañable, su volcánico amor de voraces almas femeninas que desprecian al hombre, sabiéndose crear sin él, un paraíso de amor sáfico.

XXVII

* * *

Una áspera vieja fué la maestra de esas lindas pasteleritas famosas en la Avenida de San Francisco.

¡Increible parecía que aquella anciana tan brusca, tan biliosa y tan áspera, pudiese haber conquistado á la villa entera!

Dominaba en el pueblecillo de San Juanico, cual una reina despótica, indiscutible. Ni el mismo cura, ni el propio Subprefecto, pariente muy cercano del Gobernador del Estado, tenían la respetuosa sumisión del villorrio, ni gozaban de tanta simpatía y tan franca y espontánea popularidad.

Paréceme verla aún, alta y seca, fiero el ceño de su rostro enjuto y velludo, cuyo aspecto varonil era un contrasentido en la beata señora; paréceme estarla contemplando, siempre envuelta en su gran tápalo verde-negro en una lejana época—y su enagua de merino, verdosa también.

No obstante su avanzada edad, marchaba siempre de prisa, muy erguido el busto, pisando fuerte y hablando con voz agria y dura, en la que ponía toda la bilis de un incurable mal crónico, que padecía desde tiempo inmemorial, desde la época en que admiraba á Su Alteza Serenísima.

Aquel rostro de vieja regañona, que se permitía el lujo de increpar al Subprefecto de San Juanico, y de corregir los sermones del cura, era, no obstante, la gloria más legítima y más justamente envidiada de la localidad.

¿Y como no, si tenía el monopolio de una profunda ciencia, que ciencia era entonces y de lo más selecto?...

No había de ser ciencia el prodigioso cúmulo de recetas que para hacer todo género de dulces, bizco-

chos y pasteles, poseía la bienaventurada Doña Merceditas?

¿No había de ser ciencia aquéllo, cuando aunque otras se apoderasen—por medio de males artes—de las tales recetas, al poner en ejecución las bellas teorías, resultaba que «conservas», «jamoncillos», «guayabatos» ó lo que fuese, no contenían jamás, ni siquiera la comparación, con lo que Doña Merceditas preparaba?

Vamos á ver, ¿qué bizcochos prefería para el chocolate el Señor Obispo de Querétaro, según pública voz y fama, sino los que aderezaba en San Francisco la ilustre señora?

¿Los canónigos de la Colegiata de Guadalupe no se pirraban por los «condumbios» que ella únicamente sabía preparar, según antiquísima y respetable tradición?

Y es que Doña Merceditas había pasado toda su juventud,—que joven y muy bella, por cierto, fué en otro tiempo, cuando Dios quería,—al lado de monjas, que no por ser muy piadosas, y á los éxtasis místicos aficionadas, dejaban de estar adheridas á este mundo terrenal y corrompido por hilos y lazos tan dulces y sutiles, cual si de cajita de leche fuera la materia prima de su integridad.

¡Sólo Dios sabe todo lo que la alta y tiesa señora aprendió en tan luengos años, como pasó en los más afamados Conventos de Querétaro!

De allí aquel arte suyo para condimentar bizcochos que han pasado á la leyenda y que hoy sólo se conocen por venerables tradiciones de familia; de allí ese golpe de vista genial que forma la gloria, lo mismo de los grandes estratégicos, que de las maravillosas cocineras!

Después de las Leyes de Reforma,—¡ay de quien osara remover los recuerdos terribles en Doña Merceditas!—después de la exclaustración, ella, la sirvienta humilde, se ensoberbeció, y alta, brusca, agria y biliosa, dióse á recorrer la República, dejando tras sí una estela de admiración.

¡Pero ay! en ninguna parte se podía soportar el carácter de basilisco, que pretendía en sus sangui-

nolentos ojos, chispas que parecían salir del mismo infierno y no de un pecho cubierto de escapularios y sagradas y milagrosas estampas.

Doquiera se le abrían las puertas y á donde iba «iba su fama con ella»...

¡Buenos estaban los canónigos para dejar perder la pista á quien surtía de sabrosas «puchas» queretanas sus despensas!

Hasta que, por fin, por mal de los pecados del vecindario de San Juanico, según unos, y en premio de la devoción cristiana que le era característica, según otros, y éstos eran los más, Doña Merceditas, sentó sus reales en mi pueblecillo natal.

«—Aquí está Dios,—le dijeron.
Y pensó—no hay más allá.»

Y desde entonces ella «se creció» más aunque las cocinas en que ella entraba quedaban desde luego consagradas, y las familias que daban asilo á la alta y seca Doña Merceditas, recibían algo así como un nobilísimo privilegio y gran favor.

A nadie saludaba, no amaba á los niños ni los niños la querían, incapaces de admirar el prodigio de sus conservas y pasteles, tenía conciencia de ser en la tierra una representante de la Voluntad Divina, que debía ser adorada y bendecida, cual una Santa, y he aquí por qué aquel ser verdaderamente extraordinario había dominado, orgulloso y único, á la villa de San Juanico.

Pero el dinero todo lo vence; un empresario francés le envió algunas muchachas para que les diera clases de repostería, y he aquí porqué esas lindas pastelеritas del boulevard resultaron tan aptas.

XXXVIII

Un paladín solitario

Me miró fijamente al fondo de las pupilas; se retorció el bigotillo gris, y decidido al cabo, soltó su confesión. Y acaso por primera vez en su vida fué sincero. Desnudó la miseria de su alma altanera, egoísta y envidiosa, y al contarme sus crímenes y vicios detalló las torturas de su propio castigo.

Me dijo:—Esta soledad mía, este aislamiento absoluto, son la causa de mi tristeza incurable, sin término y sin misericordia... Pero también forman mi orgullo... ¿El orgullo de un impotente, dirá usted?... Crea lo que quiera... Estoy solo... mis amigos—mejor dicho, mis examigos,—antiguos camaradas de orgía, de labor, de miseria y de ensueños, me han dejado. Como dice la vieja canción: «unos se han muerto, otros se han ido», y yo digo: ¡vayan todos al diablo!... Amo el recuerdo de los amigos muertos, de los que sucumbieron al pie del cañón—y señaló su copa—y odio á mis amigos idos... ¡Tránsfugas! se han convertido en patriarcas; se han casado; tienen esposa, hijas y negocios; se levantan temprano: beben chocolate después, ¡ellos que saludaban conmigo el nuevo día con un gran bok de cerveza cuando no divino ajenjo!... Me insultan con su felicidad... Bien se conoce que no sufren; piensan en sus hijos, en su mujer y en el dinero! ¡burgueses!... No, no puedo perdonarles su traición... Viven limpios, hacen negocios, ganan dinero, compran juguetes y dulces para sus cachorros y engordan!... De la antigua legión bohemia sólo quedo yo... Yo, yo soy el único representante de la vieja falange; el único que ha quedado con talento y dignidad soy yo!...

Para mí no son ahora sino fantasmas, obesas caricaturas ridículas de aquellos gallardos mozos ar-

tistas... En vano, en ocasiones, los llamo á la charla de un tiempo, alegre, picante, substanciosa, aguda: á hablar de los compañeros, á burlarnos de los principiantes y á desnudar á las esposas y queridas de todos, frente al vientre propicio del cantinero, delante de la copa llena!... en vano!... se han casado y beben agua! perjuros, cobardes!... ¡temperantes!

Bebió un nuevo trago y continuó, entre cómico y sombrío, con ironía y rabia:—Se han alejado de mí; ya son otros... ¿qué puedo esperar yo de estos pobres exjóvenes y exartistas?... No, no tienen talento, no tienen dignidad, no la pueden tener quienes no producen ya sino hijos y dinero... ¡Pensar que estos mismos bebían ajenjo y charlaban con igual donaire de los malos poetas y de las alegres mujeres, éstos que hoy comen dulces y beben agua!... ¡degenerados!

Yo recogí el estandarte de la tropa bohemia en plena deserción... Soy el abanderado del Ideal y del Honor... por eso estoy solo...

Púsose serio. Abandonó un tanto el acento de mofa con que parecía burlarse de quienes hablaba y de sí mismo—brillaban sus ojos con fulgor de embriaguez y de melancolía—y dijo:

¿Casarme?... estoy demasiado viejo para arriesgar tanto... Entonces no quise casarme, porque nunca creí hacer un buen negocio inmolando mi hermosa juventud... Me encerré en la torre de marfil de un sabio solterismo... no quise transigir, no me atreví á desertar... No; y lo confieso á usted que me asaltan súbitas cobardías, deseos de «aburguesarme», de embrutecerme como los imbéciles esos, en una casita con macetas, pájaros y niños, echando grasa y dinero, en bata y con pantuflas!... ¡cochinos!... Cuando veo su felicidad siento ira y envidia! No hay desesperación mayor que sentirse desventurado cuando otros gozan.

*
* *

Por otra parte, vea usted, yo considero que, bien podría, sin comprometer mi dignidad, aburguesarme

también y hasta casarme, tomar mi chocolate matinal, mi comida á medio día y en las tardes regar mis macetas, en tanto que alborota la turba de «bambinos» á la salida de la escuela...

¡Oh! sí, debo confesarme de esa infamia... me tienta un diablo adiposo con gorro de dormir, diciéndome:

—¡Cásate; multiplica la especie, ama á los niños, á los pájaros y á las flores, no en los versos de los libros, sino en la vida, en la tierra, en la casita propia!... ¿Dónde está la esposa?... Es tarde, amigo mío, muy tarde... Yo quisiera una linda y sana muchacha de algún poblacho del interior de la República, ingénua, de escasa intelectualidad y mucho corazón... pero soy viejo ya... Es tarde!... Y además, ¿quién tomaría entonces en sus manos el estandarte del Ideal y del Honor?...

Estoy condenado á nutrirme en mi tedio, á beberme mi bilis; á vivir en mi propio jugo de hiel y de orgullo...»

Calló, vacilante, como arrepentido de haber sido sincero; mirándome sombríamente al fondo de las pupilas.

Le compadecí.

XXXVII

Una para Dios, otra para el diablo

Diálogo frente á la «Esmeralda»:

—¿Y Rosa?

—¡Ni me hable usted de la pobre! La otra tarde la ví escandalosamente elegante en los toros, risueña, un poco ébria, echando lumbre por sus divinos ojazos negros, entusiasmadísima, al grado de haber lanzado al redondel el abanico y hasta el... portamonedas...

—¡Parece increíble! ¿Y quién la «tiene» ahora en México?

—¿Quién? los que quieren y pueden... ¡ninguno y todos!... ¡Hasta á esa ruina ha llegado!... y lo peor es que no hace dos años que su padre se enorgullecía de ella allí mismo, en ese México á donde iban á pasear todos cuando las cosechas eran dignas de la hacienda. Murió el buen hombre y vino la catástrofe no ha tiempo, como en la comedia antigua sino con mayor precipitación: en uno de esos desmoronamientos en que desaparecen enteras las familias... porque, la otra hermana, Emilia... Ah! ¿no la conoció usted en Guadalajara?

—¡Cómo no!... la más alegre y la más joven, y tal vez la más bella... ya, ya me imagino. ¿Cayó primero?

—Sí, señor; usted lo ha dicho: cayó primero; pero á otra parte...

—¿Murió?...

—No ha tenido esa fortuna: Está...

—¿Loca?

—Perdidamente mística. Es casi monja en un claustro peor que los antiguos conventos; vive encerrada en una casa solitaria de Puebla, prisionera la bella Emilia de una tía terrible que la ha fulminado con su devoción negra y triste; con esa

devoción terrorífica en que abundan las palabras «cólera del Señor», «condenación», «infierno», «demonio»... y la pobrecilla, antes tan alegre y vivaracha, no ha podido resistir, y como lo oye usted, es una verdadera monja! todo el día como en la Salve, «gimiendo y llorando y rezando...»

—¡Pero eso es atroz...! De suerte que una Rosa prostituta y la otra monja; oh! y cómo puede ser la doble desgracia?

—Nada, que aquí una misma cosa produjo dos efectos diferentes. Vea usted, su padre, viudo rico, campechano, botador, supersticioso y renegado al propio tiempo; á quien se le indigestó el Víctor Hugo revuelto con Pérez Escrich que leía en las veladas de su hacienda, cambiaba bruscamente de opinión y había educado á sus hijas muy «al caer», muy «á ojo de buen cubero»...

Ya le daba por la sujeción monacal y las mandaba á Puebla con la tía; una soltera que jamás supo lo que es el amor ni la alegría; que, sin duda, nunca fué joven; que debió haber nacido vieja, larga y seca como es hoy, como siempre la he conocido, ó ya, de repente, las enviaba á México que conocieran el mundo, á que se les quitara «lo payo» yendo al teatro Principal; al «Género chico», á los toros... Sé muy bien que el excelente Don Guadalupe quedaba muy orondo con estas varias expediciones de Emilia y Rosa!... y este hombre que tan mal sabía cuidar á sus hijas, era un ganadero de fama en todo el Bajío, por lo bien que sabía la ciencia de tener sanos á sus animales!...

Me acuerdo que solía decir cuando alguno le hacía observaciones acerca de la educación singular de las pobres niñas:

—¡Es bueno que conozcan de todo, por eso las mando unas semanas con Dios y otras semanas con el Diablo!

O si no, contestaba:

—¡Que hagan lo que quieran, que Dios las cuide; ¿para qué preocuparme? «el que es perico donde quiera es verde», y otras verdades y mentiras por el estilo. ¡Y pensar que ese buen corazón, tan mal

educador de sus propias hijas, hubiera estallado de cólera si alguien osara decirle que mejor le fuera tratándolas con el mismo sistema con que criaba á sus reses!...

Agregue usted á esto el carácter particular de cada una de las guapas chicas. Emilia, tímida, nerviosa, tan fácil para la alegría como para el llanto, de una pasta dulce y maleable; Rosa, altanera, caprichosa, espléndida y derrochadora como su padre y, como él, trufada de aventuras novelescas, de supersticiones y lirismos, fatalista como un jugador, como un aventurero y con una fantasía desmesurada sobre un corazón bondadoso, incapaz de negar nada, ni su carne, su linda carne, á quien bien supiese pedir. Y mire usted, ninguna de las dos es mala: se querían bien, cosa rara, y hasta en asuntos de interés pecuniario, fueron excepcionalmente fraternales.

Pero vino la muerte repentina del padre, intestado, en desorden sus negocios, lleno de deudas, todo enredado en asuntos de compra y venta de ranchos y ganados... Y nada, amigo mío, al caos, la catástrofe, una maraña de todos los diablos.

Y luego, peor que todos ellos, la tía beata llevándose á las dos al caserón solitario y claustral, donde principió contándoles que su padre estaba en el infierno y era fuerza vivir en penitencia, ya que no para sacarlo, al menos para no seguirle á tan mala parte.

Rosa se sublevó, al fin, estallando indómita, colgándose del brazo de un guapo «rural», ¿Se acuerda usted?

Y su hermana Emilia cayó en el misticismo triste, en la devoción negra, desvanecida; sin duda, aterrorizada por la idea de su condenación eterna. Con que no le extrañe á usted haber visto á la pobre Rosa la otra tarde en los toros, escandalosamente elegante, un poco ébria, risueña y tan «entusiasmada» que arrojara al redondel no sólo el abanico, sino hasta su portamonedas!...

Y he aquí cómo esa diabólica mujer es hermana de una santa.

XXXVIII

La derrota de Josefina

I

La coqueta Josefina, tres días antes de la fiesta de su santo en un orgulloso alarde de poderío, dijo á sus «mejores amiguitas»:

—¿Conque ustedes no quieren creer que yo esté entreteniendo á «tres» á un tiempo? Pues les voy á demostrar que son ahora cuatro los que han caído. Tendré el gusto de enseñarles el día de mi santo las cuatro cuelgas de mis cuatro novios actuales, sin contar con las de los pretendientes á novios.

Rieron, admiradas, las buenas amigas, de la osadía de Josefina, envidiosas unas, otras incrédulas. Pero todas en su fuero interno convinieron en que aquello era el colmo de la desvergüenza... ¡Cuatro novios á un tiempo!... ¡Eso era demasiado!

No era tanto la cuestión de número lo que las intrigaba, sublevando más ó menos sinceramente la probidad sentimental de sus corazoncitos, sino el asunto de tiempo... Cuatro novios en cuatro meses, por ejemplo, no hubiese significado nada, pero... ¡á un tiempo!... El reto fué aceptado tácitamente por las envidiosillas ó incrédulas camaradas de la coquetuela gentil que se daba tamaños lujos, y no sin zozobra interna quedaron á la espectativa de la fiesta de san José, en que habrían de presenciar el triunfo de Josefina.

II

Era esta niña una rosa abierta precozmente á la vida de intriguillas y de noviazgos de palabra, á quien sus padres y los amigos de sus padres habían dicho hasta el fastidio, si es que esto pueda

fastidiar alguna vez á una mujer, que era un ángel. Ella, naturalmente, lo creyó, y creyó que era merecedora de todos los homenajes que le rendían, y aún más. Juzgó que un ángel vale más que una reina, y quedó contenta. Supo que sus mejores «amiguitas» tenían un novio cada una; y ella quiso tener muchos, sin comprender muy exactamente para qué podía servir un novio... pero eran tan lindas las cartitas amorosas que le leían sus compañeras de colegio, que quiso tener entre sus colecciones de sellos postales y tarjetas ilustradas, una de cartas como esas, retratos de novios y... novios auténticos. Poseyendo una cara bonita, una boca que sabía reir con suma gracia, y los más pudibundos ojos que puédanse imaginar, fácil le fué á nuestra heroína herir más corazones que caprichos le habían cumplido sus padres. Las cartitas llovieron, discretamente, como el más extraño y perfumado granizo, henchidas de juramentos de infinita pasión. Y á todos contestó, dando esperanzas á todos.

III

A solas en su recámara azul la señorita mimada, escribía la víspera del día de su santo, cuando entró Adela, «la mejor» de sus «mejores amiguitas». Después del beso recíproco, exclamó Josefina:

—Llegas á tiempo, me vas á hacer el favor de ayudarme á ponerles sus cartas... ¡yo escribo «tan espacio!»... Además, ya verás cómo vamos á reir de «esos topos»... De común acuerdo convinieron en remitir á cada uno una especie de carta circular, poco más ó menos del tenor siguiente:

«Corazón mío:

»Ha volado el tiempo y no sé de mí... Sólo tu imagen flota recordándome que no puedo verte como quieres y como yo quisiera: cada instante!... Nada más los lunes podremos mirarnos... Mientras tanto, como mañana es día de mi santo, envíame mi cuelga sin desconfianza, pues se confundirá en las demás. Tu obsequio será representante de tu persona..»

»¡Ah! no tengas celos de ese idiota desgraciado á quien me veo obligada á hablar, ni mucho menos de los tipos ridículos que por aquí vienen luego; son los novios de las tontas de Julia, Edelmira y Luisa... ¿Por quién me tomas, alma desconfiada, que así ofendes á quien te adora?—Josefina.»

IV

Llega el gran día; y mesas faltaron para colocar todas las cuelgas enviadas al santo, que esta vez era un ángel.

Pero Josefina apartó «angelicalmente» los cuatro envíos de sus cuatro novios al lado de sus respectivas cartas—bien ocultas—dispuestas para que sus mismas amiguitas las abrieran, antes de que ella lo hiciese,—refinado placer que se obsequió como cuelga á sí propia.

—Vean ustedes—les dijo, mostrándoles el rincón de la consola en que apartara las cuelgas de sus novios—aquí están las de los cuatro... Vayan leyendo—y entregó á cada amiguita una carta, con régia liberalidad de amazona victoriosa. Las cuatro amigas soltaron la carcajada. He aquí lo que leyeron:

«Señorita: Aunque no dirigida á mí, sino en la cubierta, he leído la carta circular, lo mismo que leyeron mis amigos la suya. Gracias. Devuelvo á usted «sus cosas». La conocemos. Esa es su cuelga.—«Uno de los cuatro»

V

¡Habían trastrocado la dirección en cada esquela!... Luis recibió la dirigida á Federico; Ernesto, la dirigida á Pedro; Pedro y Federico las de Ernesto y Luis!

XXXIX

«El tapador» de cobre y la abertura de eno

Hará cinco ó seis años que entre lo más selecto de la crema boulevaresca, entre los más lindos ejemplares de jóvenes elegantes, se destacaba un «títere» de lo más gentil por su silueta admirable y su torso de curva fina, acusada discretamente bajo el paño del artístico jaquet.

El talle de aquel diablillo de jovenzuelo era lo más encantador que poseía... Y eso que su bigotito castaño rizado á lo Artagnan, bajo nariz borbónica que hacía pensar en una ascendencia nobiliaria, era también de lo más sugestivo que se puede imaginar.

El material con que estaba hecha su boca exornada con el susodicho mostacho, parecía azúcar, pues el brillo de los acarminados labios del doncel semejaba caramelo puro...

La gallardía de su andar era célebre... y como bailarín en saraos más ó menos públicos y privados, no tenía rival.

Su fama era conocida en todos los círculos sociales desde los más bajos entre las hembras de pelo en pecho, hasta los más altos entre los jóvenes de la high-life más encumbrada...

Daba gusto verle bailar... ¡Qué sprit, qué donosura, qué airecillo más travieso, qué ritmo el de aquel su cuerpecito gentil!

¡Y qué modo de conducir á la bailadora!...

No podía nadie ver al guapo mozo, sin convenir en que con semejantes dotes personales, tenían ante sí un espléndido porvenir!...

¡Todo por su modo de bailar! Llegó á formar

escuela y á tener una corte de admiradores y una cauda de discípulos!...

En cuanto á las discípulas... él sabía ir hacia ellas con tal desembarazo, y con un deslizamiento tan fino, que sin sentir ellas se convertían en fieles admiradoras del magnífico danzarín.

*
* *

¡Ay! pero no todo era vida y dulzura para él... Ni ellas podían contar con un profesor tan idóneo para los saltos de compañía y al son de una música placentera y mecedora, como la de los bailes en moda...

El digno danzarín, el dandy del talle de avispa, bigotito rizado y boca de caramelo... era pobre. Y, cosa rara: ¡solía trabajar!

Sí, trabajaba en un vil despacho, llevando plebeyos libracos y haciendo sumas no menos plebeyas...

Un hombre que viste tan bien, que posee una tan distinguida hermosura física, y que tiene además el indiscutible mérito de profesor de baile y de galanterías «art noveau», no debe ser pobre... ni mucho menos trabajar.

Un bello doncel, cuasi ideal, trabajando léperamente como un cualquier tenedor de libros ó dependiente de mercería, es un contrasentido...

¡Eso es propio de gente grosera ¡Ay!... y sin embargo el danzarín del bello talle y de la dulce boca, tenía que pasar algunas horas en viles labores impropias de un «pirata de boulevard»...

Así es que no todos los bailes podía concurrir, con gran mengua del arte de Terpsícore y de su fama como Pontífice del Wals de México... ¡No podía entrar á todos los palacios!...

Desdichada criatura, sujeta al cruel tormento de no poder ser el árbitro de las dulzuras bailables de

los salones sólo por no tener un buen capital que dilapidar...

*
* *

Mas, parece que la fortuna se enamoró de él... y tomó á misión el protegerle...

¡Le entregó una joven bella y rica!

¿Cómo fué eso?

Bien lo saben todos los honorables ociosos que pasean por las avenidas céntricas y que guían sus carruajes ó sus automóviles en la calzada de la Reforma y en Chapultepec...

El matrimonio fué rápido... de lo más rápido que se puede imaginar... y la joven rica al instante partió con el expobre pretendiente y ya rico esposo rumbo á una de sus haciendas de la que volvieron al poco tiempo... multiplicados...; pues habían ido dos y volvieron tres, gracias al bebé lindísimo con que Natura (y un X) hizo obsequio á la pareja... (Desde antes de que se conocieran ellos, «ella» estaba en cinta)... obsequio que las malas lenguas calificaron de prematuro, pero que no hace al caso tener en cuenta.

Aseguraron también que el Pontífice del baile llegó muy á tiempo para que Natura hiciese el regalo en su nombre... pero ello tampoco carece de interés. Algunos llamaron al afortunado «el tapador». ¿Por qué?...

El hecho es que... el joven que conocimos al principio de esta minúscula novela, no anda ya mendigando entrar á los bailes, sino que él los dá en su palacio de la Colonia de Roma.

Que su talle ya no es de avispa, porque ha engruesado un poco y que su boca no sabe acaso á caramelo porque el acíbar matrimonial ha perjudicado la juvenil azúcar de otros tiempos...

Hoy es un señorón que pasea con más alto despotismo su enorme automóvil, pero ha perdido en gracia lo que ha ganado en fortuna... Él procura

divertirse y traer su corte de admiradores, á quienes obsequia con esplendidez, pero el artista que bailaba tan bien, ofusca al rico ocioso que ya ni bailar puede.

Lo que no le perjudica para brillar como uno de los omnipotentes afortunados conquistadores, tapador de cobre, tosca llave para una cerradura de eno.

La deshonra abierta por un X quedó bien tapada por el bailarín, y como en «La Pasionaria» con el matrimonio

Quedó incólume el honor
Y á salvo la honestidad

XL

¡Al abordaje sobre las viandas!

El ex-empleado del Cementerio de Dolores—un vejete alegrón de ojillos picarescos—sonrió á mi pregunta, y olvidando un instante su vaso de ponche, me dijo:

—¿Que si supe quién era ese tipo?... ¡No lo había de saber, si penetré en su vida íntima, interviniendo en todas sus novelas de amor! Un hombre maravilloso, amigo mío, con un talento inédito capaz de darle fama de profundo psicólogo... Pero hasta en eso reveló su inteligencia práctica y tenaz: no escribió nunca; hizo mejor, se dedicó á amar, más bien dicho, á hacerse amar. Fué un extraño tenorio moderno, un Don Juan repleto de ciencia innata acerca del corazón de la mujer. Un pirata de los más audaces. ¡Las viudas ricas y bellas!... ¿Eh? ¿Qué opina usted de esa especialidad, en la que fué maestro consumado? ¡Qué saltos los suyos!

Y que lo adoraron hasta el frenesí, me consta. Ahí tiene usted, hacia el Poniente de México, la gran ciudad de las tumbas, que fué el teatro de sus amorosas proezas... rematadas después con sabios abordajes en el *boulevard*.

En las solitarias calzadas, entre lápidas y cruces de mármol, á la sombra de altos eucaliptos y de los pinos obscuros del Panteón de Dolores, ese hombre conquistaba las almas de las mujeres tristes y esperaba, paciente y terrible, la hora fatal en que había de hacer suyos los cuerpos! Para obtener el triunfo definitivo maniobraba magníficamente... ¡Ah! los hombres cazadores de las mujeres tristes!... No conozco zorros más admirables! Solía pasear por el cementerio, correcto y atildado el traje negro, grave el rostro, al que yo no sé cómo diablos da-

ba siempre un tono aristocrático de vaga palidez. Llevaba un ramo de flores, un pequeño mazo de violetas, algunas gardenias ó un delicado ramillete de rosas frescas...

Al principio, los empleados creíamos que era un modelo de hombre bueno; después, cuando lo vimos rondar tan á menudo en torno de tan diversos sepulcros, casi siempre abandonados, lo juzgamos loco, un loco inofensivo que era obsequioso y liberal con nosotros los empleados, y con los jardineros...

Yo fuí el primero que me percaté de la verdadera manía de aquel nuestro fúnebre amigo... ¡No era á los muertos á quienes amaba, ni por quienes iba al panteón!

Una tarde lo sorprendí paseando al lado de la más bella mujer enlutada que se pueda soñar... Los dos habían ido á llevar flores á dos sepulcros vecinos. Él había saludado; ella contestó. No era la primera vez que esto sucedía así.

La fiel viuda iba al panteón el día 5 de cada mes y, naturalmente, encontraba á mi hombre paseando cerca de otra lápida. Y se repetía el saludo.

Otra tarde, era á principios de Junio,—había hecho mucho calor todo el día y amenazaba lluvia,—no pude contenerme; dejé la oficina y fuí á espiarlos... Se habían alejado hasta el fondo del cementerio, hacia la llanura de tumbas anónimas, muy cerca de la sexta clase, bordeando la tapia del Sudoeste del panteón en que aún había árboles y malezas. Y escuché entre muchas cosas fútiles este precioso fragmento de diálogo:

—Me asombra usted, señor... ¡haber amado tanto á una hermana!... Yo creía que venía usted por el duelo de su esposa, ó por su padre...

—No, señora; yo nunca he sabido lo que es amar á una mujer, sino como hermana... Mi pobre Lola era muchacha cariñosa y dulce, perpetuamente inclinada sobre todas las tristezas de mi vida. Los dos éramos huérfanos y siempre vivimos unidos; ni

ella quiso casarse nunca, ni yo lo intenté jamás. Nuestro amor fraternal nos bastaba.

—Eso es raro; eso es admirable! Debe usted sufrir mucho, lo compadezco...

—¡Ay! señora, Dios le pague esa piedad! Después de mi hermana, usted es la primera mujer que me habla así... He sido tan huraño para con las mujeres... Ya ve usted, aquí me tienen por loco, vengo diariamente á saludar el sepulcro en que están los restos de mi hermana... ¡Su alma ó un alma semejante me hace tanta falta!...

El prolongado retumbar de un trueno, allá, por entre las concavidades del Valle, rumbo á la Villa de Guadalupe, acentuó trágicamente el coloquio. Principiaron á caer gruesas gotas. Me retiré. No necesitaba saber más; había comprendido la estratagema vasta y profunda de aquel hombre!

Y después supe todo. Apoderábase de las almas doloridas aún, conmoviendo por la curiosidad á las banales y por la piedad á las tiernas y bondadosas. Les hablaba de su hermana y les decía que lo único que pedía por misericordia á sus corazones era una ternura, pura y exclusivamente fraternal! Y así fué como las almas banales de muchas mujeres cayeron por curiosas; y así fué como las almas tiernas de otras fueron víctimas por sensibles...

Nada más interesante que una bella mujer enlutada frente al sepulcro del esposo... ni nada más audaz y felino que el acecho de la presa hembra, en el hombre que sabe esperar la hora del enternecimiento por un vivo, en el cansancio ó el sueño de las remembranzas por el muerto!

Y ese pirata victorioso suele cruzar por el boulevard con su automóvil de lujo, trofeo de su rapiña fresca en plena Avenida de San Francisco.

FIN DE LOS PIRATAS DEL BOULEVARD.

ÍNDICE

Obras del mismo autor

De venta en la Librería de Andrés Botas y Miguel

Tomochic. — Novela Histórica Mexicana. 1 tomo rústica.

El Triunfo de Sancho Panza. Mazatlán. — Continuación de "Tomochic". 1 tomo rústica.

El amor de las Sirenas.—1 tomo rústica.

Leyendas Históricas Mexicanas. — Un tomo rústica.

EN PREPARACION

Caricaturas sociales.

p